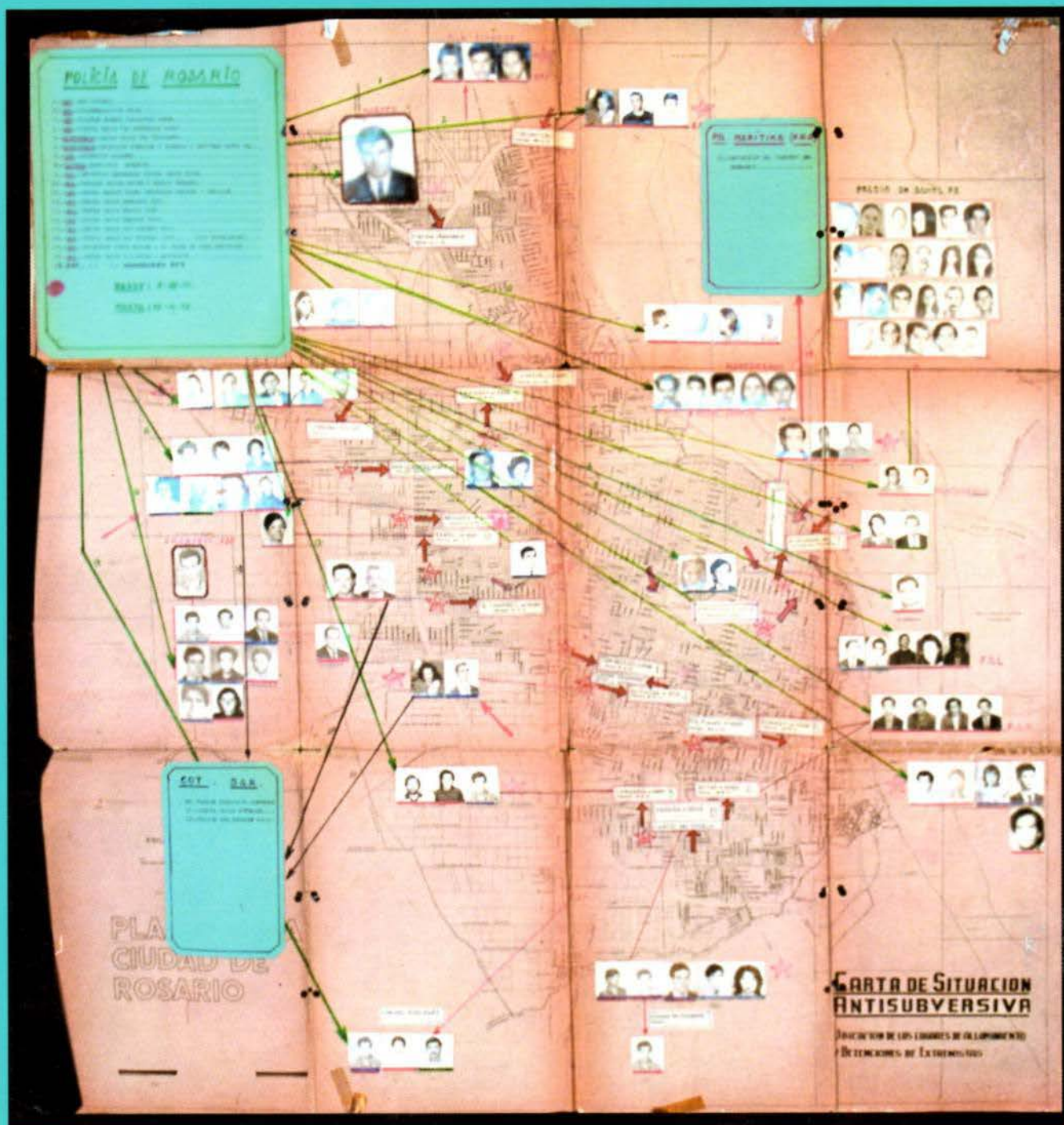


- Argentina \$ 9

puentes

año 4 - número 12 - septiembre 2004



Políticas Públicas de Memoria. Archivos, museos y memoriales, educación. Por: Irina Scherbakova, Michael Steinberg, Carlos Laforgue y Jorge Saab. **Memoria y escritura.** Por Tununa Mercado. Escriben: Sergio Grez Toso, Inés Izaguirre y Myriam Southwell.

sumario

4. El desafío de las políticas públicas. **6.** El archivo del Nunca Más **10.** Historia de una persecución. **14.** El espacio público y sus marcas, por Michael Steinberg. **22.** Reconstruir la vida en Gulag, por Irina Scherbakowa. **26.** Los horizontes de la narración escolar, por Jorge Saab. **32.** Los crímenes de la democracia, por Mauricio Chama. **39.** Una caja, un manto, una novela: por Tununa Mercado. **43.** Salvador Allende en tiempo presente, por Sergio Grez Toso. **48.** Corazón de estudiante, por Patricia Funes. **50.** Los primeros pasos de la represión, por Inés Izaguirre. **57.** La escuela como gendarme, por Myriam Southwell. **64.** Actividades de la Comisión Provincial por la Memoria. **66.** Biblioteca. **67.** Dossier de Historia de los Organismos de Derechos Humanos: Familiares de detenidos desaparecidos y presos por razones políticas.



para qué futuro

La nulidad de las leyes de obediencia debida y punto final -aprobada por el Congreso Nacional- y la decisión de transformar a la ex Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) en un Museo de la Memoria, renuevan el debate en torno a la memoria de la dictadura y sobre qué debe hacer el Estado democrático para gestionar este pasado.

Además de administrar justicia, el Estado desde sus distintos espacios institucionales puede desplegar acciones en torno a los procesos de significación del pasado en tres direcciones. Por un lado, buscar, acopiar y preservar los objetos, la documentación y los testimonios que dieran cuenta de una época y una problemática particular. Por otro, hallar la mejor manera de mostrar y difundir para lograr cumplir con el objetivo central de la transmisión de ideas, conclusiones y valores. Finalmente, encontrar los caminos para aprender y enseñar nuestra historia reciente. Archivos, museos y memoriales, y educación son tres ejes fundamentales para trabajar en las políticas públicas de memoria.

La Comisión se suma a este desafío y convoca a un Encuentro Internacional, para debatir cómo hacerlo y poner sobre la mesa los interrogantes que



se plantean. Es decir, ¿cómo evitar un relato único del pasado?, ¿cómo lograr que las nuevas generaciones se apropien de esta experiencia cargándolas con sus propios significados?, ¿cuál debe ser el rol de la sociedad civil en la elaboración de estas políticas?, ¿qué lugar deben ocupar los organismos de Derechos Humanos en estas iniciativas?, ¿por qué el Estado?, y finalmente, qué pasado para qué presente.

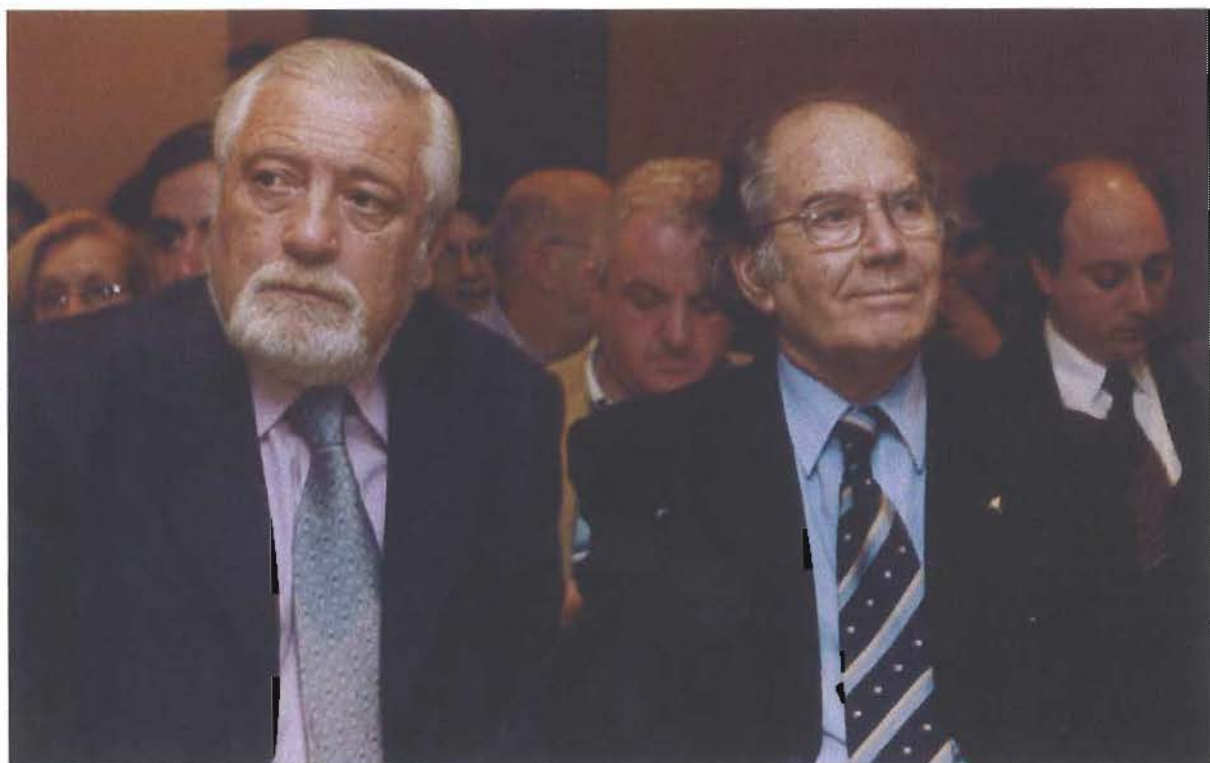
En este dossier incluimos un artículo sobre el Archivo Nacional de la Memoria, que por iniciativa del estado viene trabajando en los archivos de la represión. Sumamos una experiencia en el Museo de Arte y Memoria, donde la Comisión presenta una exposición en base al material fotográfico tomado del Archivo de la Ex Dirección de Inteligencia de la policía bonaerense.

Además, adelantamos dos de las ponencias presentadas en el Encuentro Internacional. En ellas la rusa Irina Scherbakowa reflexiona sobre la memoria de los lager y el valor de la historia oral; y el norteamericano Michael Steinberg se refiere a los memoriales en la experiencia berlinesa. Por su parte, el argentino Jorge Saab se ocupa de la educación y las políticas de la memoria a partir de las fórmulas con las que se recuerda el pasado en las aulas.

El archivo del Nunca Más

Con fecha 16 de diciembre de 2003, el decreto 1259 del Poder Ejecutivo se determinó la creación del Archivo Nacional de la Memoria, dependiente de la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación. Se trata de un archivo dedicado al tema de la violación de los Derechos Humanos, con características únicas en toda América, presidido por el Dr. Eduardo Luis Duhalde.

En la siguiente entrevista, el secretario ejecutivo del Archivo, Carlos Lafforgue, y su coordinadora general, Judith Said, dan cuenta de los primeros trabajos realizados en poco menos de un año.



Eduardo Luis Duhalde y Adolfo Pérez Esquivel

EL PRESIDENTE DE LA NACION ARGENTINA DECRETA:

ARTICULO 1.- crease el ARCHIVO NACIONAL DE LA MEMORIA, orga-

ismo desconcentrado en el ambito de la SECRETARIA DE

DERECHOS HUMANOS, cuyas actividades fundamentales serán obte-

ner, analizar, clasificar, duplicar, digitalizar y archivar

informaciones, testimonios y documentos sobre el quebran-

tamiento de los derechos humanos y las libertades fundamen-

tales en que esté comprometida la responsabilidad del Estado

argentino y sobre la responsabilidad social e institucional ante

estas violaciones

—Si bien el Archivo funciona desde hace poco tiempo, ¿qué trabajos fueron realizando en estos primeros meses?

En principio se han cursado notas de invitación al Poder Ejecutivo, al Poder Judicial y al Poder Legislativo para que, dentro de sus jurisdicciones, se instrumenten medidas cautelares encaminadas a preservar información, testimonios y documentos. El decreto prevé la creación de un archivo documental, un archivo oral, uno fotográfico, audiovisual y filmico y otro archivo de sitios relacionados con la represión ilegal.

Actualmente, tenemos en estudio la realización de Convenios de Cooperación e Intercambio con distintos Organismos Gubernamentales Nacionales y Extranjeros con el objeto de incorporar al Archivo Nacional de la Memoria material audiovisual, que sin duda será una herramienta más para el desarrollo de la investigación, difusión y educación de toda la temática objeto del decreto. Es decir, archivar informaciones, testimonios y documentos sobre las violaciones a los derechos humanos y las libertades fundamentales. En algunos casos se está avanzando en el relevamiento de la documentación de interés para el Archivo Nacional de la Memoria en distintos soportes: papel, filmico, video y fotográfico.

Paralelamente estamos conformando el Consejo Consultivo Institucional y el Consejo Asesor, que contará con presti-

giosas figuras de larga trayectoria en investigación histórica y en Derechos Humanos.

—¿Con qué características están llevando adelante la digitalización?

Como "digitalización" entendemos el paso al formato digital (binario, informático, etc.) de todo tipo de información. El Archivo de la Memoria tiene en su poder el archivo de la Comisión Nacional por la Desaparición de Personas (CONADEP) que fue digitalizado parcialmente en momentos de vigencia de la Comisión. Más adelante, con la aparición de las leyes de reparación a las víctimas del Terrorismo de Estado y el aumento de la demanda de la información por parte de la sociedad, se dio otro momento importante en el proceso de recolección y sistematización de la información dispersa en bases de datos. Todos los archivos de las distintas unidades de la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación en formato papel, han sido escaneados y organizados en un sistema de preservación, búsqueda, recuperación y administración muy potente. Además del Archivo CONADEP, el archivo de fallecidos, el archivo de la Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad —CONADI— y de las leyes reparatorias. Sin riesgo a error, se puede afirmar que no existe en toda América un sistema dedicado a los Derechos Humanos, de tales características. No existe un archivo como este.

que existen valiosos antecedentes representados en nuestro
 e la memoria histórica realizadas mediante la COMISION PRO
 su creación por Ley Provincial N 12483 el 13 de julio de
 DE CULTURA de la CIUDAD DE ROSARIO, creado por Ordenanza N
 MUNICIPALIDAD DE MORON, PROVINCIA DE BUENOS AIRES.

ARTICULO 8.- Comuníquese, publíquese, dese a la Direc- ción Nacional del Registro Oficial y archívese.

La creación del Archivo Nacional de la Memoria, integra y
 ensancha los objetivos de este archivo digital, en la medida
 en que dentro de sus propósitos fundacionales, se encuentra
 la recuperación de toda la información dispersa, insumo nece-
 sario de la reconstrucción de la memoria de nuestra sociedad
 y promoción para la vigencia de los derechos humanos.

En ese marco, hemos procesado expedientes de la Cámara
 Federal de Apelaciones de Rosario, estamos haciéndolo en
 la Cámara de Apelaciones de Tucumán y tenemos en agenda
 una muy extensa serie de acuerdos concretados con distin-
 tos organismos del país.

—Si bien el decreto hace hincapié en el tema de los archi-
 vos de la represión, también habla de conservar testimo-
 nios y documentos sobre violaciones a los derechos huma-
 nos en general. ¿Cómo se llevará adelante este registro?
 Sí, el decreto habla específicamente de Terrorismo de Estado.
 Sin embargo, eso no significa que comprenda solamente
 el período entre 1976 y 1983, sino todas aquellas acciones
 donde se comprobó la participación del Estado en la vio-
 lación a los Derechos Humanos.

Sus objetivos centrales son mantener viva la historia con-
 temporánea, proporcionar un instrumento para la búsqueda

de la verdad, la justicia y la reparación ante las violaciones
 a los DDHH. Pero además, fomentar el estudio de la lucha
 contra la impunidad, digitalizar clasificar y analizar los docu-
 mentos para que puedan ser consultados por la ciudadanía
 con un interés legítimo.

Actualmente se lleva un registro de todos aquellos casos
 en donde, ante violaciones a los DDHH, el Estado deba
 responder, como así también y tal como propone el
 decreto, de todas aquellas respuestas de la comunidad a
 esas violaciones.

—¿Avanzaron sobre alguna normativa sobre accesibilidad?
 Al estar en plena etapa de formación, en este momento se
 encuentran en estudio las normas con las cuales se confeccionará el Manual de Procedimiento que determinará, de
 acuerdo a las áreas y los fondos documentales de los que se
 trate, los perfiles de las personas para poder acceder a ellos.

—Una de las "utilidades" del Archivo está en función de
 las Leyes reparatorias. ¿Qué servicio se ha prestado en
 tal sentido?

Dado que estas leyes están vigentes, trabajamos en los casos

...is, entre otros, por las experiencias de recuperación

...IAL DE LA MEMORIA de la PROVINCIA DE BUENOS AIRES desde

0, el MUSEO DE LA MEMORIA dependiente de la SECRETARIA

06 el 26 de febrero de 1998, o la "TRANSICION SERE" en la

en que es necesario seguir reuniendo información a fin de emitir el certificado de Ausencia por Desaparición Forzada (Ley 24.321 y 24.411) y, en los casos que según la ley 24.043, se trata de reunir la información necesaria para elaborar un dictamen favorable o denegatorio al beneficio. Toda la nueva documentación que ingresa al archivo se pone a disposición del cumplimiento de estas leyes. Por otra parte, todos los expedientes producidos en las áreas de las leyes reparatorias se ingresan como una fuente documental que, sin duda, formarán parte del Archivo una vez concluida su misión.

—¿Existe algún proyecto para que la futura sede del archivo se integre al predio de la Escuela de Mecánica de la Armada, futuro Museo de la Memoria, a fin de centralizar allí todo lo relacionado con la memoria de la dictadura? Respecto de la ESMA, más que hablar sobre el lugar de funcionamiento físico del Archivo Nacional nos interesa destacar la importancia de la apertura del debate en la sociedad respecto del destino que se le asigne al predio. Entendemos que la creación del "Espacio para la memoria y para la promoción y defensa de los derechos huma-

nos" debe contribuir a la reconstrucción de la memoria histórica de los argentinos, y para ello se debería poder garantizar la más amplia participación de todos los sectores. Con ese objetivo es que desde la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación y de la Subsecretaría de Derechos Humanos del gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, el pasado 4 de julio a través de una solicitada en los diarios nacionales, se efectuó una convocatoria amplia solicitando la presentación de propuestas y proyectos para la utilización de las instalaciones de la ESMA, las que deberán acercarse hasta el 30 de noviembre de 2004.

—¿Como se articulará el trabajo del Archivo en el plano político? ¿Cuál será la incidencia del trabajo del archivo en las futuras políticas públicas de memoria? El Archivo Nacional de la Memoria ya es una política pública que apunta a preservar documentación, y a indagar sobre los hechos sociales, políticos y económicos que constituyeron el soporte del Terrorismo de Estado. De hecho, tiene en sus funciones la sistematización de una información que permitirá la formación de una cultura que promueva la vigencia de los Derechos Humanos.

El Museo de Arte y Memoria pone en escena una nueva muestra

Historia de una persecución



El Museo de Arte y Memoria inaugura la exposición "Imágenes robadas, fotos recuperadas" con una serie de fotografías provenientes del Archivo de la ex Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia Bonaerense (DIPBA), a cargo de la Comisión por la Memoria.

A lo largo de las imágenes es posible construir el relato de una larga persecución que llevaron a cabo los agentes de dicha institución entre 1936 y 1998. Ellas ahora delatan el detrás de la escena: a aquellos que dispararon, marcaron,

persiguieron y sentenciaron a militantes políticos, sociales y gremiales.

Abandonan la oscuridad de los archivos para decir aquello que antes tuvieron que callar. Se hacen públicas.

Las fotografías muestran a grupos de jóvenes, madres, hombres con pancartas, manifestantes, documentos robados en procedimientos policiales, expedientes elaborados por agentes de inteligencia en media década de espionaje y persecución. Fotos que procuran capturar la movilización y la pro-

SECRETO

18

MIRADA. Mirta Mabel,
N.O. 1. Nro. 12001-11-11

- Hija de Manuel y de María Tapa, argentina, casada, separada, 22 años de edad, dda, en calle 210 N/ 521 y 522 de la localidad de Abasto, Pdo. de La Plata, L. C. Nro. 10.584.280.-

OTRAS REFERENCIAS

- La mencionada es integrante de la célula de S.I.A.P. y milita desde el año 1975 en el P.C.M.L. de A.; en marzo de 1976 renunció a la mencionada empresa con motivo de la posibilidad de que estuviera vinculada como activista.- Con anterioridad convivió en una finca con su compañero M. G. "Bambino", sito en calle 84 entre 14 y 15, de la cual se mudaron y alquilaron una casa en calle 132 y 35, y a los pocos días de ser ocupada por la pareja, fue allanada, donde en esos momentos se encontraban en la finca militantes pertenecientes al Frente Militar de la organización: Daniel Hector Bon, N.O. "Oringo", Miguel Angel Tirao N.O. "Paco Miguel" ó "Damian" y Eduardo Casaleiro Elizondo "El loco"; en estos hechos se produjo un gran tiroteo, a pesar de lo cual todos lograron huir.-



PERSEGUIDAS (arriba).

Seguimiento de la ronda de las Madres de Plaza de Mayo frente a la gobernación provincial. La DIPBA fotografió el transcurso de la marcha y la entrega de un peticionario en casa de gobierno. Imágenes correspondientes a: Mesa "DS" (Delincuente subversivo). Legajo 20.804, carátula: "Concentración de Madres de Terroristas".

MIRADAS (izq.) Mirta Mabel Barragán. Fue secuestrada junto a su pareja en agosto de 1977. Ambos permanecen desaparecidos.

Bajo el sello de "Secreto" se encuentran en el archivo de la DIPBA alrededor de 80 fotos con los rostros y datos de militantes del PCML.

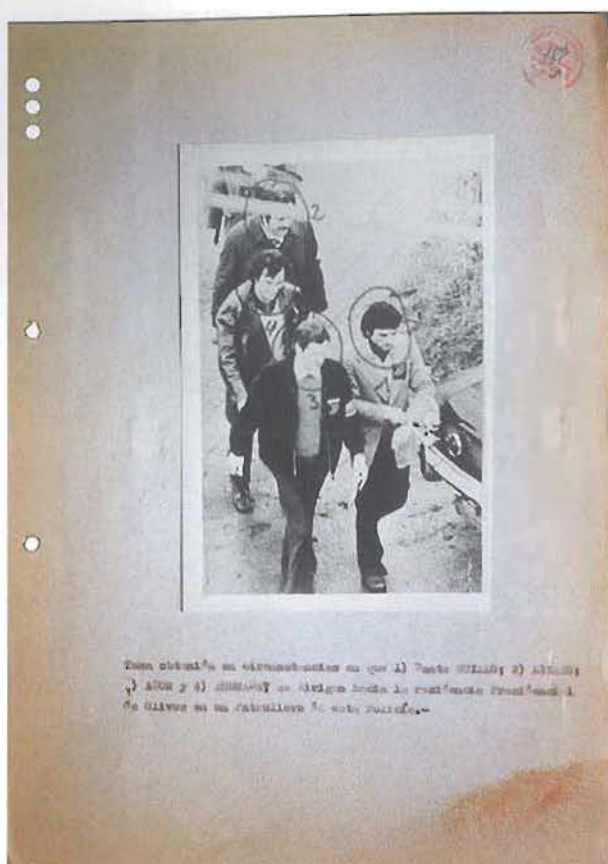
Imagen correspondiente al Legajo de Referencia 18.800. "Partido Comunista Marxista Leninista Argentino - Historia su Origen".

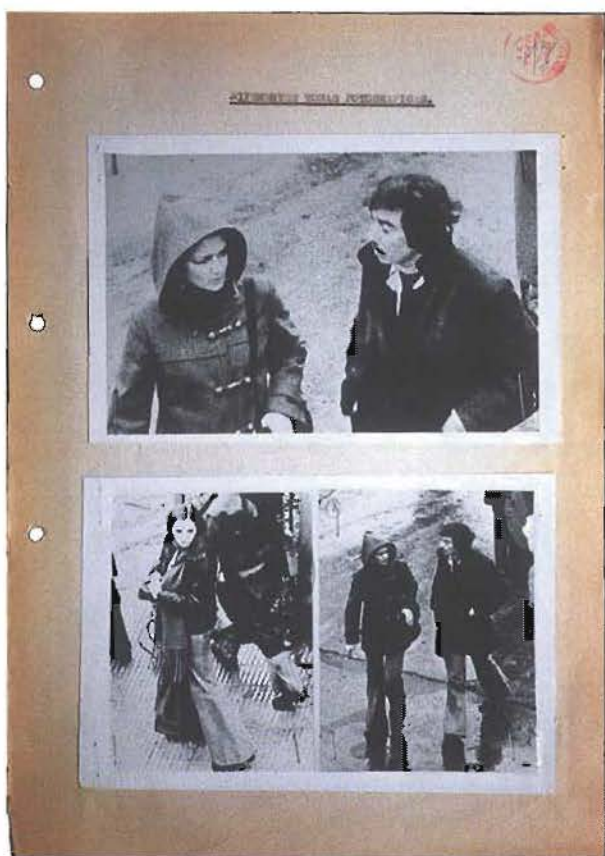
testa social en las calles, que buscan el detalle de los rostros, que detienen el gesto de un encuentro, el despliegue de una bandera o el paso lento de una marcha. Imágenes de acontecimientos familiares, de viajes y asambleas gremiales. Son sólo una muestra de las centenares de imágenes que llenan los legajos del Archivo de la DIPBA.

Sin embargo, la fotografía no es la mera transparencia de lo ocurrido. En cada una de ellas existen otros mensajes. Códigos de otros tiempos. Sentidos guardados que permiten legi-

timar memorias vulneradas. Se trata de documentos fotográficos que son también el registro de los sueños, las derrotas y las luchas de varias generaciones, rastros únicos de nuestra historia política, imágenes robadas y ahora recuperadas para el conjunto de la sociedad.

De esta manera, el Museo da a conocer un importante material sobre cómo el Estado ha ido construyendo a lo largo del tiempo la figura del militante político y con ella los ejes de una larga persecución.



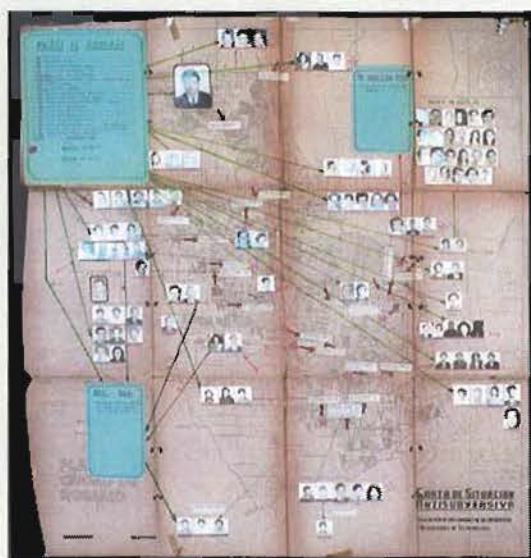


LATINOAMÉRICA UNIDA. (izq. arriba). Seguimiento a integrantes del Sindicato Aprista Estudiantil de La Plata. El Legajo contiene los "pronuarios" de numerosos militantes platenses. Imagen correspondiente al Legajo 62, Carpeta 3. Año 1938. La carátula dice "APRA, Alianza Popular Revolucionaria Americana", sus actividades, División Orden Social.

FICHADOS. (izq.) Los trabajadores de la Hilandería "The Palting Knitting" de la localidad de Berisso, denuncian en la redacción del diario El Día, el "atropello policial" cometido contra una manifestación de obreros en conflicto con la fábrica. La División de búsqueda del Archivo de la DIPBA, registró y fichó a todos los fotografiados.

VISITA. (arriba) Serie fotográfica tomada por la DIPBA a los jóvenes que van a visitar al Gral. Juan Domingo Perón a la residencia de Gaspar Campos, en su regreso al país después de 18 años de exilio. Imágenes correspondientes al Legajo Nº 188, Mesa "A", Factor Partidos políticos. Año 1972.

MAPA. (recuadro) Mapa confeccionado por el Jefe de Policía de Rosario, Agustín FECED. Corresponde a un plano en escala de la ciudad de Rosario. Tanto las fotos como los sellos que utiliza son originales y fueron ubicadas para señalar los domicilios en que se hallaban los militantes. El mapa original se encuentra en este Archivo. Imagen correspondiente al Legajo 641, Mesa "DS" (delincuente subversivo) — Bético carátula: "Opereta Corina"



Imágenes robadas

Fotos robadas significa en la jerga de los fotógrafos aquellas que se toman "de trampa", con el tele, sin que el otro (el fotografiado) se dé cuenta. En este caso, las fotos robadas tuvieron una pretensión muy distinta a aquellas que casi ingenuamente puede tomar un fotógrafo dominero.

Los siniestros personajes de la D.I.P.B.A. no sólo se apoderaron de las imágenes de militantes populares, sino que las usaron en un plan sistemático de exterminio de toda una generación durante la última dictadura militar. Quizás en su ignorancia, creyeran, que apoderándose de lo que es del otro, también pudieran quedarse con algo que nunca tendrían: una causa por la cual vivir, luchar... y hasta morir. Parafraseando una vieja creencia, les quiero decir a estos oscuros personajes que quizá puedan robar nuestras fotos, hasta puedan arrancar nuestras vidas, pero nunca se quedarán con nuestra alma y con el espíritu que le da sentido y belleza a nuestras vidas.

HELEN ZOUT
Fotógrafa y editora de la muestra.

Museo de Arte y Memoria.
Calle 9, Nro. 984, La Plata.
Tel.: 0221-4895191.

El espacio público y sus marcas

por Micheal P. Steinberg

De la Berlín en ruinas de 1945, a la ciudad premoderna que deleita a sus habitantes y turistas donde no se adivina el pasado violento. La relación entre la historia y la memoria en las ciudades se ha convertido en un tema de debate a lo largo de los noventa. El autor de este artículo se detiene a analizar el caso berlinés, el rol de los museos y monumentos en el debate sobre la historia pública y la memoria pública.

Si, como lo sugiriera Walter Benjamin, París puede ser considerada la capital del siglo XIX, entonces Berlín se erige como la capital del XX. Es difícil imaginar otro lugar tan marcado por los ciclos de creación y destrucción verdaderamente inimaginables y sin precedentes del siglo. En 1945, el ochenta por ciento de Berlín yacía en ruinas. Entre 1945 y 1989, cuando cayó el muro de Berlín, la ciudad dividida pasó por programas de recuperación urbana radicalmente disímiles. Berlín occidental se convirtió inmediatamente en un puesto de avanzada y en un símbolo del anti-comunismo y del crecimiento económico estadounidense y europeo occidental. Berlín oriental se transformó en una frontera de la severidad comunista. Al menos un principio unía estos mundos absolutamente diferentes y eternamente separados. Ninguna de las dos mitades de la ciudad de Berlín intentó, en ningún momento ni lugar, desconocer la ruptura total y absoluta con el pasado urbano que habían causado el régimen nazi y la consiguiente guerra mundial. Bajo ningún aspecto, para ser más específicos, intentó Berlín, oriental u occidental, hacer lo que hizo Munich: reconstruir una ciudad hermosa y premoderna para la prosperidad y el deleite de sus habitantes y turistas, y reconstruir-

la deliberadamente de modo de poder afirmar, espacial y visualmente, que ninguna violencia de ningún tipo había acontecido en el siglo XX. Edificio por edificio, calle por calle, Berlín confrontó su propia historia y generalmente intentó decir la verdad acerca de ésta. Si la Munich de la posguerra fue inventada por Disney, entonces la Berlín de la posguerra fue inventada por Freud.

En términos arquitectónicos, Berlín permaneció consistentemente antihistoricista después de 1945. En términos estéticos y políticos, las dos Berlín desconocieron las formas y reivindicaciones de la restauración. Tras la caída del muro y la llamada reunificación alemana, Berlín se convirtió en la nueva capital de la República Federal Alemana ampliada. Después de 1990, Berlín se transformó, no sólo en la nueva capital de Alemania, sino en el símbolo de la altamente problemática transformación de "sociedad" a "nación". La Alemania dividida enfrentaba obstáculos para pensarse a sí misma como un estado-nación, tanto por su conciencia histórica y política como por la realidad de la Guerra Fría. Después de 1990, los discursos de "normalización" y, de ese modo, de "nacionalización" fueron abrazados en gran parte por la derecha política. La izquierda, incluido el gobier-



Gleis 17. El andén de la estación de Grunewald, recuerda a los trenes de deportación.

no de la ciudad de Berlín, se mantuvo recelosa de la normalización al igual que de los discursos represivos de las realidades históricas.

Me concentraré aquí en una selección de lugares públicos y de discursos sobre la historia y la memoria de Berlín y, en particular, en algunos de los lugares de la memoria relacionados con la persecución y asesinato de alrededor de 56.000 de los judíos de la ciudad. Mi problema teórico tendrá que ver con los límites cognitivos y políticos entre la memoria y la historia. La historia, como sabemos, tiene una necesidad inherente de educación. La memoria, no. Aunque la historia y la memoria no puedan separarse claramente de manera cognitiva, emocional o teórica, me preongo objetar argumentadamente la tan tentadora incorporación de la historia dentro de un discurso dominante de la memoria. Ya que la memoria no puede educar sin la historia, aquella es, en mi opinión, incorporada o reincorporada demasiado fácilmente dentro de la ideología. No creo que el pensamiento histórico, profesional o no, deba o en efecto pueda, fusionar la historia y la memoria; tampoco puede "elegir" un modelo de "historia" como un discurso científico completamente racionalizado, o un modelo de "memoria"

como una autenticación del pasado que a su vez le plantee exigencias morales al presente. Antes bien, sostendría que el entendimiento histórico, en su resistencia a las apropiaciones ideológicas, le exige al historiador una dialéctica activa entre la distancia y la presencia del pasado.

En septiembre de 2001, el nuevo Museo Judío de Berlín presentó una exposición permanente de "dos mil años de historia judeo-alemana" diseñada principalmente (y con éxito) para los legos y los jóvenes, la mayoría de quienes continúan visitándola en numerosos grupos escolares. La narrativa de diferencia cultural, emancipación y destrucción de la muestra histórica llenó y transformó los interiores vacíos del edificio del Museo de Daniel Libeskind, que por un período de casi tres años había sido visitado por unas 350.000 personas como un santuario a la desaparición cultural y humana. Muchos de estos visitantes expresaron su deseo de que la estructura fuese conservada vacía, como el monumento de facto al Holocausto que no estaba destinado a ser. El edificio del Museo diseñado por Libeskind es decididamente inhóspito. Es una estructura metálica con múltiples irregularidades, cuyas formas y ángulos son habitualmente descritos como una Estrella de David que ha sido forza-

da con una palanca. No deja de lado la dificultad histórica y moral de los temas a los cuales se refiere: a saber, la ruptura histórica, la violencia, el trauma y la pérdida generados por la persecución y asesinato de judíos alemanes y no alemanes entre 1933 y 1945.

Una vez ocupado, el Museo se convirtió enseguida en uno de los dos más visitados de Berlín (junto con el Museo de Pérgamo del mundo antiguo). Los grupos escolares que llegan desde todas las regiones de la recientemente ampliada República Federal aportan legiones de jóvenes que, según la estadística, "nunca han conocido a un judío" y no saben nada acerca de la historia judeo-alemana. La narrativa histórica majestuosa que consumen está hecha a medida de su ignorancia y sus necesidades. El Museo Judío de Berlín no fue erigido para los historiadores sino en pos del conocimiento histórico como una dimensión de la responsabilidad cívica pública.

En los contextos contruidos y discursivos de Libeskind, la memoria involucra la recuperación post-traumática, la referencia sostenida al trauma histórico, la presencia de ausencia. La última de éstas, la presencia de ausencia, es en mi opinión la más problemática, tanto como un principio abstracto cuanto como un modelo para una estructura material construida real. Un entorno construido convierte la ausencia en presencia, transformando así al otro ausente y recordado en una representación hecha por el yo que recuerda (y potencialmente, en una proyección del mismo). En un ensayo titulado "Trauma" Libeskind sugiere que el trauma es la herencia cultural de "todos" los nacidos después del Holocausto, generaciones que forzosamente deben entender la historia en términos de un vacío y una brecha: "una brecha que con el tiempo se borra y que genera en sí misma un vacío aun mayor en el mundo posthistórico". En arquitectura, escribe Libeskind, "el hueco es un espacio". En otras palabras, una referencia a la ausencia, la pérdida y la imposibilidad de recuperar el pasado se convierte, quizás, en una contradicción necesaria, en un acto de representación. En este contexto, durante un debate que se produjo en Nueva York sobre los diseños propuestos para el lugar del World Trade Center de esa ciudad, una comisión finalmente honró a Libeskind en el año 2003. Leon Wieseltier cuestionó la mera posibilidad de un monumento a la memoria, al sugerir que todos los monumentos son fundamentalmente sobre ellos mismos. En atención a este problema, las últimas intervenciones de Rosalind Krauss, Andreas Huyssen, James Young, y varios artistas conceptuales han tratado de promover la idea del contramonumento, donde el pasado ausente no estaría inmediatamente contradicho por un acto de representación. Young, por ejemplo, destaca la obra de Horst Hoheisel, cuya propuesta de 1995 para el diseño del "Monumento a los judíos asesinados de Europa" a construirse en Berlín se llamó "vuelen la Puerta de Bradenburgo", ya que proponía hacer exactamente eso para la crea-

ción de un espacio vacío.

La construcción de Libeskind en Berlín yuxtapone una estructura con direcciones múltiples, cortes e irregularidades, sobre la preexistente del Palacio de Justicia de la ciudad, un edificio en el cual alguna vez trabajó E.T.A. Hoffmann y cuya forma resuena de continuidad histórica aunque no así su ubicación en Berlín, cercana al sitio del Muro de Berlín. Durante el período de la Guerra Fría, esta estructura albergó el Museo de la Ciudad de Berlín. La nueva estructura revela una impenetrabilidad tan simbólica como literal. Desgraciadamente el viejo edificio sirve ahora únicamente como punto de entrada, seguridad y servicios (restaurante y

"La relación entre la historia y la memoria se ha convertido en un tema de creciente debate a lo largo de los noventa. Entre sus ámbitos se cuentan el de los historiadores, el mundo de los libros y periódicos 'gremiales', y el contexto de la historia pública, incluidos los museos."

tienda de libros y obsequios). Los espacios de la exhibición están confinados a la nueva estructura, a la cual se accede a través del subsuelo por medio de una escalera descendente. La inaccesibilidad de la estructura se asocia con la inasequibilidad del pasado perdido, rehistorizado aquí. Pero el acceso se logra descendiendo las escaleras y tomando luego tres "ejes" que se abren desde el nivel más profundo de la nueva estructura: los ejes del exilio, del Holocausto y de la continuidad.

El eje del exilio lleva a un jardín que consiste en un espacio rastrillado y por lo tanto vertiginoso, salpicado por 49 imponentes columnas ladeadas. Cuarenta y ocho de las columnas están llenas de tierra de Berlín; la número 49 fue rellena con tierra de Israel. Sin embargo, es la número 48, como repite Libeskind en numerosos contextos, la que se refiere al año de fundación del Estado de Israel. El eje de la muerte conduce a un oscuro hueco cavernoso (siendo el "hueco" un tropo predilecto en la obra de Libeskind), dentro del cual pequeños grupos de personas son guiados hacia el otro lado de la enorme puerta que se cierra detrás de ellos. El referente es la cámara de gas. Todo esto, en mi opinión, flirtea con el kitsch: el kitsch numerológico, el kitsch teatral, el kitsch histórico. El eje de la continuidad lleva a la exhibición propiamente dicha, la cual procura narrar dos mil años de vida judía en Alemania.

Los debates de la memoria

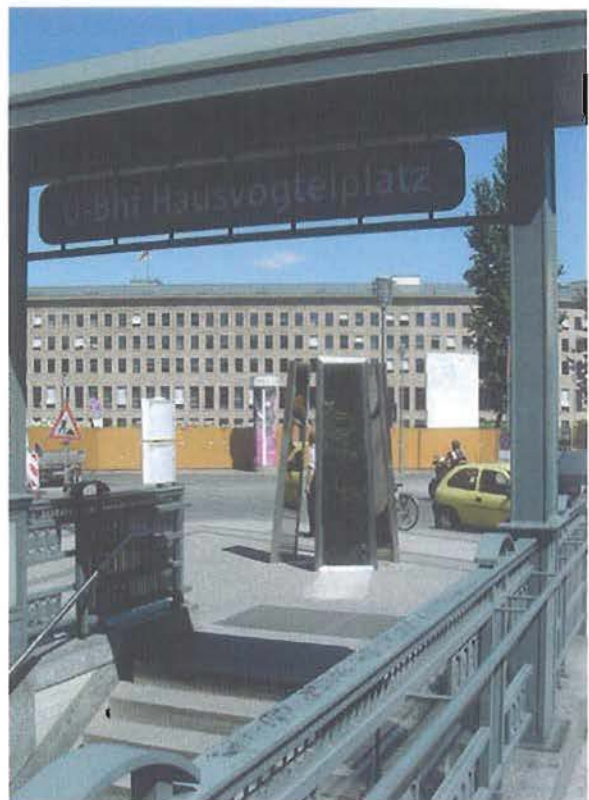
La relación entre la historia y la memoria se ha convertido en un tema de creciente debate a lo largo de los noventa. Entre sus ámbitos se cuentan el de los historiadores, el mundo de los libros y periódicos "gremiales", y el contexto de la historia pública, incluidos los museos. En la primera fase

del encuentro, la autenticidad de la memoria demostró ser un freno asombroso y productivo a los alcances potencialmente deshumanizantes de la historia. La historia clasifica y objetiva. Según la formulación de Walter Benjamin tantas veces citada, la instalación de un criterio de memoria dentro de la práctica histórica sirvió para darles voz a quienes no la tenían, y para desplazar el énfasis político e historiográfico apartándolo de la exclusividad de las narrativas de los vencedores. No obstante, la segunda fase del debate cuestionó la llamada "industria de la memoria" como un síntoma de malestar intelectual y político.

Si, tal como está, la "historia" objetiva; entonces la "memoria" desligada muestra el defecto inverso de perder distancia analítica. La memoria ha asumido el reclamo de auto autenticación en contradicción, no sólo con el principio histórico convencional de la objetividad analítica, sino también en contradicción con el principio de la construcción psicoanalítica de un sujeto que se auto-cuestiona y para quien el pasado es siempre, hasta cierto punto, un extraño. Es más, la memoria como un modo de auto-autenticación, ya sea individual o colectiva, cae fácilmente en las ideologías de la melancolía, la conmemoración e inclusive el trauma en sí mismo (si podemos definir el trauma como una evacuación radical del ego), la mismísima afección que tanto quiere remediar. Por lo tanto, las necesidades de auto autenticación de la memoria paradójicamente permiten el compromiso de la más crítica subjetividad en cuyo nombre operan. La memoria cae inevitablemente en la ideología a menos que se auto-discipline con aquellos mismos principios del razonamiento histórico que fundan las bases de los modelos psicoanalíticos, a saber, el reconocimiento y el análisis de la multiplicidad, la alteridad y la historicidad del sujeto recordado y del sujeto recordante.

La autoridad de la memoria reside en el reemplazo que efectúa de la afirmación "yo sé" por la afirmación "yo recuerdo". Este es el reemplazo de una relación sujeto-objeto, o de una relación de un sujeto con otro sujeto, por una relación del sujeto consigo mismo. En resumidas cuentas, es el reemplazo de la veracidad histórica por la autenticidad histórica. De este modo, el anhelo posmoderno (o en realidad post-posmoderno) del regreso del sujeto reacciona insertando en el pasado una imagen de sí mismo reflejada en un espejo y luego trazando, a partir de esa imagen proyectada, una línea de continuidad subjetiva.

La historia como una crítica de la memoria es similar a la crítica de la memoria de sí misma. Al autocriticarse, la memoria separa el agente recordante de la experiencia recordada. La memoria invoca así, potencialmente, las reglas de la historia. Esta es una relación hermenéutica, interpretativa: una experiencia pasada no es un objeto, por lo tanto el código de la objetividad no es en este caso de gran ayuda. De esta manera, una memoria autocrítica puede ser capaz de erigirse como el mejor tipo de análisis histórico.



Monumento subterráneo en Hausvogteiplatz.

La contingencia de la memoria sobre la historia es una piedra angular del psicoanálisis como empresa interpretativa. Para Freud, la memoria es salvaje e inmanejable y no puede por lo tanto ser teorizada en sus propios términos. Freud caracteriza la memoria como un archivo del inconsciente con capacidad infinita. La huella de la memoria (*Erinnerungsspur*) que reside en el inconsciente no tiene "nada que ver", afirma Freud, "con el hecho de volverse consciente". La memoria, como los sueños, es disruptiva en su agitación de la conciencia, pero un recuerdo está inmediatamente y siempre sujeto a revisión. Dicho escrutinio puede surgir a través de los dos procesos tan disímiles de revisión e interpretación. La revisión es un proceso inconsciente que obedece al aparato censor de la mente, la tarea de la distorsión en los sueños y la represión en general. La interpretación implica desenterrar material previamente oculto, siguiendo tanto las prácticas como las metáforas de la arqueología y la historia. El título de una memoria como *When Memory Comes*, de Saul Friedlander, presta atención a esta multiplicidad; la memoria es entendida como una disrupción de la historia y una incitación al trabajo histórico. Si la frase va a ser tomada en serio, la memoria "viene" de un lugar recóndito del sujeto distinto de aquel que ocupa su narrativa o análisis. La memoria está organizada como evidencia cruda para ser examinada de acuerdo con las reglas del razonamiento histórico.

Si la tendencia a cancelar la historia dentro de la memoria involucra el anhelo del retorno de una subjetividad continua, entonces la exaltación de la memoria será entendida, al menos parcialmente, como un síntoma del deseo contemporáneo. La memoria se ha transformado así en el tropo dominante de la veracidad en las secuelas del trauma, con la recuperación de la memoria postulada como la base del trabajo del trauma y de sus efectos posteriores. A nivel de trauma personal y también de trauma histórico colectivo, se hace referencia inmediata y específica al Holocausto como el trauma definitorio de la modernidad. En el proceso de trabajarlo, la recuperación de la verdad y la veracidad de la recuperación no sólo son simultáneas, sino que se las considera idénticas. En el discurso del testimonio del Holocausto la memoria viene a significar una historia autenticada. En sus polémicos artículos de 1993 y 2000 respectivamente, Charles Maier y Kerwin Klein se refirieron ambos a la "industria de la memoria". Para Maier la memoria es un síntoma de la melancolía discursiva contemporánea, asociada a la crisis de una política transformativa viable, la "pérdida de una orientación futura" y el surgimiento de la política de

"La interpelación de la memoria dentro de la ideología ha ocurrido de manera más consistente a nivel de la interpelación del sujeto dentro de una identidad nacional. Una historia intelectual de la fijación europea por la memoria encontrará su explosión en el momento del triunfo de la nación después de 1870."

la identidad y de la política del reconocimiento. Klein se ocupa de criticar el "salto por analogía de las memorias individuales a la Memoria (social, cultural, colectiva, pública o la que fuere)".

La interpelación de la memoria dentro de la ideología ha ocurrido de manera más consistente a nivel de la interpelación del sujeto dentro de una identidad nacional. Una historia intelectual de la fijación europea por la memoria encontrará su explosión en el momento del triunfo de la nación después de 1870. A este nivel, la memoria como una experiencia contingente sobre la subjetividad es cooptada por la conmemoración, dentro de la glosa oficial de la memoria con fines hegemónicos. El propósito mismo de las narrativas nacionales conmemorativas es absorber la individualidad dentro del molde nacional. La finalidad del nacionalismo es excluir la alteridad: tanto la diferencia entre sujeto y nación como la diferencia entre pasado y presente.

La conmemoración disciplina a la memoria al servicio de una identidad colectiva (una comunidad religiosa en el contexto premoderno más común, la nación en el moderno más clásico). El ejemplo típico de esta tendencia en la historio-



Un monumento "descentralizado" recorre la ciudad.

grafía reciente (con "típico" quiero decir más citado que leído) es probablemente la serie de cuatro volúmenes titulada *Les lieux de memoir*, editada por Pierre Nora. Este trabajo recopilado de sesenta historiadores fue publicado entre 1984 y 1986, motivado, en palabras de la introducción de Nora, por la "rápida desaparición de nuestra identidad nacional". La obra estuvo inspirada por el deseo de recuperar la memoria nacional francesa perdida, implícitamente, con la victoria socialista de 1981. Adicionalmente, un patrimonio nacional recuperado proporcionaría el peso necesario para las conmemoraciones de la Revolución, a realizarse en 1989. La organización de los cuatro volúmenes representó una teleología nacional de república a nación nuevamente inscripta. (La Parte I se titula "La República"; la Parte II, en tres volúmenes, "La Nación"). ¿La memoria de quién está en juego? La memoria de la nación; en otras palabras, una memoria ficticia que es cultivada sistemáticamente por símbolos, monumentos y narrativas nacionales. La memoria nacional se cultiva para alcanzar la ideología nacional: la grandeza de Francia será reconstituida a través de la mistificación, en vez de deconstruida por medio del análisis.

El programa nacional de Nora tiene intenciones sacralizantes explícitas. En su introducción a los libros, reimpressa como un ensayo independiente llamado "Entre la memoria y



Schoeneberg. Con carteles se señala la ausencia de los vecinos asesinados.

la historia". Nora iguala la modernidad a la "aceleración de la historia", con la consiguiente violación, conquista y erradicación (en sus palabras) de la memoria y la equiparación de la memoria y la historia. Ahora la historia, que es secular e intelectual (nuevamente en términos de Nora) se ubica en oposición a la memoria, que es "afectiva", "mágica" y "absoluta". Uno de estos tres adjetivos, "absoluta", puede ser el más aterrador, pero yo diría que "mágica" es el más fuerte. La magia, como lo afirmara Max Weber, es la negación de la distancia: la distancia temporal entre el pasado y el presente, la distancia existencial entre la humanidad y la divinidad. Finalmente, Nora asegura que la "última encarnación de la 'unificación de la memoria y la historia' fue la 'nación-memoria', según cuya autoridad 'no existió más discontinuidad entre nuestros orígenes greco-romanos y las colonias de la Tercera República.' ... por medio de la nación nuestra memoria siguió descansando sobre una base sagrada."

La narrativa nacional de conmemoración restaurada de Pierre Nora fusionada sistemáticamente con la memoria (la memoria sagrada) es exitosa a nivel ideológico, en parte gracias a un modelo estadounidense generalmente llamado excepcionalismo. Francia y los Estados Unidos pueden entrar en el triunfalismo narrativo (en la *jouissance* de los "acor-

des místicos de la memoria" de Abraham Lincoln) sin protestas inmediatas, aun cuando los legados de Vichy y Vietnam se han llevado parte del aliento de estas narrativas triunfalistas. Como lo demuestran las citas anteriores, Nora aparece impertérrito ante los legados colonialistas o colaboracionistas de Francia. Sin embargo, ésta no es una opción para Alemania, Austria o Italia de la posguerra, donde no se ha recurrido fácilmente a posturas de identidad nacional, de memoria colectiva, o de su armonización.

En la reconstrucción de estos países directamente responsables de los crímenes fascistas, llevada a cabo después de 1945, la identidad propia colectiva estuvo limitada en gran parte a la categoría de "sociedad", debido a que la identidad "nacional" aparecía manchada. Como ciudadano estadounidense cada vez más apartado de los discursos neonacionalistas en auge en los Estados Unidos, encuentro la categoría secular, auto reflexiva y limitada de "sociedad" crecientemente saludable y cada vez más necesaria.

Información y educación

Quisiera concluir mi discusión haciendo referencia a otros varios lugares importantes de la memoria pública de Berlín y reflexionando luego brevemente acerca de cómo funcionan estos sitios como ejemplos positivos y negativos pa-

ra la construcción de la memoria pública.

El 10 de mayo de 1933 tuvo lugar la infame quema de libros judíos en la plaza Bebelplatz, directamente frente a la Biblioteca Real [Koenigliche Bibliothek] de la Universidad Humboldt. En este lugar se encuentra hoy un monumento conmemorativo inusualmente eficaz diseñado por Misha Ullmann. En el sitio de la quema se ubica, de manera casi invisible, un panel de vidrio a través del cual se invita al espectador a mirar hacia abajo dentro de un espacio blanco desierto cuyas paredes son bibliotecas blancas vacías. Este monumento se vale del mismo tropo del "hueco" que emplea Libeskind, aunque sin monumentalidad y, por ende, sin auto-monumentalidad.

Una modestia similar muestra el monumento a los comerciantes textiles judíos de Hausvogteiplatz, diseñado por Renate Stih y Frieder Schnock. El pasajero de subterráneo que emerge de la estación en Hausvogteiplatz se encuentra con nombres comerciales grabados en los escalones, sorprendentemente similares a los avisos publicitarios colocados en las escaleras de otras estaciones. Pero estos son los nombres y las direcciones de los comerciantes judíos cuyo medio de vida fue destruido por el régimen nazi. Al final de las escaleras encontramos un triángulo de espejos, dentro del cual se ofrece una reseña histórica comercial judía de la plaza. En esta estructura diminuta entra una sola persona por vez. Leo la reseña histórica de los comerciantes judíos de Hausvogteiplatz al tiempo que mi visión periférica inevitablemente percibe mi propia imagen en el espejo. El efecto y su capacidad instructiva son discretos, conmovedores y hasta un tanto divertidos. Los comerciantes desaparecidos de Hausvogteiplatz podrían haber diseñado mi propia vestimenta, reflexiono: ¿quién soy? ¿cómo me veo? ¿en qué me veo distinto en ausencia de los comerciantes judíos de Berlín y por la pérdida de ellos? Me veo de algún modo involucrado en esta historia pero no acusado, más bien me siento invitado a reflexionar sobre una historia que ha afectado mi propia vida y de cuyo conocimiento soy por tanto responsable.

El principal punto de deportación hacia el este desde Berlín era la estación de trenes de Grunewald. La misma es hoy bastante tranquila. Se ha establecido aquí un sitio de conmemoración muy distinto. El llamado andén 17 [Gleis 17] recuerda individualmente a cada tren de deportación. El espacio yermo y el andén en desuso parecen primero completamente vacíos. Pero una mirada más detenida revela una secuencia de información casi insoportable por su literalidad y exhaustiva acumulación cuantitativa. A lo largo de las orillas del andén, en el borde de la plataforma a ambos lados, se encuentran 186 barras de acero grabadas con información de cada tren que deportó judíos desde Berlín. La información incluye la fecha de partida del tren, el número de víctimas que transportó (mayoritariamente, aunque no siempre, identificadas como judíos) y su destino. Los primeros trenes partie-

ron hacia los ghettos polacos, reconstruidos como prisiones urbanas para judíos; los trenes siguientes se dirigieron directamente a Auschwitz y a Theresienstadt.

En la zona de Berlín conocida como el Bayerisches Viertel (Barrio Bávaro), en el distrito de Schoeneberg, la mayoría de las calles llevan los nombres de pueblos bávaros. Para conmemorar la presencia y ausencia de la gran cantidad de ciudadanos judíos de la región, se han colocado ochenta carteles en lugares escogidos al azar a lo largo del vecindario. Los mismos son simples paneles blancos rectangulares, cada uno de los cuales contiene el texto de una de las más de 400 leyes y decretos antisemitas proclamados por el estado nazi entre 1933 y 1945. Por ejemplo, a lo largo de la calle Barbarossastrasse uno puede divisar los siguientes carteles:

1. Berliner Badeanstalten und Schwimmbaeder duerfen von Juden nicht betreten werden.

Las instalaciones para baño y natación de Berlín se encuentran fuera de los límites permitidos para los judíos.

2. Juedische Aerzte duerfen nicht mehr praktizieren

Ya no se les permite practicar la profesión a los médicos judíos.

3. Juedische Kinder duerfen keine oeffentlichen Schulen mehr besuchen.

Los niños judíos ya no pueden asistir a las escuelas públicas. Verbot jeglichen Schulbesuchs. Se prohíbe toda asistencia escolar.

4. Juden benoetigen zum Verlassen des Wohnorts einen polizeilichen Erlaubnisschein

Los judíos necesitan un permiso policial para abandonar su domicilio.

Este monumento "descentralizado" fue instalado en 1933. Pasaron varias semanas antes de la inauguración oficial de los primeros carteles, para la consternación y las críticas de muchos residentes locales confundidos. Los carteles blancos tenían (por decisión de sus diseñadores) un carisma francamente normativo, presentista y sugestivamente "normal". Combinaban con los letreros de las calles. Tal desconcierto fue deliberado por parte de los artistas del monumento, el equipo de Renate Stih y Frieder Schnock, los mismos artistas que estuvieron a cargo del monumento de Hausvogteiplatz, quienes se especializan en lo que ellos llaman "esculturas sociales".

Pero hay aquí coincidencias en juego que están fuera del control, y obviamente más allá de las intenciones, de los creadores del monumento. El efecto espejo de Hausvogteiplatz le provoca al espectador hilos de pensamiento múltiples, impredecibles y espléndidos que el monumento no pretende inhibir. Aunque pueda haberse proyectado el mismo tenor para el Bayerisches Viertel, el efecto fracasa, en mi opinión, sobrepasado por valencias políticas confusas. El nombre Barbarossa se refiere, por supuesto, al empera-



Imágenes del nuevo Museo Judío de Berlín.

dor de la dinastía Hohenstaufen, pero ineluctablemente también a la invasión de la Unión Soviética y, por ende, al inicio de la masacre de judíos por parte de los Einsatzgruppen que acompañaron a la Wehrmacht. Los letreros de las calles a lo largo de toda Berlín están escritos en letras negras sobre un fondo blanco, al igual que los letreros conmemorativos de Schoeneberg, y el resultado es inquietante. El cuarto de mis ejemplos anteriores, "los judíos necesitan un permiso policial para abandonar su domicilio", está ubicado en la esquina de las calles Barbarossastrasse y Berchtesgadenerstrasse, donde Berchtesgaden se refiere inconfundiblemente al pueblo bávaro que constituyó la sede del repliegue alpino de Hitler. Estos son problemas de función y no de intención. Pero ejemplifican y validan lo que en teoría literaria se llama "falacia intencional". En otras palabras, las intenciones conmemorativas y políticas del monumento a nivel de lo funcional a pesar de sus fundadores.

No obstante, resulta más problemático el supuesto tácito de que en el vecindario del presente residen relativamente pocos judíos, y de que por lo tanto no existen los problemas potenciales de estar dirigiéndose a alguien; no es posible que un judío que viva allí se sienta confundido por estos enunciados despersonalizados pero extrañamente poderosos y kafkianos, o en efecto destinatario de los mismos. Por medio de la representación sorprendentemente funcional de la misma voz persecutoria que busca rechazar, este desafortunado monumento muchas veces ofende precisamente

a aquellas personas cuya persecución pretende reparar, y con razón.

Al igual que el Jardín del Exilio en el Museo Judío de Berlín, el monumento de Schoeneberg no coloca a su interlocutor en una posición en la cual la educación y el pensamiento puedan realmente tener lugar. La confusión es aquí más cognitiva que temporal. Ambas partes violan un principio de la esfera pública por el cual la dignidad del intérprete y la potencialidad para un pensamiento libre y claro se encuentran protegidas. Como un aula, un sitio conmemorativo educa en primer lugar a su interlocutor armonizando con su subjetividad, su capacidad para pensar abiertamente, y protegiéndola. El éxito enorme de los museos de las plazas Bebelplatz y Hausvogteiplatz descansa sobre estos valores, al igual que los fracasos del Jardín del Exilio y del monumento de Schoeneberg.

Las retóricas de la historia pública y de la memoria pública se combinan con éxito cuando franquean cuidadosamente la dinámica de la distancia del pasado. El pasado es, por definición, temporalmente distante. Comprenderlo requiere una conexión desde otro momento en el tiempo. Es la realidad de ambos momentos la que reconoce la categoría de la historia. Si la memoria trae el pasado a la vida emocional del presente, la historia y sus modos de distancia le permiten al sujeto perceptor comprender esa realidad pasada. Este tipo de sujeto historizante y razonador tiene al menos la posibilidad, como sostuvieron Hegel y Freud, de alcanzar una promesa de libertad.

Reconstruir la vida en el Gulag

por Irina Scherbakowa

El Archivo y el Museo del Memorial en la URSS permitió que la gente acudiera masivamente con sus recuerdos familiares, fotos y documentos vinculados con la represión. Este movimiento echó por tierra cientos de miles de documentos que intentaban dar su única versión sobre el sistema represivo ruso. El valor del testimonio en la construcción de la historia.

¿Cómo conserva la Rusia de hoy la memoria del Gulag? Se trata de una pregunta que resulta todavía extremadamente difícil y, a la vez, dolorosa. Durante muchos años, en realidad décadas, pareció que la única instancia real de conservación de la historia era la memoria humana. Hacia el final de la década de 1980, apenas podía pensarse en una conservación masiva de los testimonios materiales de estas memorias con vistas a un futuro museo, como tampoco en la posibilidad de convertir en museo las antiguas barracas de los campos estalinistas. Menos aún considerando que muchos de estos campos se siguieron utilizando después de que el Gulag había sido liquidado. Tanto Solschenizyn como otros historiadores que abordaron la temática del Gulag recurrieron a la memoria humana como fuente principal de información; la mayoría de ellos estaba convencido de que el poder no había conservado ningún documento relativo a la represión (una conjetura que parecía entonces rigurosamente lógica). Posteriormente, se supo que las cosas no eran así. Por el contrario, en los últimos diez años se ha comprobado que, con el rótulo de "secreto", se habían guardado a lo largo de todo el país cientos de miles de documentos que permiten formarse una idea bastante precisa de la naturaleza del sistema represivo soviético. El resultado son cientos de libros, monografías y artículos. Pero el hecho de que contemos con miles de documentos oficiales no significa que tengamos una imagen completa de lo que fue el Gulag. Esto es así porque los documentos que obtuvimos de los

archivos representan aquella parte de la vida de un ser humano que la maquinaria del Estado quiso preservar; esa misma maquinaria estatal cuya tarea consistía en aniquilar a los hombres capturados en sus redadas. Y si suponemos por un momento que las generaciones futuras conocerán el destino de los hombres en las cárceles y los campos gracias, exclusivamente, a los documentos procedentes de los archivos oficiales —como, por ejemplo, los falsificados autos de procesamiento—, tendremos entonces una imagen completamente deformada (y era precisamente ésa la intención de quienes etiquetaron estos documentos con la inscripción “conservar para siempre”). Así de valioso es todo lo que queda de las víctimas. Precisamente por eso el Memorial de la Sociedad, que se fundó en Moscú en 1989 y cuyo primer presidente fue Andrei Sakarov, estableció como una de sus tareas principales la recopilación y conservación de todo aquello que documente el destino de las víctimas de la represión política en la URSS.

Nacieron así el Archivo y el Museo del Memorial. Y la gente acudió masivamente y llevó sus recuerdos del campo. Eran todavía recuerdos en gran medida personales o de parientes ya muertos. Se acercaban fotos y documentos vinculados con la represión; se traían manualidades, telas bordadas y otros objetos que habían fabricado los detenidos. Se aportaban ropas y vajilla usadas en el campo. Se enviaban los dibujos y los cuadros que los pintores habían producido en el campo. Los historiadores jóvenes realizaban expediciones adonde habían estado los campos en busca de los “fragmentos” dispersos de la vida en el lugar, de los pedazos de alambres de púa, de los vallados.

Este entusiasmo verificado hacia fines de la década de 1980 y comienzos de la de 1990 resultaba comprensible; después de tantos años de silencio y sentimientos reprimidos, se expresaba fuertemente la necesidad de preservar para el futuro todo lo que había sucedido. Y los ex detenidos y sus parientes percibían repentinamente, y por primera vez luego de varias décadas de historia soviética, el significado social e histórico de sus destinos.

Los historiadores y archivistas del memorial advirtieron claramente el valor que representaban los objetos recopilados de tal manera. Y esto por la sencilla razón de que el conjunto resultaba dramáticamente pequeño en comparación con la increíble dimensión del aparato represivo.

En uno de los mapas del Gulag elaborado por el Memorial puede verse que toda la extensión “desde Moscú hasta los límites más extremos” estaba cubierta por una apretada red de campos. Cerca de 4 millones de personas fueron víctimas de la represión política durante el período estalinista. ¿Pero qué queda de las víctimas? Ante todo, unos pocos documentos enteramente personales, dado que, junto con la detención, se produjeron también en la mayoría de los casos pesquisas domiciliarias en las cuales los colaboradores de la NKWD recogieron todos los documentos perso-

“En uno de los mapas del Gulag elaborado por el Memorial puede verse que toda la extensión ‘desde Moscú hasta los límites más extremos’ estaba cubierta por una apretada red de campos. Cerca de 4 millones de personas fueron víctimas de la represión política durante el período estalinista. ¿Pero qué queda de las víctimas?”

nales de los detenidos, principalmente diarios, cartas, libretas y cuadernos. Con muy pocas excepciones, estas documentaciones fueron posteriormente destruidas. (Por lo general, el aparato represivo sólo preserva de los hombres condenados al exterminio aquello que les parece útil). Precisamente por esta razón desaparecieron sin dejar rastro no sólo los manuscritos de los escritores detenidos, sino también los cuadros de muchos pintores.

Llevar un diario personal en los campos, o sencillamente tomar algunas notas, resultaba imposible y sumamente peligroso. En las frecuentes pesquisas, se destruían invariablemente cartas y también fotografías. Era muy difícil conservar objetos personales: los criminales solían robarlos o se extraviaban en los traslados que llevaban a los detenidos de un campo a otro. Y, hasta la muerte de Stalin, aun afuera del campo, en el exilio, muchos tenían miedo de escribir textos o realizar dibujos relativos a los campos, dado que todo podía servir de excusa para una nueva detención. Y aquello que había quedado con los familiares, se perdió casi totalmente durante la guerra, la ocupación alemana, los bombardeos y las evacuaciones.

Por eso revisten tanto valor los casi 30.000 expedientes sobre el destino de individuos concretos conservados actualmente en el Archivo del Memorial. Se trata en este caso de hombres y mujeres de distintas procedencias: ciudadanos soviéticos y extranjeros, funcionarios estatales y partidarios.

En estos expedientes se encuentran documentaciones de la época de la detención como, por ejemplo, fotos de familia, testimonios y documentos sobre actividades partidarias que conforman una imagen bastante precisa de la vida cotidiana soviética entre las décadas de 1920 y 1950. Pero también se conservan allí documentos oficiales vinculados a la detención, certificados de rehabilitación que se entregaban a los familiares, y algunas copias de las actas de las pesquisas. De los innumerables ejemplos reunidos surge la imagen de la dependencia de los hombres respecto del sistema y de la aspiración de los poderes orientada a la restricción total de la libertad individual. Una declaración impresa en un pedazo de papel arrugado con faltas de ortografía y sellos ilegibles decidían no sólo la vida y el destino de un hombre, sino la suerte de toda una familia durante varias décadas. En estos archivos se conservan también todos los registros personales que tienen que ver con la prisión, el campo y el

exilio; objetos que, en la mayoría de los casos, fueron donadas al memorial por familiares o hijos. Hay allí cartas procedentes del campo que llegaban por vías oficiales, con la consiguiente instancia de censura a partir de las cuales los familiares podían enterarse de que el detenido seguía con vida y que daban cuenta de sus necesidades más urgentes. Pero hay también cartas que llegaron a su destino de milagro, que fueron entregadas a alguien de alguna manera, o bien arrojadas de los vagones que transportaban a los detenidos hacia el campo. Estas cartas suelen estar escritas en el reverso de papeles sueltos o en retazos de tela. Lo más sorprendente resulta que estos "envíos" llegaron finalmente a sus destinatarios, que se toparon con hombres que reunían estos escritos y los entregaban a los familiares de los detenidos. Los testimonios más trágicos que se conservan en el Memorial son indudablemente las cartas que las madres les enviaban desde el campo a sus hijos, quienes después de la detención de sus padres habían sido enviados a asilos o vivían con familiares. También las cartas de los hijos a sus padres que se encontraban en el campo, escritas en páginas arrancadas de los cuadernos escolares y adornadas muchas veces con dibujos. Debe tenerse en cuenta que se trataba de la única forma de comunicación, puesto que la separación entre los chicos y sus seres más cercanos podía extenderse durante varios años. Pero estas cartas ofrecen también la clave para comprender la situación psicológica de las madres a cuyos hijos se les había inculcado que sus padres eran enemigos del pueblo. Constituyen una tentativa de mantener la proximidad y el entendimiento mutuo, y, por otro lado, se percibe el miedo a decir la verdad, el miedo de que los chicos pudieran convertirse en "enemigos del poder soviético"; porque ellos, los que estaban detrás del alambre de púas, advertían perfectamente el peligro que podía amenazar a sus hijos por cualquier palabra insignificante que se escribiera irreflexivamente. Si bien el archivo del Memorial cuenta con 10.000 fotografías, son muy pocas las que ilustran de algún modo la vida en el campo. Por lo general, los historiadores del Gulag se topan con dificultades colosales en cuanto a la memoria visual. De hecho, la enorme proporción de los archivos de la represión está ocupada por kilos de papeles y documentos, pero no hay prácticamente documentos visuales. Existen algunas películas de propaganda de principios de los años '30, realizados por encargo de la NKWD, que debían mostrar el trabajo de zapado de los detenidos en la construcción de los distintos canales y acequias; hay fotografías tomadas por personas en libertad cuando colaboraban con los detenidos en el hospital del campo o en alguna otra obra. Y hay también fotos del exilio. Pero todas ofrecen una imagen muy imprecisa de la vida cotidiana en el campo. Con todo, se conservan en el Archivo del Memorial otros documentos que ilustran la vida en los campos soviéticos —por ejemplo, periódicos publicados en el campo, o los programas

de las funciones de teatro que allí se realizaban, o incluso certificados de trabajo y ausentismo, o condecoraciones de algún tipo de competencias—, dado que los campos soviéticos eran una suerte de parodia involuntaria de la vida en libertad. En los últimos años, se ha agregado al Archivo del Memorial una gran número de memorias del campo. Naturalmente, éstas presentan muchas diferencias entre sí: algunas no se extienden más de un par de páginas, y otras, en cambio, comprenden todo un libro manuscrito. Resultan fuentes de información extraordinariamente importantes, y durante muchos años —hasta la apertura de los archivos— parecieron ser las únicas existentes. Por eso, durante muchos años los his-

"Precisamente por eso, estos objetos —que fueron conservados y entregados al Museo— no son meramente objetos que ilustran cómo se vestían o con qué comían los detenidos. Hay por ejemplo un vestido zurcido y remendado repetidas veces, porque solía suceder que transcurrieran años en los que los hombres y mujeres no podían recibir nada de sus hogares."

toriadores trabajaron casi exclusivamente con estos materiales, incluso recopilando los distintos recuerdos. Ahora parece haber llegado finalmente el momento en que podrán analizarlo críticamente. Porque en un contexto en el cual el tema mismo de los campos estaba interdicto, el hecho de comparar estas fuentes, investigarlas o criticarlas resultaba una tarea sencillamente imposible. Llegó por fin la hora en que puede hablarse también de los límites y de las restricciones de la memoria humana, del estrecho círculo social del que procede la mayoría de los textos y recuerdos del campo, dado que sus autores eran casi en su totalidad gente del partido o representantes de la inteligencia soviética. Podemos finalmente hablar de las distorsiones, de lo que ha tenido consecuencias traumáticas en el recuerdo, de las difusas fronteras que existió en la historia soviética de la represión —y en la historia soviética en general— entre víctimas y victimarios. El material biográfico esclarece precisamente la manera en que un hombre que había participado en la gran época de la represión hacia los años '20 y comienzos de los '30 pudo luego convertirse en víctima de esa misma represión. (Un primer paso para abordar estos innumerables manuscritos en función de una elaboración histórica más amplia consiste en que el Memorial prepare un índice general de tales recuerdos, con los comentarios que resulten pertinentes). El Museo fue creado a comienzos de la década de 1990 y contiene actualmente 1500 objetos en exposición. Se trata de la colección más grande existente en la Rusia de hoy de objetos y artesanías procedentes del Gulag. Cada objeto de la vida en el campo, cada vieja chaqueta, cada zueco que se conserva en el Museo "Arte y vida en el

Gulag" del Memorial reviste un valor incalculable. Cuando finalmente podían abandonar el campo, los prisioneros se llevaban a la libertad, por lo general en una valija fabricada con una caja de madera, aquellos objetos que les habían servido durante los años que estuvieron detenidos.

Esto ocurría, no solamente porque quedaban muy pocos de estos objetos, sino sobre todo porque para su dueño adquirirían un significado netamente existencial. La pérdida del guante, de la gorra, del plato o de la cuchara podía implicar la muerte. Precisamente por eso, estos objetos —que fueron conservados y entregados al Museo— no son meramente objetos que ilustran cómo se vestían o con qué comían los detenidos. Hay por ejemplo un vestido zurcido y remendado repetidas veces, porque solía suceder que transcurrieran años en los que los hombres y mujeres no podían recibir nada de sus hogares. Este vestido, que envolvió a su portadora durante la peor época —1938/1939— de las cárceles moscovitas, es una suerte de reliquia de la vida anterior a la detención. En este vestido puede leerse lo que debió padecer alguien que pasó casi dos años en prisión. Además de la posibilidad de establecer una conexión con el hogar de uno, la conservación de los objetos y el vestido supone también una posibilidad de supervivencia. Algunos de los objetos expuestos en el Museo cobran significado únicamente en relación con el destino de su dueño. Como, por ejemplo, un pañuelo común corriente con bordados verdes y azules que, en 1938, un hombre le dejó a su compañero de celda antes de que lo fusilaran.

No menos conmovedora es la historia de los diversos objetos que fabricaban los propios detenidos cuando la voluntad de supervivencia y el deseo de no perder contacto con los seres más queridos adoptaban formas paganas y arcaicas. El Museo del Memorial recibió como donación una muñeca de trapo: esta muñeca fue fabricada por una presa del campo de Tjermnikowski y es un retrato de su hija. La madre hizo la muñeca en 1941, luego de enterarse de que la hija había sido convocada al ejército y enviada al frente. No sólo vistió a la muñeca con el uniforme del ejército rojo, sino que cuando recibió una carta en la su hija le contaba que había recibido una medalla, cosió en el pecho de la muñeca una medalla semejante.

El Museo contiene también una gran colección de los objetos artesanales que fabricaban los detenidos (sobre todo las mujeres). Había en muchos campos diversos talleres en los que se trabajaban la madera y el metal. En los campos destinados a mujeres de Kasachstan y Mordovia, las detenidas solían trabajar en tareas de sastrería. Con distintos desechos, con trozos de madera, con hilos de aluminio, con retazos de tela y de cuero se fabricaban los objetos más diversos: cigarreras y estuches para anteojos, boquillas, tabaqueras, polveras y muchas otras cosas. Tales objetos eran enviados como recuerdo, o en ocasión de alguna fiesta o cumpleaños.

Las detenidas se las ingeniaban para coser y tejer en barra-

cas virtualmente a oscuras, con la única luz de una lámpara mortecina. Fabricaban agujas usando fósforos, dientes de peines o espinas de pescado y las ocultaban durante las pesquisas en los pliegues de sus pantuflas. Asombra comprobar la belleza de los objetos que se originaron en estas condiciones. Para muchos, era la única posibilidad de desarrollar una actividad artística y, en este sentido, de una ayuda sumamente importante para la supervivencia.

En el Museo del Memorial se encuentra también la única colección rusa de obras pictóricas y gráficas procedentes de los campos. Naturalmente, hay allí trabajos de aficionados, pero por lo general se trata de obras de artistas profesionales. Están maestros como M. Sokolov, B. Sveschnikov, M. Rudakov, J. Sooster, L. Kropivnizki y muchos otros. Desde luego, resultaba prácticamente imposible pintar en el campo. Esas raras instancias tenían lugar sólo cuando el artista conseguía los colores necesarios: por ejemplo, las veces en que se renovaban los números en los guantes y chaquetas de los detenidos en los campos de castigo, o cuando se hacían retratos del líder para las fechas patrias, o cuando se pintaban carteles y "consignas" para "embellecer" el campo. Las mejores ocasiones eran aquellas en que los artistas eran convocados para realizar los decorados del teatro del campo. Esto les daba la posibilidad de crear algo propio. La colección del Museo del Memorial está integrada principalmente por paisajes y retratos, pero hay también algunas pinturas de género. En cambio, existe una gran cantidad de obra gráfica: los dibujos podían hacerse y esconderse mucho más fácilmente. Aun considerando que los dibujos que los guardias encontraron en las pesquisas fueron por general a parar a la hoguera, muchos consiguieron ser rescatados. Así, por ejemplo, el hijo del pintor J. Sooster donó al Museo un paquete con dibujos del padre parcialmente quemados que éste extrajo inadvertidamente del horno después de la pesquisa. Si bien no siempre existe un punto de referencia concreto —como por ejemplo en uno de los mejores dibujos de Boris Sveschnikov, en el que se ve a los prisioneros muriéndose de hambre (1946)— es imposible omitir el dato de que la obra tuvo su origen en el campo, y la expresión de los rostros y el carácter trágico del paisaje hablan de lo que el artista encontraba y padecía allí.

A causa de sus reducidas dimensiones —el Memorial tiene su sede en un pequeño palacio urbano en el centro de Moscú— son tan pocos los objetos expuestos de manera permanente que la mayor parte debe ser extraído cada vez de las cajas y los armarios cuando llegan los visitantes. Por ahora, sólo nos queda soñar con el día en que sea posible que el Memorial organice una exposición gigantesca y contemporánea con el conjunto de lo que se ha recopilado —y se recopila todavía— en relación a la historia del Gulag. Y a pesar de todo, el aluvión de visitantes se torna cada vez más caudaloso, pero también el de los otros, los que acuden a traer piezas para su exhibición.

Los horizontes de la narración escolar

por Jorge Saab

Ilustraciones Claudia Contreras

No son sólo los manuales de historia, ni la palabra sagrada del maestro los que llenan de contenido la conciencia histórica de un pueblo. El autor de este artículo se pregunta por cuál debe ser, desde las aulas, la apelación al pasado. Es decir, qué memoria se debe construir desde la escuela para forjar nuevas identidades y si será nuevamente el Estado quien se ocupe de decir qué conservar y qué ignorar de las experiencias pasadas. La apuesta es por una recuperación del protagonismo de los docentes y a su capacidad para dotar de un nuevo sentido a la memoria escolar, restituyendo a la historia la capacidad de dar cuenta de las experiencias para que su conocimiento aporte a la ampliación de los horizontes de reflexión sobre el mundo que vivimos.

"Yo me puse en la cabeza que mi mejor homenaje [a los guerrilleros muertos] es tener éxito, demostrar que en esa época quisimos hacer la revolución y que hoy podemos ser empresarios o multimillonarios..."

Rodolfo Galimberti

A los efectos de esta comunicación llamaré "memoria escolar" al conjunto de representaciones que el Estado —a través del sistema educativo— imprime sobre generaciones de estudiantes como contenido de conciencia. Este contenido incluye no sólo un rango de materias que refieren a distintas disciplinas, sino también una suerte de lecciones morales, una cotidianidad que, entre otras cosas, se manifiesta en una serie de rituales entre los que sobresale el acto escolar patriótico.

En el caso particular de la historia designada como objeto a enseñar, existe un amplio consenso acerca de que su inclusión en el currículo respondió al propósito de construir desde el Estado una conciencia identitaria en torno a la idea de nación devenida estado en pleno proceso de consolidación. Se articuló así un discurso genealógico: la historia de la nación, relato épico, pletórico de actos heroicos cuya conclusión es la nación encarnada en el estado y sus administradores, los herederos naturales que expresan la continuidad entre pasado y presente.

La historia enseñada se configuró así como memoria, pero una memoria concebida como cuestión de estado, para utilizar una expresión de Diana Quatrocchi (1998).

Así, pudo afirmar Ricardo Levene (1946: 254) que: "Desde el punto de vista de la enseñanza de la historia y su elaboración, la interpretación de los hechos del pasado histórico es privativa de la soberanía de los Estados y se fundamenta en el sentimiento del respectivo pueblo y en la labor crítica de instituciones e historiadores representativos del mismo.

Mucho más contundente, Carmelo Pellegrini (1935), autor de un manual para la enseñanza secundaria —Historia Argentina I—, confesaba: "el texto se ha supeditado, en la exposición de los acontecimientos y valoración de los mismos, al criterio tradicional, al que rige lo que podríamos denominar 'la historia oficial'".

La historia en tanto memoria escolar, a través de la transmisión intergeneracional, fue el contenido principal de lo que llamamos "conciencia histórica".

Ahora bien, veamos sobre qué ejes se fue articulando aquella narración sobre la historia nacional:

— Hay una mitología que se desliza transversalmente al relato: mito de los orígenes, de heroísmos sin mácula, de usurpaciones y tierras irredentas (Cfr. Romero, L. A. y otros, 1999).

— Hay también unos actores que ocupan el centro de la trama toda vez que la épica exige clarines y espadas: son las Fuerzas Armadas de la Nación "que nacieron antes que la patria", bendecidas por la Iglesia.

— Luego, el hilo conductor pasaría por una secuencia que

contemplaba la marcha difícil pero inexorable de la nación hacia su plena organización, punto de llegada a partir del cual los campos despojados de salvajes verían surgir las mieses; las provincias, sin bárbaros caudillos, entrarían a compartir la senda del progreso, y la nación al fin constituida, abriría sus puertas a todos los hombres de buena voluntad que quieran habitar el suelo argentino.

La historia parecía haber llegado a su fin después de Pavón o cuando las tropas de Carlos Tejedor fueron aplastadas en aquella inútil rebelión porteña. En adelante, la consigna sería "Paz y Administración". El pasado quedaba definitivamente cancelado para abrir paso a un extenso presente que era también futuro en la medida en que se sancionaba la realización de los sueños. Y el presente no era jurisdicción de los historiadores. Siguiendo la expresión del ministro francés, Víctor Duruy según la cual el pasado corresponde a la historia, el presente a la política y el futuro a Dios, los historiadores académicos, tributarios de la escuela metódico-erudita, se daban por satisfechos, en la década de 1930, con detener el relato nacional en 1862. Precisamente, a ellos correspondió rescatar otro tipo de héroes: los que exhibían virtudes cívicas. La nación pacificada, requería campeones de la democracia y fundadores de instituciones que merecían un lugar en la memoria colectiva. De modo que políticos y militares o militares-políticos fueron los sujetos privilegiados tanto de la historia erudita como de la historia escolar.

Pero no fue sólo la cristalización de esta clase de memoria colectiva la obra de los historiadores académicos. A ellos correspondió también plantear los ejes sobre los cuales se desarrollarían los debates que —a derecha e izquierda— se fueron generando en torno al presente histórico a propósito del pasado. Pensar la nación trocando villanos en héroes o viceversa, atribuir a personajes caracteres nacionalistas, progresistas, reaccionarios, revolucionarios según conviniera a las pugnas ideológicas del presente, fue la forma en que los historiadores más políticos que profesionales, escogieron para convalidar sus proyectos de país aceptando de hecho las reglas de juego que Mitre y sus herederos académicos propusieron en su momento.

Toda narración exige un narrador y una audiencia. La garantía de eficacia del relato reside en el grado de interés que el relator pueda despertar en la audiencia. Esto exige, de alguna manera, que haya una disposición para lo que vamos a ver o escuchar. Implica también la posibilidad de repetir la historia reinventándola a cada paso y la existencia de un ámbito cultural que nos recuerda, al mismo tiempo que nos advierte a cada paso que somos mirados por nuestros padres fundadores; esto es lo que Pierre Nora llamó "los lugares de memoria".

De modo que no es sólo el manual de López, Grosso o Levene: no es sólo la palabra sagrada del maestro los que llenan de contenido nuestra conciencia histórica. Monumentos, mausoleos, nombres de calles, plazas, líneas de

ferrocarril y cientos de localidades forman parte también del gran relato de la nación.

Una vez que la narración ha sido incorporada a nuestras vidas, no sólo no la olvidamos, nos resistimos a desterrarla aun a sabiendas de que existe una enorme brecha entre lo que nos contaron y la realidad histórica a la cual supuestamente el relato refiere. Es una cuestión de identidad que tiene que ver con el mundo simbólico dentro del cual desarrollamos nuestra individualidad.

Y para aquella historia fabulosa de la nación había consenso, en parte porque ésta era todavía pura retórica, ideología con apariencia inofensiva en tanto la salida de los cuarteles se hiciera sólo al efecto de una parada militar; o, en el peor de los casos para ocupar el poder, cosas de la política en la que la prudencia aconseja no meterse.

Ciertamente, podían sonar altisonantes y presuntuosas aquellas palabras de Levene escritas en 1914: "Hemos dicho que la patria es también un conjunto moral de glorias. En este sentido, la patria argentina es rica y virtuosa, y es grato sentirse argentino cuando se conoce lo que nuestra patria ha hecho por la causa de la civilización." Pero se podía convenir que, después de todo, el nuestro era un país aceptable, aun con sus mitos y sus mezquindades, teníamos "todos los climas y todos los paisajes, los europeos vinieron aquí a sacarse el hambre; en poco tiempo, con algo de esfuerzo y mucho de viveza se hacen ricos." Visto del otro lado, el problema era que a los argentinos "no les gusta trabajar y en este país sobran el trabajo y la comida".

¿Qué mal podía hacer una historia contada desde la escuela, aparte de aburrir a fuerza de tanta repetición? Es más, entre los recuerdos escolares de los adultos hay un grato lugar reservado a las fiestas de efemérides, aquellas que finalizaban con los escolares desfilando al compás de la marcha de la bandera para recibir un alfajor en la puerta de la escuela. Pero, además, al menos algo de aquel relato era percibido como verdadero, en tanto había una tácita aceptación de sus lecciones morales y un cierto disfrute de la herencia recibida. Sin embargo, las narraciones escolares distan de ser inofensivas. Esta refinada construcción de una memoria colectiva, proceso que reconoce similitudes con las historias escolares de otros países, mostró su eficacia al momento de cristalizarse en su plena materialidad.

Recordemos, por ejemplo, el papel jugado por la enseñanza nacionalista de tinte xenófobo en los países europeos en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Los terribles resultados de la misma pusieron en la mira el adoctrinamiento chauvinista impartido por las escuelas, al punto tal que la Sociedad de las Naciones decidió abordar la revisión de los manuales escolares puesto que, especialmente los de historia, promovían las imágenes hostiles hacia otras naciones. Jerome Bruner, apela al mismo ejemplo para demostrar que este tipo de narraciones son algo más que un ornamento mental: "Después, mientras los cabezones catedráticos de

ciencias denunciaban la blandura de las 'materias blandas', Europa marchó a la guerra de nuevo; representando los relatos históricos-de ciencias sociales-literarios que se suponían que sólo estaban 'enriqueciendo la mente' [...]. El gas venenoso y el Gran Bertha podían ser los frutos mortíferos de la ciencia verificable, pero el impulso para usarlos crecía de las historias que nos contamos a nosotros mismos. Entonces, ¿no deberíamos intentar entender mejor su poder, para ver cómo se organizan los relatos de ficción e históricos, y que tienen que llevar a las personas a vivir en comunidad o a dañarse y matarse unas a otras?" (1997: 108).

Entre nosotros, el encanto por las historias escolares se rom-

"Entre nosotros, el encanto por las historias escolares se rompió brutalmente cuando la última dictadura militar expandió el terror sobre toda la sociedad. Todas las represiones y ruindades anteriores ejercidas desde el poder no habían logrado quebrar aquella disposición colectiva hacia las historias patrias, quizás porque aquellas fueron siempre selectivas."

pió brutalmente cuando la última dictadura militar expandió el terror sobre toda la sociedad. Todas las represiones y ruindades anteriores ejercidas desde el poder no habían logrado quebrar aquella disposición colectiva hacia las historias patrias, quizás porque aquellas fueron siempre selectivas: podía tratarse de anarquistas sediciosos, cuando las masacres de la Patagonia; de agentes comunistas, cuando las deportaciones de obreros italianos a las garras de Mussolini; de reticentes peronistas, cuando los fusilamientos de José León Suárez o de terroristas subversivos, cuando las matanzas de Trelew. Pero ahora el horror era transversal, de modo que el oprobio cubrió un espectro cuya máxima intensidad residió en la invención de la figura del desaparecido en tanto comenzaba el desguace de las bases materiales de la sociedad cuyos efectos se viven hoy con pleno dramatismo.

La banda militar tuvo también el tino de emprender la aventura de Malvinas apelando —para lograr el masivo consenso que tuvo— a uno de los recuerdos escolares más caros: la del territorio usurpado por la páfida Albión.

Por aquellos tiempos, yo me desempeñaba como profesor de secundaria. Recuerdo el enorme interés de los alumnos por conocer los pormenores de la historia de Malvinas. Se hacían mapas del imperio británico, se repasaban argumentos que abonaban nuestros derechos soberanos, se hicieron actos públicos y también la simulación de un noticiero en el que pasado y presente se reconciliaban mutuamente.

Después del 14 de junio, una sola expresión daba cuenta del estado de ánimo durante la última reunión en el patio: hemos sido engañados. No era sólo la derrota, sino la certeza de que algo olía a podrido en aquella historia que nos contá-



Historias Clínicas. Cadena de ADN. Claudia Contreras

bamos a nosotros mismos.

Con la dictadura cayó uno de los grandes actores del gran relato nacional. En adelante no se vería a la población agitando banderitas entusiasmada con el desfile militar ni a las muchachas atisbando el paso de los cadetes luciendo sus vistosos uniformes. Pero aún habría una segunda oportunidad para preservar parte de aquella historia.

Una suerte de primavera democrática parecía abrirse paso entre los escombros de la república arrasada. Era la reivindicación de la política sancionada por la autoridad de Gramsci, Weber y Durkheim rescatados por intelectuales a su vez desencantados de su radicalismo setentista. Era la hora del ciudadano, un hombre, un voto, en tanto ello significaba una serie de derechos garantizados por el imperio de la ley y la justicia. En todo caso, la democracia así concebida era el menos malo de los sistemas de convivencia habida cuenta del fracaso de otros regímenes alternativos. Nuevamente, los alumnos al patio a escuchar a los representantes locales de los partidos políticos. Inflamados de entusiasmo, los estudiantes aplaudían alternativamente a los herederos de Alem y Yrigoyen, a los socialistas de Palacios y Juan B. Justo, a los compañeros de Perón y Evita. El fervor alcanzaba ahora a la revolución del go, a los discursos de Lisandro de la Torre y al 17 de octubre.

Sin embargo, el encanto de la democracia fue efímero, menos por la crisis económica que por la errática gestión política que

puede apreciarse en las patéticas palabras del Dr. Alfonsín: no pudimos, no supimos, no quisimos... Por alguno de estos tres motivos nunca más se transformó en "la casa está en orden" y la denuncia del terrorismo de Estado se canjeó por la cínica teoría de los dos demonios. La política se deslizaba ahora hacia la administración de tipo gerencial. No hay imagen más ilustrativa que la del presidente Menem cambiando el look de Facundo Quiroga por el de un atildado manager. Claro está, había que sepultar el pasado: el indulto a los jefes de la represión exigía el olvido en aras de la reconciliación.

El ciudadano, sujeto de derecho, pasó a convertirse en sujeto de mercado; a la apología de la participación siguió la consagración del consumidor, trocando un hombre, un voto por un voto, un crédito. Todo ello, iba acompañado por el espectáculo de la corrupción adueñándose de las instituciones más caras al liberalismo político.

No es prudente especular sobre el alcance de los acontecimientos precipitados después del 20 de diciembre, el día en que, por primera vez, una movilización popular forzó la renuncia de un gobierno. Lo que podemos afirmar es que el otro componente del gran relato nacional terminaba por derrumbarse. El repudio generalizado alcanzó a los administradores de los tres poderes. "Que se vayan todos" expresa, más allá de su significado literal, la profunda crisis del sistema de representación. Así como la institución militar perdió su lugar en la sociedad juzgada por crímenes de

lesa humanidad, las instituciones políticas, a su turno, quedaron en la mira con sus representantes acusados de estafas reiteradas. Todo ello, sumado a las realidades que impone el proceso de transnacionalización del mercado mundial, despojó de sentido a las historias nacionales que ya no se apreciaban como simples relatos más o menos verdaderos sino que pasaron a considerarse inaceptables, sencillamente porque dejaron de tener relación con las experiencias presentes. Una vez más, la pregunta que rescata Marc Bloch: "¿Para qué sirve la historia?", adquiere plena actualidad. Si la restauración democrática implicaba la posibilidad de una recuperación cultural genuina entre la que se contaba la renovación definitiva de la historiografía, siempre postergada debido a las continuas disrupciones institucionales, también llegaba la hora de saldar cuentas con la historia enseñada, aquella que seguía siendo vestigio residual de la preceptiva metódico-erudita. Se anunciaba así una nueva historia escolar desde el desafío que aceptaban las nuevas propuestas editoriales y los vientos de reforma integral del sistema educativo: era el tiempo de incorporar la historia económica y la historia social en el currículo, a las que rápidamente siguie-

"Sucedio, sin embargo, que las nuevas propuestas no lograron —al menos hasta ahora— generar una memoria escolar de nuevo tipo. Las viejas narrativas cayeron, pero los intentos de reemplazarlas por otras más creíbles y más actualizadas, de acuerdo al desarrollo de la ciencia histórica, no parecen haber sido más eficaces que aquéllas."

ron aspectos de la vida cotidiana y de la nueva historia cultural al mismo tiempo que se proclamaba la prioridad de la historia contemporánea toda vez que si el tan meneado objetivo de conocer el pasado para comprender el presente seguía en pie, se estimaba necesario sacrificar las historias pasadas para beneficiar los períodos más cercanos al presente.

Sucedio, sin embargo, que las nuevas propuestas no lograron —al menos hasta ahora— generar una memoria escolar de nuevo tipo. Las viejas narrativas cayeron, pero los intentos de reemplazarlas por otras más creíbles y más actualizadas, de acuerdo al desarrollo de la ciencia histórica, no parecen haber sido más eficaces que aquéllas.

Una de las razones de este posible fracaso es la desventaja de lo "nuevo" frente a lo "viejo". Este último se presentaba como un relato unitario desde el principio al final, donde era posible advertir una línea dramática que se resolvía de acuerdo a una coherencia interna concebida en términos de "fuerzas históricas" o "destino" como gustaban especular los historiadores académicos. En cambio, las nuevas orientaciones historiográficas, al impugnar toda filosofía de la historia y la posibilidad de una historia unitaria o

con aspiraciones de totalidad, no tienen forma —tampoco pretenden— de articular grandes relatos. Obviamente, el problema no es tan relevante para la historiografía como para la construcción de historias escolares con pretensiones de estar acordes con la ciencia. En tanto, no se encuentran soluciones para generar una "transposición didáctica" aceptable: las historias escolares se presentan como fragmentos más o menos actualizados de algunos tópicos que la comunidad científica estima como relevantes. Por tanto, si fragmentaria es la historia que se ofrece, fragmentarios son los resultados del aprendizaje.

Pero el problema no es sólo didáctico. Hay —en mi opinión— razones más profundas por las que la historia fracasa en su intento de conformar un nuevo tipo de conciencia.

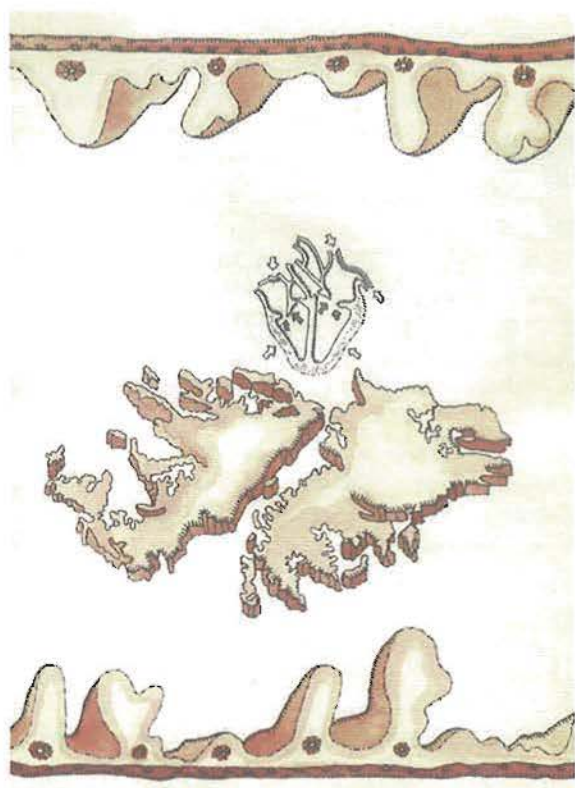
Esas razones hay que buscarlas en el empobrecimiento creciente de las relaciones que los sujetos mantienen con su temporalidad, habida cuenta de los drásticos efectos que las que las transformaciones económicas, políticas y sociales produjeron en la sociedad civil.

Esas mutaciones debieron afectar dramáticamente los intercambios que las personas establecen con su pasado. Por un lado, las lecciones del pragmatismo —en auge debido a la expansión de las relaciones de mercado— prescriben arreglar nuestras vidas con la precisión del ingeniero. Para esta ideología, el futuro es "mañana" ya que en el largo plazo estaremos muertos. De otro lado, el puro presentismo que sólo concibe la temporalidad en términos de "ahora mismo" ("hagamos el amor que se acaba el mundo"), el futuro es avizorado como caos y confusión. Finalmente, puesto que los nuevos modelos económico-sociales generan exclusión y marginalidad crecientes, el futuro es simplemente la muerte, tal como lo manifiestan por estos días adolescentes encauchados entrevistados para la televisión.

En ninguna de estas tres manifestaciones de la conciencia histórica el pasado cuenta; ya sea porque no tiene eficacia en el obrar pragmático; porque no hay nada que éste pueda hacer para evitar el colapso o, simplemente porque no tiene sentido cuando el futuro es caer mañana bajo las balas policiales.

Si todo esto es así, cabe la pregunta por el sentido de enseñarles historia a los jóvenes. En otras palabras: ¿vale la pena enseñar historia nacional, habida cuenta de que las naciones ya no son los casilleros a partir de los cuales comenzamos a reconocer el mundo?; ¿es necesario insistir en tópicos narrativos vertebrados en secuencias que parecen no ser asimilables desde los sujetos a los que se dirigen?

Hay dos argumentos que valdría la pena considerar para responder a estas preguntas: el primero se refiere al potencial explicativo de la historia. En efecto, la historia es una vía regia para desarrollar en los sujetos capacidades de reflexión sobre las realidades sociales. Pero para ello sería necesario que se pudieran establecer al menos dos condiciones para que estas potencialidades puedan ser activadas. La primera es de naturaleza epistemológica y se refiere a la necesidad de incluir



Historias Clínicas. Islas Malvinas. Claudia Contreras

temas historiográficos como parte de cualquier estrategia didáctica. Ello, además de contribuir a una mejor aproximación a la naturaleza del conocimiento histórico, permitiría a los jóvenes disponer de un material que posibilite pensar la ciencia histórica en toda su capacidad desmitificadora.

La otra condición tiene que ver con la selección de los contenidos disciplinares que, en mi opinión, deberían orientarse a la enseñanza de una genuina historia de las sociedades. En otras palabras, buscar la comprensión de las características que asumieron las relaciones sociales en espacios y tiempos diferentes, y cómo los hombres y las mujeres enfrentaron/resistieron/superaron los múltiples condicionamientos bajo los cuales desarrollaron su vida social.

El segundo argumento es de carácter formativo y apela a una historia que ayude a encontrar los íntimos pliegues de nuestra identidad que, al margen de nacional, es identidad al fin, puesto que éste es el lugar —espacio y tiempo humanos— donde discurre nuestra vida.

Al respecto, afirma Le Goff (1991: 181) que la memoria colectiva es uno de los elementos más importantes de las sociedades. Es a la vez un instrumento de las clases dominantes y un elemento de resistencia de las clases subordinadas. La memoria es un componente esencial de lo que llamamos "identidad", tanto individual como colectiva y su búsqueda es tanto más angustiante cuanto más fuerte es la pérdida de sentido que se registra en las sociedades actuales: "Com-

pete, en efecto, a los profesionales científicos de la memoria... hacer de la lucha por la democratización de la memoria social uno de los imperativos prioritarios de su objetividad científica. [...] La memoria, a la que atañe la historia, que a su vez la alimenta, apunta a salvar al pasado sólo para servir al presente y al futuro. Se debe actuar de modo que la memoria colectiva sirva a la liberación, y no a la servidumbre de los hombres" (Le Goff, 1991: 181).

Necesidad de explicación, reclamo por la identidad... dos argumentos legitimantes en la búsqueda de una historia que nos ayude a pensar el presente. De otra manera, ¿cuál ha de ser la apelación al pasado hecha desde las aulas?

Al preguntarnos qué memoria construir para forjar nuevas identidades y cuáles argumentos científicos nos permiten acercarnos mejor a la comprensión de la vida social, nos preguntamos también si será nuevamente el Estado quien se ocupe de decirnos qué conservar, qué ignorar de las experiencias pasadas.

En este sentido, nos gustaría apostar por una recuperación del protagonismo de los sujetos que enseñan, apostar a su capacidad para dotar de nuevo sentido a la memoria escolar, restituyendo a la historia la capacidad de dar cuenta de las experiencias de las sociedades en el tiempo; para que su conocimiento aporte a la ampliación de los horizontes de reflexión sobre el mundo que vivimos.

Jorge Saab es historiador. Profesor de la Universidad Nacional de La Pampa.

1. "Una historia se convierte en pasado cuando se narra a partir de su conclusión, y el final puede ser absoluto y relativo. Es relativo porque el narrador habla en presente. Lloramos y reímos en presente. Revivimos los tiempos ya pasados en presente, convirtiéndolos en nuestro presente." (Heller, 1997: 54).

Bibliografía citada

- Bruner, Jerome (1997): *La educación puerta de la cultura*. Visor, Bs. As.
- Heller, Agnes (1997): *Teoría de la Historia*. Fontamara, México.
- Le Goff, Jacques (1991): *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Paidós, Barcelona.
- Levene, Ricardo (1946): "Proposiciones de la Comisión Argentina para la enseñanza de la historia y geografía americanas", en *La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad*, Espasa-Calpe, Buenos Aires. (1914): *Como se ama a la patria*, Bs. Aires.
- Pellegrini, Carmelo (1935): *Historia Argentina I. Manual para la enseñanza secundaria*, Buenos Aires.
- Quatrochí-Woisson, Diana (1998): *Los males de la memoria*, Emecé, Buenos Aires.
- Romero, Luis A. (coordinador); Néstor Cohen; Luciano de Privilello; Silvina Quintero e Hilda Sábato (1999). *La visión argentino-chilena en el sistema escolar: diagnóstico y perspectivas*. La Argentina. Informe final. Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA). Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Fac. de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires. (En página Web: <http://www.filos.uba.ar>).

Perú: la Comisión de la Verdad y la Reconciliación

Los crímenes de la democracia

por Mauricio Chama

Producto de la transición, la Comisión por la Verdad y la Reconciliación del Perú fue creada con el objetivo de investigar la violación de los derechos humanos y la violencia. A diferencia de otros países del Cono Sur, en que las Comisiones por la verdad indagaron sobre los crímenes cometidos por las dictaduras, la Comisión peruana se ocupó de la violencia desatada bajo gobiernos democráticos. En esta entrevista, Carlos Iván Degregori habla sobre su experiencia como miembro de dicha Comisión.



Reflexionar sobre el pasado, construir el futuro.

El destacado catedrático peruano Carlos Iván Degregori³ fue uno de los miembros de la Comisión por la Verdad y la Reconciliación, encargada de revisar la muerte y desaparición de más de 69.000 peruanos a manos de los paramilitares, las Fuerzas Armadas y los grupos guerrilleros que actuaron en el Perú entre 1980 y 2000. En esta entrevista se refiere al trabajo de dicha Comisión y a la responsabilidad de cada uno de los gobiernos civiles² en el desarrollo de la violencia y la violación de los derechos humanos, fundamentalmente de los campesinos indígenas de la zona de Ayacucho.

—¿Cómo y por qué surge la Comisión por la Verdad y la Reconciliación en Perú?

Surge en julio del año 2001 y es, como muchas de estas Comisiones, producto de la transición democrática. Si al comenzar el año 2000 a alguien le preguntaban en el Perú si iba a haber Comisión de la Verdad, primero no hubiera sabido qué era y segundo se hubiera reído porque era la época en que Fujimori parecía tener todo a su favor para volver a salir electo como presidente. Sin embargo, entre febrero y mayo se armó un movimiento muy fuerte, muy variopinto, en el cual fueron confluyendo una serie de reclamos que se habían acumulado en los últimos años de su segundo gobierno, porque para asegurarse su segunda reelección él prácticamente dejó de manejar la economía y se dedicó sólo a eso. Eran reclamos económicos, sociales y, al tiempo que se acercaban las elecciones, reclamos democráticos en sentido estricto. Por ejemplo, de defensa del voto, porque cada vez se veía más claro que iba a haber un fraude en las elecciones. Creo que por primera vez en el Perú surge un reclamo masivo con respecto al voto, antes no había tenido esta dimensión. Y también contra la corrupción. Sobre todo cuando aparece ese video en que Montesínos le está dando dinero a un congresista. Y dentro de ese paquete también se incorpora el reclamo por el respeto a los derechos humanos, pero centrado sobre todo en Fujimori, todavía no en los años 80, que fue la época de mayor violencia. Así es como se va construyendo a un "malo" y todo se le va sumando. Y también se le sumaron las violaciones de los derechos humanos que, de hecho, habían sucedido en su gobierno. Entonces, cae Fujimori y entra el gobierno de transición, pero tampoco eso garantizaba que hubiera una Comisión de la Verdad. Lo que creo que hace la diferencia son dos cosas. Una, que el régimen autoritario colapsa: no es una transición pactada. Fujimori huye al Japón, caen dos cúpulas militares seguidas por corrupción (caen en prisión, además). La otra es que, en el momento de la transición, la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos —que era una organización paraguas de decenas de organismos— juega un papel muy importante y logra crear una alianza fuerte. Era de las pocas organizaciones de la sociedad civil que no estaba atomizada. Eso le dio un per-



fil a la transición y se constituyó una comisión multisectorial que elaboró un proyecto de ley que creaba la Comisión de la Verdad en el Perú. Recién, poco antes de irse, el gobierno de transición de Valentín Paniagua promulgó un Decreto Supremo que nombraba a la Comisión de la Verdad, pero para entonces ya estaba electo Toledo. Es en ese período, entre la elección de Toledo y la ida de Paniagua, que Paniagua nombra la Comisión, Toledo dice "a mí no me han consultado".

—¿Por quiénes estaba integrada inicialmente la Comisión por la Verdad y la Reconciliación y cuáles son los objetivos que se trazó?

Éramos siete personas: Salomón Lerner, el rector de la Universidad Católica, filósofo especialista en Ética; Carlos Tapia, un "senderólogo"; un ex-senador comprometido con la defensa de los Derechos Humanos; Beatriz Alva, una ex-congresista fujimorista; el padre Gastón Gáratea, que trabajaba con Mesas de Lucha contra la Pobreza; Humberto Lain, pastor evangélico; y yo. Y el mandato ya desde Paniagua era el mismo: investigar qué pasó, reconstruir la historia y averiguar las causas de la violencia. Por "investigar qué pasó" me refiero a investigar los crímenes y las violaciones a los derechos humanos cometidos en el lapso 1980-2000, un mandato estándar de las Comisiones de la Verdad. Pero a eso, además, se le agregó la "reconstrucción histórica". Es decir, averiguar las causas y promover propuestas para que eso no se re-

pita. Además, debíamos investigar diferentes tipos de violaciones a los derechos humanos y no sólo, como fue por ejemplo en Chile, a los detenidos desaparecidos. Todos los candidatos a la presidencia firmaron el compromiso de hacer suyas las recomendaciones de la Comisión. Toledo dice: "Paniagua no me consultó y yo ya era presidente electo", hubo un mes de incertidumbre donde no sabíamos si este señor quería eliminar a la Comisión. A los pocos días de asumir el gobierno, lo que hizo fue sumar a cinco personas más. Entraron Sofía Macher, que acababa de terminar su período como Presidente de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos; otro senador bastante respetable que venía de la izquierda; un militar retirado en el año 80, justo antes de que se iniciara el período de la violencia; y dos personas más, independientes. La otra cosa que hizo Toledo fue añadirle el nombre de "reconciliación".

—Tal vez una diferencia importante con el caso argentino es que, por ejemplo, la Conadep se organizó a partir del reestablecimiento de la democracia para revisar la represión ocurrida durante la dictadura militar, en cambio, en el caso peruano, se organizó una Comisión para investigar la violación de los derechos humanos bajo gobiernos democráticos.

Es cierto. Los que se opusieron a la Comisión de la Verdad fueron sobre todo los de la Acción Popular de Fernando Belaunde, que habían gobernado entre el 80 y el 85. Decían: "Las Comisiones de la Verdad son para revisar épocas de dictadura y esto ha sido en democracia, en libertad, ha habido transparencia; por lo tanto no se necesita una Comisión de la Verdad". Pero, en el clima de la transición, esto no prosperó y se conformó la Comisión. Por cierto, es algo más difícil asignar responsabilidades cuando el gobierno ha sido democrático y hasta el 92, democrático de verdad. Después del autogolpe de Fujimori era una "democradura", un híbrido que se fue haciendo cada vez más autoritario. Pero del 80 al 92 eran gobiernos elegidos, con una Constitución muy inclusiva —la del 79— que daba voto universal por primera vez a analfabetos, a jóvenes de 18 años, libertad de prensa, la izquierda marxista podía participar. Y sí bien hubo una violencia muy grande, la democracia continuó funcionando hasta el 92, y tal vez esa es una de las razones por las que Sendero Luminoso no prosperó más.

—Además del trabajo de identificar a las "víctimas", ¿qué otras tareas emprendió la Comisión?

La Comisión ha tenido como tarea central recoger los testimonios de las "víctimas" de la violencia. Nos pusimos una meta de 12.000 testimonios, teniendo en cuenta lo que habían hecho otras Comisiones. Finalmente, recogimos 17.000 porque el miedo se resquebrajó y la gente comen-

"Debíamos investigar diferentes tipos de violaciones a los derechos humanos y no sólo como fue por ejemplo en Chile, a los detenidos desaparecidos. Todos los candidatos a la presidencia firmaron el compromiso de hacer suyas las recomendaciones de la Comisión. Pero a eso, además, se le agregó la 'reconstrucción histórica'. Es decir, averiguar las causas y promover propuestas para que eso no se repita."

zó a hablar. Conforme la gente se fue enterando de que había una Comisión, que escuchaba y que recibía denuncias, comenzaron a venir más y más y llegamos a los 17.000 testimonios. Luego hicimos más de 2.000 entrevistas abiertas en determinados sitios que pensamos podían ilustrar mejor el proceso de la violencia. Entonces, había equipos mixtos de hombres y mujeres que iban a recoger testimonios y otros a hacer estudios con mayor profundidad, que pasaban hasta dos semanas en cada lugar.

—¿A partir de ese momento se complejizó cada vez más la organización de la Comisión?

Sí, al equipo central se suman seis sedes regionales con gente del lugar —donde hablaran quechua, con gente que hablara quechua— y esas sedes a su vez tienen equipos de campo mixtos que van a recoger testimonios por todas partes. La Comisión llegó a tener en un momento más de 300 personas trabajando, la mayoría de ellas profesionales jóvenes. Y ése es un producto de nuestro trabajo: hemos capacitado a centenares de profesionales, la mayoría jóvenes, y los hemos sensibilizado en el tema de los derechos humanos.

—¿Cuál es el tipo de relación que se generó entre estos "equipos de campo" con aquellos que brindaban testimonio?

Por lo general, los equipos estaban formados por gente del lugar. A mí me sorprendió que, en Guatemala, los equipos de campo estuvieran conformados, en su mayoría, por extranjeros, no puedo ni imaginarlo. Nosotros privilegiábamos gente de la misma región, que hubiera vivido ahí en los años de violencia, que hablara la lengua. También trabajaron muchas mujeres profesionales —psicólogas, trabajadoras sociales— que en muchos casos habían estado "en el campo" vinculadas a ONGs o haciendo sus tesis universitarias. Había toda una metodología de trabajo en el campo, no era que tú llegabas al pueblo y decías "aquí está la Comisión". Se hacía un trabajo previo de sensibilización a través de radios y después iba un equipo que se entrevistaba con las autoridades, propiciaba una asamblea distrital o comunal y se les decía de qué se trataba. En varios sitios y para varios temas, además, se



Violencia. Llegó a puntos extremos entre el 80 y el 82.

hicieron talleres colectivos. Por ejemplo, para el tema de las "rondas campesinas" y para otros como el de la violencia sexual contra la mujer, que en los testimonios estaba invisibilizada. Y luego se han hecho unas 200 entrevistas con mujeres militares y 1.000 en cárceles. Hay que recordar que en el Perú, y sobre todo en los años 90, cuando cae la dirección senderista hubo una inmensa cantidad de militantes o simpatizantes que cayeron en cárceles, hubo más de 1.500 presos. La ley peruana no les reconoce el status de presos políticos pero, en fin, son políticos. Militantes de MRTA (Movimiento Revolucionario Tupac Amaru) y de Sendero Luminoso.

—¿En qué años ubicarla el pico de mayor violencia en el Perú y quiénes son los actores políticos o sociales que lo promovieron?

Los años 83 y 84. Entre el 80 y el 82 Sendero Luminoso avanzó y le declaró la guerra al Estado peruano la noche anterior a la primera elección en 17 años. Tenía una voluntad muy férrea de destruir la democracia representativa en nombre de la "verdadera democracia popular". Sendero gana Ayacucho y va venciendo a una policía que no estaba preparada para esto. A fines del 82, la violencia se desborda y entonces Belaunde —quien había sido reticente a llamar a las Fuerzas Armadas, porque éstas lo habían derrocado en el 68— se ve obligado a lla-

"Entre el 80 y el 82, Sendero Luminoso avanzó y le declaró la guerra al Estado peruano la noche anterior a la primera elección en 17 años. Tenía una voluntad muy férrea de destruir la democracia representativa en nombre de la 'verdadera democracia popular'. Sendero gana Ayacucho y va venciendo a una policía que no estaba preparada para esto. Entonces, hubo una represión muy indiscriminada y ése es el período de mayor número de muertes en los 20 años de violencia."

marlas. En el 83 entran las Fuerzas Armadas con una táctica de represión bastante indiscriminada. Sendero Luminoso tenía un slogan: "El partido tiene mil ojos y mil oídos". Es atroz, pero en parte cierto porque Sendero estaba en las comunidades y sabía quién era quién, mientras que el Ejército entraba a ciegas. Entonces, hubo una represión muy indiscriminada y ése es el período de mayor número de muertes en los 20 años de violencia. Y lo impresionante es que Sendero responde con igual violencia y la curva para los dos es muy alta. Las "víctimas" son campesinos que quedan entre dos fuegos. Sendero lee la coyuntura y dice: "Nosotros hemos establecido el nuevo



La Comisión. Entregó sus conclusiones en el año 2003.

poder". Porque ellos van expulsando a la policía, matan a las autoridades e instalaban sus comités populares. Luego, entra el Ejército y reestablece el "viejo poder". Esta estrategia de establecimientos y contra establecimientos es en realidad una estrategia de masacres de campesinos. En esos dos años, entonces, se da el pico más alto, después baja mucho y Sendero es muy golpeado en Ayacucho, pero ya había logrado expandirse hacia otras zonas y había captado a pequeños núcleos de jóvenes en distintos puntos del país. Hacia el 87 y 88 se produce otro pico de violencia que se extiende hasta el 91 y 92, pero ya es un pico en el cual las Fuerzas Armadas han procesado el error de los primeros años, esa estrategia contraproducente. Porque muchas veces la forma en que las Fuerzas Armadas entran a matar indiscriminadamente posterga una ruptura entre Sendero y el campesinado, que ya estaba empezando a esbozarse en varios sitios de Ayacucho. Ya el campesinado comenzaba a distanciarse, a desilusionarse de la utopía senderista porque era autoritaria. Entonces, las Fuerzas Armadas van de frente a los senderistas, no tanto a los combatientes sino a la organización política, al aparato. Pero sigue siendo una estrategia que viola sistemáticamente los derechos humanos, pues nos convertimos durante tres años —del 89 al 91— en tener la mayor cantidad de detenidos-desaparecidos en todo el mundo: la Comisión tiene alrededor de 9 mil casos nominalizados, pero la proyección supera los 14 mil.

—Del total de víctimas, ¿manejan algún porcentaje de aquellas que fueron producto del accionar de las Fuerzas Armadas y de las que fueron víctimas de Sendero Luminoso? De las víctimas que nosotros tenemos registradas, en el 54% de casos Sendero Luminoso es el principal perpetrador; alrededor del 30% son de las fuerzas de seguridad; un 5% de las "rondas" o comités de autodefensa de los campesinos; un 1.5% del MRTA; y casi un 10% donde el perpetrador es desconocido. Sendero Luminoso fue el principal perpetrador, lo cual lo vuelve un caso ex-

cepcional en América Latina.

—¿Cuáles son las razones que esgrime Sendero Luminoso a la hora de explicar el uso de semejante nivel de violencia? Ellos afirman que la denominada "violencia estructural" es peor. Además, tienen una concepción según la cual lo que llaman "viejo Estado" lo abarca prácticamente todo, incluidas las autoridades locales tradicionales, los conscriptos que regresan a sus pueblos y por cierto los comités de autodefensa, que ellos llamaban "mesnadas" —como definían al país como "semifeudal", ésas eran las "mesnadas"—. Al igual que los militares, admiten excesos y errores, pero no una estrategia sistemática. Sin embargo, en los documentos de la dirección se encuentran directivas como las de "inducir genocidio" en 1985, que desembocó en una masacre de senderistas en los penales

"De las víctimas que nosotros tenemos registradas, en el 54% de casos Sendero Luminoso es el principal perpetrador; alrededor del 30% son de las fuerzas de seguridad; un 5% de las "rondas" o comités de autodefensa de los campesinos; un 1.5% del MRTA; y casi un 10% donde el perpetrador es desconocido."

de Lima. La dirección mandaba a morir incluso a sus propios militantes, que debían estar dispuestos a pagar "la cuota" de sangre para el triunfo de la revolución, que según afirmaciones de Abimael Guzmán, el líder máximo, iba a costar "un millón de muertos". Ellos discuten nuestras cifras, no están de acuerdo.

—¿Esta falta de reconocimiento fue la que condujo a que Sendero constituyera su propia Comisión de la Verdad? Quisieron hacerlo, lanzaron volantes y trataron de realizar un par de reuniones recogiendo el testimonio de víctimas, pero no prosperó. Yo creo que ellos de veras no creen que hayan matado a tanta gente. Nosotros mismos no lo creíamos, porque ha sido un país tan fracturado, geográficamente difícil, es posible que la dirección de Sendero ni siquiera supiera las dimensiones de lo que ocurría, lo cual es una grave irresponsabilidad. Más aún si se tiene en cuenta que Guzmán pasó los años del conflicto sin salir de Lima. Sendero imaginó una guerra campesina dirigida por el partido contra el "viejo Estado", pero ésta se convirtió en una guerra entre campesinos, y las cuestiones ideológicas quedaron muchas veces muy detrás. Eran rivalidades campesinas muy antiguas que de repente se militarizaban y que antes tenían otra forma menos violenta de solucionarse o de coexistir. Es posible que ellos mismos no sepan lo que han hecho.



Perú. La violencia se llevó 69.000 víctimas.

—La Comisión también les tomó testimonios a los integrantes de las Fuerzas Armadas y de la policía. ¿Cómo fue esa experiencia?

Muy impactante. En toda la primera etapa avanzamos mucho más con el Ministerio del Interior, que tiene a su cargo la policía, porque en la transición entraron al Ministerio del Interior personas que antes habían trabajado en derechos humanos y se inició una reforma policial muy interesante. Por ello, la policía colabora con nosotros, nos da documentos, nos da su lista de víctimas, participa de nuestras audiencias, nos da testimonios. El Ejército y las Fuerzas Armadas en general, no. A lo máximo que llegaron fue a nombrar una comisión de enlace, que fue como de tanteo, de conocerse, durante largos meses. Y les mandábamos cartas conforme nosotros íbamos armando los casos judiciales, porque donde veíamos que era posible identificar perpetradores, comenzábamos a hacer un trabajo más jurídico que el de recoger testimonios o de reconstrucción histórica. En un primer momento nos respondieron con cartas evasivas, hasta que en diciembre de 2002 cambió la cúpula de las Fuerzas Armadas, y se abrió un período de renovación. El nuevo comando, en su primer discurso dice: “colaboraremos con la Comisión de la Verdad”. Entonces nosotros ya alucinábamos que iba a ser una gran apertura. No fue grande, pero fue una apertura. Y comenzaron a llamarnos a reuniones más serias e, incluso, hacia el final del trabajo de la Comisión les entregamos el capítulo sobre las FF.AA. y les dijimos: “Nosotros no queremos aga-

rrar de sorpresa a nadie y esto es lo que vamos a decir en nuestro informe”. Lo conversamos con ellos y después nos llamaron a una reunión con el Estado Mayor, con decenas de oficiales. Además, comenzaron a responder a nuestras cartas los que habían sido jefes militares en los 80.

—¿Y cuál fue el argumento que las Fuerzas Armadas expusieron para legitimar su accionar durante esos años? En el verano de 2003 empezaron a desfilar por la Comisión. Venían los militares con sus lentes oscuros, con sus guardaespaldas, sus maletines, sus grabadoras, era im-

“Los militares asumieron todo el poder, de facto, en las zonas que se declaraban en ‘estado de emergencia’, que fueron creciendo conforme Sendero iba avanzando. Se trataba de una democracia con zonas grises donde si bien seguía habiendo elecciones y funcionando cierta autoridad civil, en realidad la autoridad máxima la tenía el comando político-militar. Esa es una falta grave de los civiles, pero tampoco exime de responsabilidades a los militares.”

presionante. Lo que ellos te decían, básicamente, era que habían cumplido con su deber, que habían salvado al país de esta amenaza terrorista y que ellos habían cumplido órdenes de gobiernos democráticos. Podía haber habido excesos, pero que comprendiéramos la situación y las zo-

nas difíciles —la sierra, la selva—, a un enemigo que no se distinguía de la población civil —a diferencia del MRTA que usaba distintivos y evitaba mimetizarse con la población civil. Que comprendiéramos que era una situación muy difícil y que de ninguna manera ellos asumirían la responsabilidad última, porque la responsabilidad última estaba en el Presidente de la República, que era el Comandante de las Fuerzas Armadas.

—¿Delegaban la responsabilidad hacia arriba?

Hacia el gobierno civil, diciendo "nosotros hemos cumplido órdenes del gobierno. No hemos sido como en el Cono Sur, dictaduras que teníamos todo el poder". Teníamos que tener en cuenta eso y hablar de las responsabilidades de los gobiernos democráticos. Entonces lo que nosotros escribimos es que fueron gobiernos que "abdicaron de la autoridad democrática" y que, conforme fue creciendo la amenaza, sobre todo de Sendero Luminoso, no fueron capaces de responder dentro de los marcos de la Constitución, sino que crearon los denominados Comandos Político-Militares. Esa es una de las críticas nuestras. Los militares asumieron todo el poder, de facto, en las zonas que se declaraban en "estado de emergencia", que fueron creciendo conforme Sendero iba avanzando. Se trataba de una democracia con zonas grises, donde si bien seguía habiendo elecciones y funcionando cierta autoridad civil, en realidad la autoridad máxima la tenía el comando político-militar. Esa es una falta grave de los civiles, pero tampoco exime de responsabilidades a los militares. Nuestra conclusión es que en ciertas partes y tiempos —por ejemplo, Ayacucho entre el 83 y 84— las Fuerzas Armadas tuvieron una estrategia sistemática y generalizada de violación a los derechos humanos; no fueron sólo excesos, como ellos nos dicen. Y más allá de que cumplieran órdenes del Presidente, ellos diseñaban las estrategias de campo. Si cantidades de testigos, desde la selva norte del país hasta la frontera con Bolivia, cuentan la misma historia de que agarraban al preso, le metían la cabeza en un cilindro en el que había algún tipo de detergente que hacía picar los ojos, que los asfixiaban y después los colgaban del techo, esos no son excesos, no es una casualidad.

—Se podría decir, entonces, en términos muy generales que la responsabilidad política fue de los gobiernos civiles y la responsabilidad en llevar adelante la política represiva fue de las Fuerzas Armadas.

Así es, salvo en la última etapa del gobierno de Fujimori donde, si bien la violencia baja mucho en términos cuantitativos, ya no es posible distinguir entre el gobierno civil y las Fuerzas Armadas, porque Fujimori y Montesinos concentran todo el poder y tienen estos escuadrones de la muerte como el "grupo Colina", que comete atrocidades. Ahí sí hay una responsabilidad directa del presiden-

te, porque hay órdenes.

—El nombre de la Comisión es por la Verdad y la Reconciliación. ¿Cuál es el sentido del término "reconciliación"? Eso fue lo otro que hizo Toledo, en parte por la influencia del caso sudafricano y en parte por algunos sectores de la Iglesia con los que estrechó lazos durante la época de la transición. Nosotros nos hemos pasado largo tiempo tratando de definir "reconciliación", que es un término muy cargado, polisémico. Y estaba todo este precedente sudafricano en donde la reconciliación tenía un carácter muy cristiano. Entonces, a pesar de que había dos sacerdotes, un pastor y un obispo observador, decidimos que no íbamos a ir por ahí. No íbamos a equiparar "reconciliación" con perdón y que más bien la reconciliación era para nosotros un horizonte a largo plazo, que era el horizonte de la ciudadanía.

O sea que en el Perú habrá reconciliación cuando se haga justicia, cuando se den reparaciones simbólicas y materiales a las víctimas, pero sobre todo cuando seamos un país de ciudadanos plenos, libres e iguales ante la ley, con los mismos deberes y derechos y con derecho a las diferencias. Sobre todo que en el Perú es una necesidad muy fuerte aceptar la diferencia cultural. El 75% de las víctimas mortales tenía al quechua como idioma materno, mientras que el censo de 1991 señalaba que sólo el 26% del total de peruanos tenía al quechua como primera lengua. El racismo y la discriminación subsisten y de repente estallan de manera brutal. La Comisión definió "reconciliación" en términos más laicos, más ciudadanos.

—La Comisión dejó de funcionar cuando entregó el Informe ¿cuándo fue esto?

El 28 de agosto de 2003 entregamos el informe en el Palacio de Gobierno, luego en el Parlamento y el Poder Judicial. El 29 de agosto fuimos a Ayacucho, donde hubo un acto simbólico en la zona más golpeada por la violencia y el 30, dejamos de existir. Luego hubo una Comisión de Transferencia a la Defensoría del Pueblo. Ese es el organismo sucesor de nuestro trabajo.

1. Iván De Gregori es Licenciado en Antropología. Actualmente es investigador principal del Instituto de Estudios Peruanos (IEP) y Profesor de la Escuela de Antropología de la Universidad Mayor de San Marcos. Es autor de los libros: "La década de la antipolítica. Auge y caída de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos", "No hay país más diverso. Compendio de antropología peruana", "Cultura y globalización", "Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso", "Demonios y redentores en el nuevo Perú", "El surgimiento de Sendero Luminoso, Ayacucho 1969-1979", entre otros.

2. Es decir: Fernando Belaunde (1980-1985), Alan García (1985-1990) y Alberto Fujimori (1990-2000).

3. La Comisión ha presentado 71 casos judiciales al Ministerio Público.

Memoria y escritura

Una caja, un manto, una novela

La escritora argentina autora de este artículo nos acerca una conmovedora reflexión sobre el valor de los testimonios de las víctimas del autoritarismo, los espacios de memoria y su relación con la escritura.

Por Tununa Mercado

Foto Lucila Quieto



Viene a la memoria, me vino a la memoria, vinieron a mi memoria, el verbo venir parece instaurar un punto de llegada para un objeto que para llegar habría tenido que desplazarse y producir el efecto revelador de un descubrimiento, como si se abriera paso a través de bloques densos de oscuridad y se proyectara sobre un continente opaco y sin marcas. El sitio que ha sido esclarecido por esa nueva instancia de reconocimiento que son los recuerdos, las imágenes, las sensaciones, ya no será el mismo. Ha empezado a ser verdaderamente la memoria, la que se sufre por intemperística, la que nos desvela cuando se eclipsa, la que se ejerce como un mandato o se elude por autocompasión. Viene a ella lo que se perdió sin retorno y ella misma es lo perdido, la cifra de su pasión y de su acción es el dolor.

En 1975 estábamos en el exilio en México, desde hacía un año, como muchos otros argentinos, en tiempos de la Triple A. Se cumplían treinta años desde el final de la guerra y un periódico de México me ofreció hacer unas entrevistas a sobrevivientes de los campos de concentración y de exterminio del nazismo. Yo misma, tal vez por haber nacido a fines del 39, creía saber (el "saber heredado" del que habla Enzo Traverso). Creer saber es una forma de la negación, permanecer en un estadio incompleto de la conciencia. Sin embargo, esas fotografías que habrían de ilustrar mis entrevistas y esos recuerdos que habría de escuchar, ya estaban en mí y en el trasfondo de mi propia oscuridad, entretejiendo un manto entre cuyos repliegues yo también existía, pensaba y hasta evocaba, y que el exilio en México había comenzado a labrar intensa y profusamente aunque de manera secreta.

Cuando llegué a la puerta de la casa de Eva Alexandra Uchmany, no tenía esperanzas de que me recibiera. Me habían anticipado que no daba entrevistas y que en esos treinta años nadie había logrado que hablara sobre su historia. Pero me dejó entrar cuando se dio cuenta de que era argentina y exiliada, como si, salvando las proporciones, ella me considerara una igual, alguien con quien podría hablar, una extranjera. Ninguna de las dos se equivocó respecto a nuestras necesidades. Me contó su historia porque yo estaba esperando escucharla. Fuimos prójima una de la otra. Tenía ocho años cuando llegó a Auschwitz en 1944. Su padre había intentado arrojarla desde el tren porque seguramente sabía a dónde iban. Pero no había ni una sola ventanilla. Mientras ella hablaba, en esas dos horas, su historia tomaba forma acompasadamente a medida que se desencadenaba y encontraba en mí un sitio donde recogerse, como si hubiera llegado hasta mí para descansar de un viaje largo. "A ella la mataron ese mismo día — dijo de su madre —. Supe que yo estaba sola, que no había más nadie. En el momento en que me cortaron las trenzas envejecí."

"Los niños de Auschwitz no sobrevivían —dijo. Un día nos hicieron formar y nos separaron en grupos. El que me

tocó iba a ser gaseado. Ibamos hacia la cámara de gas cuando pasaba una fila de mujeres por la calzada central. Reconocí entre ellas a una señora y le grité. Ella ni volteó, pero me dijo: "Es alguien que conozco. No se me puede ir." Me agaché y, a gatas, pasé entre las piernas abiertas de un alemán. Me arrastré hasta ella, que iba en camisón. Era un camisón delgado, que le había tocado por azar en el reparto de ropa. Hacía un frío espantoso. Me acuerdo de su cara. Ella caminaba, caminaba. Me acuerdo del ademán que hizo cuando abrió su camisón para que yo entrara debajo de él. Y así seguimos caminando, sin que nadie se diera cuenta. Esa gente era llevada a un tren. Yo subí con ellos. Nos trasladaron a otro campo, Bad Kudowa Sachs, donde estuve hasta mayo de 1945."

El relato de Eva abrió la caja de mi memoria o, si se prefiere, la memoria fue como esa mujer del camisón que la había dejado entrar y ahora me hacía espacio a mí. Por unos instantes compartimos refugio bajo la misma carpa y envejecimos juntas. Pero también caminamos hacia el tren salvador. Y hasta creo entender que aquel manto del que hablé al comienzo, entre cuyos repliegues yo también existía, amortajaba, para decirlo con una palabra fuerte, estaba hecho de buenas intenciones inculcadas y tranquilizadoras y que las zonas de dolor que retenía pedían ser dichas y liberadas. La escritura, escribir, sería para mí eso: levantar el manto de las cosas, rescatarlas de su silencio y dejarlas decir. Esa larga tarde en la que Eva Alexandra me confió su relato comenzaba una nueva forma de ver y de hacer para mí de la que sólo ahora puedo darme cuenta: desprender del vasto mural de la historia con mayúsculas, que me apesadumbraba casi sin yo saberlo, una a una las láminas superpuestas y amalgamadas de esas historias personales que se me ofrecían para revelarme su sentido. Desprenderlas a medida que escribía en ellas y sobre ellas. La segunda historia que voy a contar me permite discernir entre lo que sería ser un depósito para la memoria ajena y un legado que se refracta sobre la memoria del que lo recibe y le permite constituirse como sujeto. Yo trabajaba en un semanario, la revista Tiempo, cuyo jefe de redacción, Ovidio González Díaz, llamado Gondi, literalmente editaba solo, desde 1942. Republicano español refugiado en México cuando Franco toma el poder, socialista, no voy a extenderme sobre su humanismo lúcido y solidario ni sobre la amistad que me ligó a él esos años de exilio, tanto suyo como mío.

En 1979 decidí viajar a Europa para ver a amigos exiliados y lo insté a venir a España conmigo. Pero Gondi había sentido que nunca regresaría a su tierra. Le anuncié que iría en su lugar y cumplí con la promesa. Fui a su pueblo, Sama de Langreo, en Asturias, vi a su gente, conocí la casa donde su padre había sido zapatero, caminé por la plaza, entré a la cantina donde tiran al piso chorros de sidra antes de beberla, me detuve en la Casa del Pueblo, institución socialista que tuvo existencia en muchos países, incluso en el

"Los niños de Auschwitz no sobrevivían —dijo. Un día nos hicieron formar y nos separaron en grupos. El que me tocó iba a ser gaseado. Íbamos hacia la cámara de gas cuando pasaba una fila de mujeres por la calzada central. Reconocí entre ellas a una señora y le grité. Hacía un frío espantoso. Me acuerdo del ademán que hizo cuando abrió su camisa para que yo entrara debajo de él. Y así seguimos caminando, sin que nadie se diera cuenta."

nuestro, y reconocí los lugares que él me había descrito, sonidos que eran suyos, nieblas y soles de su país brumoso. Gondi había pedido a un viejo amigo de infancia que me acompañara. Íbamos por la calle, él exultante porque la ocasión le servía para evocar su propia historia. A varias personas de cierta edad les preguntaba si se acordaban de Perfecto González, que así se llamaba el padre de Gondi. Los más viejos lo recordaban y sabían que había sido fusilado en el 42. Una señora a la que interrogó así, súbitamente, saliendo del mercado, dijo "Cómo no voy a conocerlos" y se puso a nombrar a los González y luego a los Carrocera, y allí mismo, para dar fe de sus dichos, sacó de su monedero, donde llevaba el sencillo para su compra, una foto gastada de su marido, Pepín Carrocera, fusilado junto a varios más por los fascistas en el 39, y otra foto del monumento que Franco había hecho levantar en el pueblo en 1950 para conmemorar a los caídos, esa manera cinica con que pretenden saldar sus culpas los regímenes de terror para venderse como demócratas. Y frente a la plaza, la viuda de Pepín llamó a otros que por allí pasaban, sus vecinos, y empezó a decirles: "a esta señora la manda Ovidio González, el hijo de Perfecto", "venid, que ella viene de México..." Para ella la guerra no había terminado.

Mi exilio terminó. En uno de mis viajes reiterados a México, fui a visitar a Gondi como de costumbre. La costumbre, si lo es, tiene que enunciarse en presente. Lo llamo por teléfono enseguida, apenas abiertas las valijas. Vuelve a explicarme el itinerario para llegar a su casa. El ritual consiste en conversar allí primero e ir después a pie unas cuadras hasta la casa de su hija y almorzar con su familia. Ha cumplido ochenta años y ha pasado más de una década de aquel viaje a Asturias que forma parte de nuestro caudal humano compartido. Me llama aparte. "Tengo que confiarle algo", me dice y me entrega un sobre cerrado. "Una sola cosa, prométeme que no va a abrirlo hasta que llegue a su casa". Aquel trayecto fue largo. De pronto no aguanté la curiosidad y abrí el sobre. Era la carta que escribió su padre la víspera de su fusilamiento. Apenas llegué me precipité a copiarla en mi computadora, temiendo que se perdiera, que algo la desintegrara. Sonó el teléfono. Era Gondi. Quería saber si ya la había leído. La carta está dirigida a su hermano, desde

la cárcel del Coto-Gijón, la madrugada del 4 de febrero de 1942. Sólo leeré un fragmento:

"Al fin llegó la hora. Cuando esta carta llegue a tus manos, mi espíritu, mi yo consciente, se habrá diluido en el misterio de lo desconocido, de la Materia, que también es eterna y es infinita. Mi nombre vivirá algún tiempo en el recuerdo de quienes me habéis estimado, hasta que también se vaya esfumando en las sombras del olvido. Luego, nada... Después de todo, quizá yo no haya sido nunca más que eso: Un cadáver. Un cadáver galvanizado que deambuló por el mundo como un autómatas hasta que alguien ha roto el resorte que le daba movimiento. Lo que haya tenido de vida, ahí queda reencarnado en los que llevan mi propia sangre y durará hasta que se extinga mi casta. Yo resucitaré en ellos. ¿No se llama metempsicosis a esto?"

El final: "Termino esta carta (desahogo sentimental) recordando unos versos de la hermosa poesía que Rizal, caudillo Filipino, compuso en horas semejantes:

Yo muero cuando el alba se colora

Y al fin anuncia el día tras lóbrego capuz..."

La carta completa es de apenas una página, pero a medida que la releo sale de la cárcel donde estaba, y avanza por calles recién abiertas. No hay "sombras de olvido". Perfecto González pensó, acaso por su escepticismo estoico, que era un cadáver galvanizado, un autómatas cuyo resorte, el que le daba movimiento, alguien había roto. Pero cuando Gondi me la confió, la carta hizo memoria en mí, como habían hecho memoria en su padre los versos de Rizal antes de morir. Hacer memoria es estar en el alba que se colora y en el día que se anuncia de aquel poema.

Fue la última vez que lo vi y escuché su voz: meses después, en mi siguiente viaje, cuando llamé a su hija, me dijo que había muerto. Me había prometido contarme la historia de su padre para que la escribiéramos juntos.

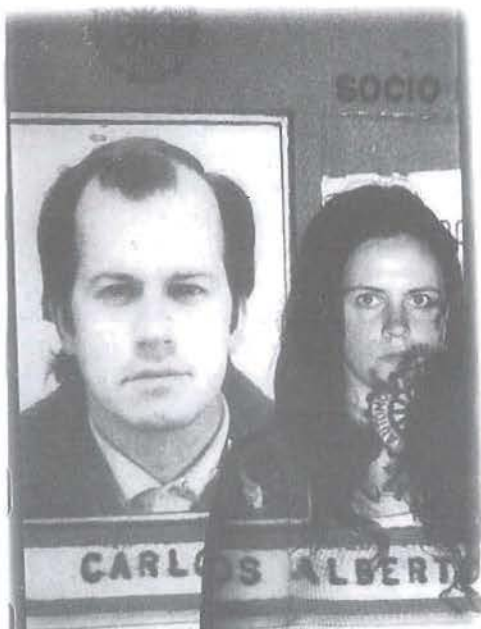
Escribir es lo contrario de soñar. La escritura de la memoria, crece, genera, prolifera y después deja de lado lo que no va a conservar ni plasmar. Pero desde el primer trazo garantiza perdurabilidad. Los sueños, generan, crecen, proliferan, pero es incierto su punto de llegada; tratamos de asir, desesperados, los cabos sueltos que dejan al despertar. Pero la marea arrastra sin dique y nada asegura la perduración de esos relatos entrecortados y conjeturales. No hay pistas y la censura detiene la búsqueda, como si por un pase de magia se borrarán las imágenes y la vuelta a la vigilia impidiera detener la fuga. Y aun cuando querramos fijar un sueño por escrito estaremos fijando otra cosa. Lo escrito en cambio permanece. Si comparado con la fugacidad de los sueños parece una roca, comparado con una roca que promete eternidad parece un río que fluye.

La tercera historia es la de un niño y una madre durante el éxodo desde París hacia el sur de Francia en 1940, huyendo

de los alemanes. La fila se detiene en la carretera, deciden hacer un alto. La madre va por agua y alimentos a una granja cercana y deja a su hijo de seis años con la gente que iba en el mismo camión. Súbitamente vuelan unos aviones alemanes y arrojan bombas sobre la masa de gente detenida en el camino. El niño se pierde en medio de la multitud que corre por los campos. No importa cuánto tiempo dura la separación, pudo ser una semana o varios meses, pero ese momento en el que ella ve caer las bombas y corre hacia la ruta gritando el nombre del hijo que ya no está, y ese otro momento anterior en el que el niño la ha visto alejarse y que será recuerdo para él, son para mí dos fracciones de una unidad tan representativa de la tragedia como podrían serlo otras desgracias de la guerra. De la historia de esa madre y de ese hijo quedaba una versión oral que me contaron en México. Yo conocía a ese hombre taciturno. Frecuentaba la casa del exilio argentino asiduamente, y parecía haber encontrado allí un lugar propio. Pero él nunca había contado su historia. Lo hice escuetamente en un libro que escribí sobre el exilio y el regreso del exilio, publicado en el 89. Cuando él lo leyó y se vio en esas páginas me citó en su casa y me dijo: "Tengo algo que confíarte". Era el diario que su madre había escrito cuando él se perdió durante la huida. No era una narración canónica: día a día ella había anotado puntos de referencia, queriendo tal vez sólo fijar la armazón de un relato a futuro, más largo y elaborado. Era como la agenda del escritor, donde se anotan las claves de un curso narrativo. Los apuntes de esa mujer, escritos en francés con una letra clara, desplegados imaginariamente en el espacio y en el tiempo, dejaban ver huecos, intersticios, vacíos que, siendo vacíos, paradójicamente estaban llenos de significación. La tarea que se insinuaba era restaurar a partir de la fragmentación, aceptar la demanda de búsqueda y, por lo tanto, ineludiblemente, de escritura que esos textos proferían. Empecé a completar esos silencios del texto, verifiqué los puntos de ese trayecto alucinado por los pueblos de Francia en medio de la guerra, identifiqué nombres, fechas. No sólo el texto creció hacia adentro, en profundidad, sino que en cada viaje a México, en horas de conversación con Pedro, el hijo "perdido", se expandió hacia otros testimonios hasta ser un inmenso planisferio de crecimiento impredecible. El diseño: escuchar, en el silencio que impone la escritura, esas voces que empezaron a hablar cuando leí el diario de Sonia, la madre, buscar las huellas personales en la masa de acontecimientos, trazar junto con esa mano que se aferra a las palabras para resistir, trazar con Sonia. ¿Estamos ya en la literatura? ¿La novela va a ser la forma de representar una historia que se entreabre cada vez que se la roza?

Tununa Mercado es escritora, autora entre otros del libro "En estado de memoria". El presente trabajo fue presentado en el Primer Coloquio Historia y Memoria. Perspectivas para el abordaje del pasado reciente, abril de 2002.

Arqueología de una ausencia



La imagen que acompaña a esta nota es de Lucila Quieto. Pertenecer a una muestra que acaba de presentar el Museo de Arte y Memoria bajo el título "Arqueología de la Ausencia", una serie de 35 fotografías que a través del montaje logra que los hijos de desaparecidos tengan un retrato junto a sus padres. Lucila recuerda que todo comenzó con una obsesión: no poder tener un retrato junto a sus padres. "Tampoco hay ninguna de ellos juntos, se perdieron", dice con nostalgia. Fue así que por medio de un aviso que puso en la sede de H.I.J.O.S. hizo extensivo su deseo a otros: "Si querés tener la foto que nunca tuviste, ahora podés", advertía. Algunos tenían alguna foto de cuando eran chicos, otros ni siquiera eso. "Cada hijo acercó una foto de sus padres que luego reproduje en diapositivas - cuenta Lucila, nacida en 1977. Las proyecté sobre una pared y les pedí que se introdujeran entre la cámara y la imagen." En la foto actual, en algunos casos padres e hijos tienen la misma edad. En otras, son mayores que sus padres. Marta, por ejemplo, vuelve a sentarse en la falda de su madre. Lucía se estampa en la piel de sus padres en un abrazo.

"Estas fotografías segregan una no resignación: pese al corte brutal que impuso entre ellos el terrorismo de Estado, padres e hijos se encuentran en una dimensión temporal que el arte, con su capacidad ficcional, se encuentra en condiciones de brindar", concluye Florencia Batitti, curadora de la muestra.

En un nuevo aniversario de su muerte

Salvador Allende en tiempo presente

La "historia del tiempo presente" plantea algunas cuestiones ineludibles con respecto a la relación afectiva que establece el historiador con su contemporaneidad. El autor de esta nota parte de algunas de estas cuestiones para señalar que, en la actualidad, la política de Salvador Allende adquiere una nueva relevancia histórica cuando se trata de cuestionar la adhesión al modelo neoliberal.

por Sergio Grez Toso



El historiador británico Eric Hobsbawm sostiene que “en todos nosotros existe una zona de sombra entre la historia y la memoria, entre el pasado como registro generalizado, susceptible de un examen relativamente desapasionado y el pasado como una parte recordada o como trasfondo de la propia vida del individuo”. Y precisando esta idea Hobsbawm agrega que “para cada ser humano esta zona se extiende desde que comienzan los recuerdos o tradiciones familiares vivos [...] hasta que termina la infancia, cuando los destinos público y privado son considerados inseparables y mutuamente determinantes. La longitud de esta zona puede ser variable, así como la oscuridad y vaguedad que la caracterizan. Pero siempre existe esa tierra de nadie en el tiempo. Para los historiadores, y para cualquier otro, siempre es la parte de la historia más difícil de comprender”¹.

Pienso que Hobsbawm tiene razón. Algo similar a lo que él describe me ocurre con la figura de Salvador Allende. Aunque varias generaciones nos separaban, alcancé a ser su contemporáneo y a vivir con la ingenuidad de la infancia, primero, y luego con la pasión de los años adolescentes, el tiempo del apogeo de su carrera política, que fue también el del punto máximo alcanzado por el movimiento popular en Chile en sus luchas por la emancipación.

Mi contemporaneidad con Allende e involucramiento personal en la causa de la izquierda y del movimiento popular son obstáculos adicionales que ponen a prueba mi juicio de historiador. Sin contarme entre quienes niegan la posibilidad de hacer “historia del tiempo presente”, aquella de la cual hemos sido actores o al menos testigos, debo reconocer que aún hoy, a 30 años del golpe de Estado y de la muerte de Allende, la emoción me embarga al evocar su persona y al escuchar “el metal tranquilo” de su voz. No postulo que la historia (en el sentido historiográfico o conocimiento sistemático que tenemos acerca de los hechos del pasado) deba carecer absolutamente de emoción y de pasión, pero la sociedad espera que los historiadores tengamos un juicio lo más objetivo, justo y verdadero posible acerca de los acontecimientos históricos. Creo que sobre la historia de Chile de la segunda mitad del siglo XX (y de seguro bastante más atrás) mi mirada tendrá siempre la impronta de alguien comprometido con uno de los bandos en lucha, aun cuando por honestidad intelectual y personal haga los máximos esfuerzos por ponderar las “evidencias históricas”, que, como es sabido, pueden ser acumuladas para apoyar interpretaciones muy disímiles acerca del devenir de una sociedad o de un grupo humano a través del tiempo.

¿Cómo abordar entonces desde un punto de vista ensayístico al personaje histórico Salvador Allende?

Creo que en mi caso lo más conveniente es adoptar una perspectiva de larga duración que sobrepase con creces

“¿Cómo abordar entonces desde un punto de vista ensayístico al personaje histórico Salvador Allende?

Creo que en mi caso lo más conveniente es adoptar una perspectiva de larga duración que sobrepase con creces su vida, insertándola en el transcurrir general del movimiento popular en Chile.”

su vida, insertándola en el transcurrir general del movimiento popular en Chile. De esta manera, tomando cierta distancia de las contingencias que enfrentó el personaje y que son, precisamente, aquellas que pueden empañar mi visión, quiero aportar un grano en la comprensión del papel de Allende y, al mismo tiempo, de algunos fenómenos de nuestra historia.

Me propongo sostener tres premisas:

La primera, que Salvador Allende encarnó mejor que nadie desde mediados de la década de 1930 y hasta su muerte en 1973 la continuidad histórica y la línea central de desarrollo del movimiento popular.

Como es sabido, las raíces de este movimiento se hunden hasta mediados del siglo XIX cuando algunos contingentes de artesanos y obreros calificados levantaron un ideario de “regeneración del pueblo” en base a una lectura avanzada y popular de los postulados liberales. El mutualismo y otras formas de cooperación fueron la expresión práctica de este proyecto de carácter laico, democrático y popular. Con el correr del tiempo, el desarrollo del capitalismo y la llegada de las ideologías de redención social provocaron desde fines de ese siglo el ascenso del movimiento obrero y con él una metamorfosis de la doctrina, las formas de organización y de lucha del mundo popular. Desde comienzos del siglo XX el ethos colectivo del nuevo movimiento se sintetizó en la aspiración (más radical) de la “emancipación de los trabajadores” y se expresó en el surgimiento del sindicalismo y la adopción por parte del movimiento obrero y popular de los nuevos credos de liberación social del anarquismo y el socialismo. Con todo, a pesar de la mutación en un sentido de mayor radicalidad (de la “cooperación” a la lucha de clases), un tronco de tipo ilustrado, regenerativo y emancipador representó una cierta continuidad entre esas dos fases o momentos del movimiento popular².

Salvador Allende hizo sus primeras experiencias políticas cuando el movimiento popular se aprestaba a transitar por los cauces institucionales que no abandonaría hasta que el golpe de Estado de 1973 lo interrumpiera brutalmente. Así, después de más de una década de convulsiones sociales y políticas, a mediados de los años 30, el movimiento popular y la izquierda, dando su “brazo a torcer”, optaron mayoritariamente por incorporarse al juego político institucional, retomando —después de algunas vele-

dades rupturistas— un transitar más evolutivo, pacífico, parlamentario y reformista, que era, en definitiva, el que siempre había escogido el movimiento popular toda vez que las clases dirigentes se lo habían permitido. Desde este “gran viraje” (según la acepción de Tomás Moulian) de mediados de los años 30 que inauguró la política de Frente Popular, la izquierda y el movimiento popular asociado a ella, optó clara y mayoritariamente por aceptar las reglas puestas por el “Estado de compromiso” proclamado por la Constitución de 1925, pero que recién por esos años empezó a hacerse realidad³. Allende, como esa sabido, jugó un papel destacado en esta “nueva” estrategia, ya sea como ministro de Estado, parlamentario, dirigente partidario y —más allá de sus cargos formales— en tanto líder político popular. El Frente Popular, luego el Frente del Pueblo, el Frente de Acción Popular y, finalmente, la Unidad Popular, fueron los hitos aliancistas a través de los cuales la política de la izquierda y del movimiento popular se hicieron realidad. Esto fue, en síntesis, el contenido más esencial del “allendismo” como sentimiento y corriente política de masas. En este sentido, la acción y la persona de Allende —persistente hasta el último de sus días en un camino de unidad— fueron la expresión más paradigmática de una vía y de una estrategia para alcanzar el ideal de la emancipación popular.

La segunda premisa es que Salvador Allende encarnó la dialéctica no resuelta de reforma o revolución.

Aun cuando el apego de Allende a la vía parlamentaria y a las reglas del juego del “Estado de compromiso” fueron permanentes, la izquierda y el movimiento popular en los últimos años de la vida de este líder se vieron envueltos en un debate y en una encrucijada no resuelta que anuló los esfuerzos que en distintos sentidos se hicieron para dar conducción al movimiento y una salida al impasse político. Es el “empate catastrófico” entre las dos vías —la rupturista revolucionaria y la “moderada revolucionaria”— del cual nos ha hablado Tomás Moulian en su *Conversación interrumpida con Allende*⁴. A 30 años de distancia, la disyuntiva ¿reforma o revolución? pierde los contornos que en la década de 1970 nos parecían tan nítidos. Si bien la revolución “con empanadas y vino tinto” preconizada por Allende, en esencia la vía electoral reforzada por la movilización popular, mostró sus límites en un contexto internacional de gran polarización, la “revolución” tal como la concebíamos entonces, ya no es posible y —más aún— ni siquiera deseable.

La “caída de los muros”, la terciarización de las economías, los cambios tecnológicos y de las estructuras sociales a nivel nacional e internacional, la emergencia de nuevas problemáticas y de un mundo unipolar dominado por un gran Imperio, amén de un sinnúmero de razones que apuntan en su gran mayoría a la consolidación del modelo



de dominación, hacen de la “revolución” según el esquema clásico, un fetiche puramente nostálgico más allá de la eficiencia técnica (a estas alturas bastante hipotética) de sus métodos para asaltar el poder.

La oposición entre la vía reformista electoral y la vía revolucionaria armada no es ya un punto de quiebre al interior de la izquierda y del movimiento popular, pero sí lo son, por ejemplo, la adhesión o el rechazo al modelo neoliberal y a la dominación imperial. A la luz de este nuevo dilema, la política de Allende adquiere renovada relevancia histórica. Su “reformismo rupturista” o “reformismo revolucionario” nos parece hoy día —incluso a sus críticos de izquierda de entonces— el sumun a lo que podríamos aspirar en estos tiempos de globalización neoliberal. Curiosa paradoja de la historia: lo que antes era considerado altamente insuficiente llega a ser “el bien mayor”. El allendismo del período de la Unidad Popular fue la expresión de una tentativa abortada por resolver en una síntesis dialéctica la disyuntiva entre reforma o revolución que el contexto histórico de los años 70 —hoy día lo percibimos con claridad— no permitía solucionar. Con todo, a pesar de verse atrapado en ese callejón sin salida, Allende en el día de su muerte, y con su muerte, intentó dejar una herencia política de contenido “reformista revolucionario”.

En tercer lugar, sostengo la premisa que desde la perspectiva de la historia del movimiento popular, el golpe de Estado de 1973 representa un quiebre total, un “puente roto”

que no se ha vuelto a reparar.

En su mensaje de despedida, Salvador Allende vaticinó que "otros hombres" superarían ese momento gris y amargo. Esos nuevos hombres retomarían la senda interrumpida de la izquierda y del movimiento popular. Los heroísmos, sacrificios y reencantamientos militantes de la lucha de resistencia contra la dictadura parecieron reanudar la marcha del movimiento popular. El combate contra la opresión de la tiranía se inscribía perfectamente en la perspectiva general —y de muy larga duración— en pro de la emancipación popular. Pero la infinita "transición a la democracia" que vino enseguida, los acomodos y reacomodos de la clase política, la decepción y desmovilización popular, demostraron que sólo por un efecto de espejismo el movimiento popular había parecido rearticularse duraderamente al calor de las protestas de la década de 1980. En realidad, una vez que el "enemigo visible" se metamorfoseó tras el discurso de reencuentro y reconciliación nacional, el movimiento popular perdió su norte, quedando en evidencia que el ethos colectivo de la emancipación de los trabajadores que lo había animado durante tanto tiempo, se había extraviado o difuminado en medio del derrumbe ideológico que acompañó al fin del llamado "campo socialista" y en el empeño criollo por recuperar la democracia.

"En su mensaje de despedida, Salvador Allende vaticinó que 'otros hombres' superarían ese momento gris y amargo. Esos nuevos hombres retomarían la senda interrumpida de la izquierda y del movimiento popular. Los heroísmos, sacrificios y reencantamientos militantes de la lucha de resistencia contra la dictadura parecieron reanudar la marcha del movimiento popular."

¿Cuál es el ethos colectivo del mundo popular en el Chile actual? ¿Hay un cuerpo de ideas básicas que articule sus demandas? ¿Se manifiesta una aspiración común —como fue en la época de Allende la conquista de un gobierno popular— que cristalice en un objetivo político fácilmente identificable las distintas reivindicaciones sectoriales? ¿Y si esto no es así, sin ese corpus mínimo de ideas y anhelos compartidos, es posible concebir la existencia de un movimiento popular?

La verdad es que los sectores populares han desaparecido en tanto sujetos políticos, quedando reducidos a la categoría de clientela que oscila entre las alternativas de administración "progresista" del modelo o gestión "populista" de derecha del mismo. El mercado ha reemplazado a las formas de asociatividad que hicieron posible

la existencia de un movimiento popular que tuvo expresiones sociales y políticas, una de cuyas vertientes históricas más caudalosas y persistentes fue el allendismo. Es por ello que, al margen de las añoranzas, en términos políticos reales no hay allendismo actualmente en Chile (porque podría haber allendismo sin Allende como ha existido en otras partes peronismo sin Perón o gaullismo sin De Gaulle). Por las mismas razones no ha surgido un líder popular de la talla de Allende ni nada que se le parezca. Allende como hombre político —y esto es de Perogrullo— fue el producto de un tiempo, de una relación entre una personalidad descolante y un movimiento social y político del cual él fue intérprete y expresión.

Para que vuelvan a "abrirse las grandes Alamedas" (que aún permanecen cerradas) se necesitarán de "otros hombres" que estimulen el desarrollo de fuertes movimientos sociales, hombres y mujeres capaces de retomar el hilo conductor del movimiento popular en una perspectiva de futuro y no de mera evocación nostálgica. Mientras esto no ocurra, el legado político de Allende continuará siendo un capital inmovilizado, un ícono desprovisto de significado histórico concreto y de operatividad política real.

Sergio Grez Toso es Doctor en Historia de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Desde 1992 se ha desempeñado como profesor en distintas universidades e instituciones académicas chilenas. Actualmente es Director del Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna y Coordinador Académico del Magister en Historia y Ciencias Sociales de la Universidad ARCIS.

Este trabajo fue presentado en el Encuentro "Utopía(s) 1973-2003. Salvador Allende: a treinta años de su muerte"; realizado en Santiago de Chile el pasado mes de septiembre.

1. Eric Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914*, Buenos Aires, Crítica, 1998, pág. 11.
2. Sergio Grez Toso, De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890), Santiago Ediciones de la DIBAM — RIL Ediciones, 1998; "Una mirada al movimiento popular desde dos asonadas callejeras (Santiago, 1888-1905)", en *Cuadernos de Historia*, N° 19, Santiago, diciembre de 1999, pp. 157-193; "Transición en las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907)", en *Historia*, vol. 33, Santiago, 2000, pp. 141-225.
3. Tomás Moulian, "Violencia, gradualismo y reformas en el desarrollo político chileno", en Adolfo Aldunate, Ángel Flisich y Tomás Moulian, *Estudios sobre el sistema de partidos en Chile*, Santiago, FLACSO, 1985, págs. 13-68. La idea del "gran viraje" de la izquierda está expuesta más específicamente en págs. 49 y 50.
4. Tomás Moulian, *Conversación interrumpida con Allende* Santiago, LOM Ediciones — Universidad ARCIS, [1998].

El manifiesto de los historiadores

Sergio Grez Toso, autor de las páginas precedentes, fue el impulsor del "Manifiesto de los Historiadores", en el que once académicos chilenos se detienen en la versión oficial de la historia de la dictadura y señalan que es la memoria social la única posibilidad de arribar a la verdad histórica.



A partir de la "Carta a los chilenos" que envió desde Londres el dictador Augusto Pinochet y la ideología que destilaban los fascículos de "Historia de Chile" editados por el diario La Segunda —escritos por el conservador Gonzalo Vial—, once académicos chilenos se reunieron en torno al "Manifiesto de los Historiadores". Allí se plantearon "una discusión sobre la historia del tiempo reciente (y también sobre el pasado más lejano) que se ha entrecruzado con otros debates historiográficos y políticos", tal como sostienen dos de sus autores, Gabriel Salazar y Sergio Grez Toso, en un libro que compilaron en 1999.

El inicio del Manifiesto planteaba una denuncia concreta: "De un tiempo a esta parte hemos percibido un recrudecimiento notorio de la tendencia de algunos sectores de la sociedad nacional a manipular y acomodar la verdad pública sobre el último medio siglo de historia de Chile. Esta tendencia falsificadora se potencia porque estos sectores poseen un acceso casi monopolístico a los medios masivos de comunicación, lo que les permite dar apariencia de verdad a lo que, en el fondo, no es más que una expresión históricamente distorsionada de un interés privado".

A solo tres meses de su publicación, el Manifiesto de los Historiadores ya contaba con prestigiosas adhesiones de unos 70 académicos del país y del exterior, y de las más importantes organizaciones estudiantiles chilenas. Son varios los puntos del ideario de la historia pinochetista en los que se detiene el Manifiesto. Uno de ellos es la idea de que la intervención militar (1973-90)

fue una epopeya nacional y que el gobierno de la Unidad Popular del presidente Allende se proponía imponer un sistema opresor de las libertades y los derechos, en nombre del "sangriento socialismo marxista".

Además pone en evidencia cómo se construye la versión oficial de la historia y contrapone la preservación de la memoria de los sectores populares, tomando la experiencia de los "talleres de historia", desarrollados en la década del 80 que se convirtieron en verdaderos espacios de resistencia contra "esa verdad, arrogante y acrítica, y sin derecho a réplica de los vencidos, que se proclamaba diariamente por los medios de comunicación, controlados o dirigidos por adherentes o funcionarios del régimen militar".

Es necesario tener presentes las palabras finales del Manifiesto que no solo abren un nuevo horizonte en la historia de Chile, sino que también orientan los pasos de todos aquellos que reconocen en la memoria colectiva una la plataforma de lanzamiento de nuestras sociedades hacia el futuro.

Allí puede leerse: "La historia no es sólo pasado, sino también, y principalmente, presente y futuro. La historia es proyección. Es la construcción social de la realidad futura. El más importante de los derechos humanos consiste en respetar la capacidad de los ciudadanos para producir por sí mismos la realidad futura que necesitan. No reconocer ese derecho, es imponer, por sobre todo, no la verdad sino la mentira histórica. Es vaciar la verdadera reserva moral de la humanidad".

La Universidad Nacional de La Plata y Golpe militar de Chile

Corazón de estudiante

Estudiantes, jóvenes, política y protesta en los años sesenta convergieron inevitablemente, "como la sed conduce al agua y el hombre a la mujer", tal cual dijera el escritor Julio Cortázar. En el documento que se publica a continuación, producido tras la caída de Allende, es posible encontrar las claves de este compromiso político.

por Patricia Funes

El movimiento estudiantil universitario argentino ha tenido una vocación de intervención política y social extracampus muy temprana. El Manifiesto Liminar de los estudiantes cordobeses de 1918 nos habla de "una vergüenza menos y una libertad más" para el país y de la "revolución latinoamericana".

Hacia finales de la década del 60 el estudiantado y las juventudes se convierten en un actor político de primer orden, no sólo en nuestro país sino también en aquello que entonces se llamaba "Tercer Mundo". La movilización estudiantil se expresaba en la "explosión juvenil" del 68 (Francia, Turín, Berkeley), la foto tomada por Alberto Korda al Che Guevara acompañaba las barricadas, la protesta y las utopías de los jóvenes.

En América Latina, donde las urgencias eran otras, los estudiantes cobraban una relevancia protagónica en los proyectos de transformación revolucionaria, sobre todo a partir de la experiencia cubana. Aún en el institucionalizado México, estudiantes y obreros se manifestaban contra el gobierno que los reprimiría brutalmente en "La noche de Tlatelolco".

La revolución cubana y, después, Vietnam, mostraban que se podía. Con optimismo y compromiso, la revolución era un imperativo que recorría "las venas abiertas" de América Latina bajo distintas modalidades. La "revolución" podía ser "socialista", "nacional" o una combinación entre ambas. "Picos y palas para una revolución sin balas", era la consigna del desarrollismo de Belúnde y, más directamente, "Revolución Peruana", la que enarbolaba Velasco Alvarado en Perú. "Revolución en Libertad", decía la Democracia Cristiana en el Chile de FREI y "Transición al socialismo por la vía democrática", era el programa de la Unidad Popular también Chile.

En nuestro país, todos los proyectos de revisión del orden (desde la ropa, la liberación sexual o la liberación nacional) fueron considerados "marxistas", "comunistas", "subversivos",

sobre todo después del golpe que llevó al poder al General Onganía y su cerrada defensa de la "sociedad occidental y cristiana". De allí que Onganía arreciara, como nadie antes, contra la Universidad. La "Noche de los bastones largos" fue contundente y clausuró las mediaciones entre los universitarios y la vida política nacional, abriendo un proceso de radicalización política que ampliaba el arco de las impugnaciones. Estudiantes y obreros armaron las barricadas del Cordobazo que lo derrocó, punto de inflexión en nuestra historia.

En este sentido, las fuentes del archivo de la ex Dirección de Inteligencia de la Policía Bonaerense son un registro privilegiado de las luchas de estudiantes y universitarios contra las dictaduras. Extensos legajos registran las conmemoraciones del 50 aniversario de la Reforma en 1968, las protestas obrero-estudiantiles, la conmemoración de sus mártires y símbolos (Pampillón, Cabral, Bello), el Cordobazo, el "operativo retorno", la denuncia y el pedido de liberación de los presos políticos, la hegemonía de la JUP en la Universidad, la militancia estudiantil y su relación con las organizaciones armadas. El archivo cuenta con un original acervo de fuentes de primera mano que reproducen de manera muy vívida esos procesos.

El 25 de mayo de 1973, asumía la presidencia de la República el Dr. Héctor J. Cámpora, en plena ebullición de la "universidad para la liberación nacional y para el pueblo", del antimperialismo y la apuesta por la transformación social. Al día siguiente del golpe que en Chile instalaba la feroz dictadura de Augusto Pinochet, la Universidad Nacional de La Plata dio a conocer su repudio. El plan "Cóndor" ya funcionaba en Brasil, desde 1964; en Uruguay en 1973; y en Chile comenzaba a operar en setiembre de ese año.

La "angustia solidaria" de la comunidad universitaria platense dio a luz el documento que reproducimos a continuación.

Universidad Nacional de La Plata. Expediente Código 100, N° 4734, Año 1973.



La Plata, 12 de septiembre de 1973

Frente al derrocamiento del gobierno democrático chileno, presidido por el Dr. Salvador Allende, como consecuencia de un golpe de estado militar impulsado por la derecha reaccionaria y los servidores internos y externos del imperialismo, dispuesto allí como en el resto de Latinoamérica y los países subdesarrollados a no ceder el dominio de las fuentes de su riqueza, el tutelaje de su cultura y el control de los mecanismos económicos o institucionales aptos para la protección de sus intereses;

frente a la inmolación del señor presidente Allende, objeto principal de la bárbara e inaudita agresión armada de la reacción que personificó en él el odio al pueblo chileno, protagonista de una lucha histórica que consagró pacíficamente un gobierno representativo y transformador, como lo son todos aquellos que se nutren de la savia que le proporciona los movimientos populares;

frente a la trascendencia de un episodio que es símbolo de la burda y despiadada estrategia del imperialismo, dispuesto a reprimir en la forma más sangrienta, cualquiera fuere su magnitud, todo intento de lograr por caminos diversos según la libre elección de los pueblos, la independencia económica, la ruptura del vasallaje cultural y, en suma, la soberanía política, la justicia social y la libertad para todos los hijos de esta patria sin fronteras que es Latinoamérica, amanecida en el abrazo fraterno de San Martín y Bolívar;

frente a los hechos que se suceden poniendo de manifiesto la intención imperialista de provocar un cerco en torno a aquellos países que, como el

nuestro, han iniciado firmemente el camino de su liberación pese al hostigamiento de quienes, en uno y otro extremo de la ideología política, producen actos y desmanes tendientes a producir una falsa y deliberada impresión de caos interno;

frente al sentimiento de nuestro pueblo, manifestado en el tenso dolor con que ha vivido la culminación de un proceso que no desconoce ni le es ajeno, por cuanto sólo su valor y sus mártires han permitido que, finalmente, viva los albores de la recuperación del poder bajo el liderazgo de su conductor más esclarecido;

frente a todas estas circunstancias, que sólo expresan parcialmente, por la limitación de la palabra, la angustia solidaria de los docentes, estudiantes y trabajadores no docentes que integran la comunidad universitaria,

EL INTERVENTOR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA Y LOS DELEGADOS INTERVENTORES EN LAS FACULTADES E INSTITUTOS QUE COMPLETAN LA MISMA, RESUELVEN:

1°.- Declarar su más franco repudio al golpe militar que ha derribado el gobierno legítimo de la República hermana de Chile.

2°.- Expresar su dolor por la muerte del Presidente Allende, víctima principal de la reacción.

3°.- Transmitir su mensaje de hermandad y fraternidad al pueblo chileno.

4°.- Hacer pública esta declaración.

Interventor de la Universidad Nacional de La Plata, Rodolfo Agoglia.

El documento se extrae del Archivo DIPBA, Mesa "A", factor "Estudiantil. La Plata", legajo N° 30 "Universidad Nacional de La Plata".

Tomo IV, folios 731-733.

A casi 30 años del Operativo Independencia

Los primeros pasos de la represión

por Inés Izaguirre

¿Cuál fue el contexto en el que fue diseñado y lanzado el denominado "Operativo Independencia"? La reconocida socióloga argentina Inés Izaguirre, investigadora del Instituto Gino Germani de la facultad de Ciencias Sociales de la UBA, enfatiza en el nivel de conflictividad social y lucha de clases de los primeros años de la década del 70, al que define como de "guerra social", elemento fundamental para comprender la puesta en marcha del plan de exterminio perpetrado por los militares argentinos, incluso antes de llegar al poder.

La reflexión sobre el significado del Operativo Independencia, uno de los operativos bélicos legales avalado por la mayor parte de la dirigencia política argentina y por buena parte de la sociedad civil, incluida una fracción importante de la clase obrera, nos obliga a revisar los datos esenciales del contexto en que éste se produce, y que era ya, al menos desde el 20 de junio de 1973, una situación de guerra¹, guerra civil o guerra de clases, porque estaba involucrado todo el conjunto social, y había presencia de todas las clases en cada una de las fuerzas sociales que confrontaban, de diversas maneras y no sólo con armas (de fuego). Baste señalar que, durante todo el período institucional, que se inicia el 25 de mayo de 1973 y culmina el 24 de marzo de 1976, el promedio diario de conflictos es de 7,6 conflictos obreros y 8,2 hechos armados (Izaguirre - Aristizábal, 2000). Este altísimo nivel de conflictividad social venía produciéndose en forma creciente desde el Cordobazo, pero se acentúa a partir de 1971, con el secuestro de Aramburu. Frente a ello, la estrategia del gobierno militar de Lanusse, avalado por la dirigencia de los principales partidos políticos (Gran Acuerdo Nacional) fue canalizar institucionalmente la movilización social y política pre-revolucionaria de los sectores populares, tras 18 años de proscripción política del peronismo.

Pero la marea incontenible del ascenso de masas estalló apenas asumido el nuevo gobierno de Cámpora, y se manifestó en dos conjuntos de hechos históricamente inéditos en nuestro país:

1. La liberación de los presos políticos conocida como "Devo-tazo", que en realidad se extendió a distintas prisiones del país y que, si bien figuraba entre las primeras medidas prometidas por el nuevo gobierno, escapó a los canales instituciona-



Tucumán, 1975. La pobreza en los ingenios azucareros.

les ante el apremio de las masas movilizadas en las calles.

2. La multiplicación de las tomas de establecimientos, medios de comunicación e instituciones, que se inicia inmediatamente antes de la asunción de Cámpora, el 22 de mayo y se prolonga hasta el 13 de julio de 1973, día de su renuncia obligada. En esos 49 días se producen 691 tomas, la mayoría de ellas buscando "el fin del continuismo", es decir renovar la conducción de sindicatos, fábricas, escuelas, hospitales, ministerios, facultades, empresas estatales, medios de comunicación y todo tipo de establecimientos, realizadas tanto por trabajadores en sus lugares de trabajo como por organizaciones políticas y sindicales, de izquierda y de derecha, casi todas ellas peronistas, que expresaban a las fuerzas que venían confrontando en Argentina, y que en este breve período se apresuran a tomar posición en los territorios sociales preparándose para los combates que se avecinaban. En ellas los trabajadores y las organizaciones revolucionarias y de izquierda consiguen un predominio prácticamente total en el ámbito fabril y en otros lugares de trabajo, en tanto la derecha sindical y

política se adelanta en la toma estratégica de medios de comunicación, así como de organismos y empresas públicas.²

La política de Perón y el peronismo institucional, junto a la fracción burguesa de la clase obrera agrupada en el ámbito de las 62 organizaciones, muestra rápidamente su cara contrarrevolucionaria apenas asume Cámpora. Pero se hace clara y nada eufemística una vez instalado el Gobierno de Perón, el 12 de octubre de 1973. La política pendular de Perón que durante 18 años había alentado a todas las formaciones de su movimiento, excepto a las que aspiraban a autonomizarse de su conducción, adopta definitivamente una estrategia disciplinadora, dispuesta a concluir con la movilización prerevolucionaria de aquellas fracciones obreras no encuadradas en las 62, como de las formaciones "especiales", a todas las cuales consideraba "infiltradas" por el marxismo.

La muerte de Rucci, el 25 de septiembre de 1973, reivindicada por Montoneros, acelera el proceso de confrontación. Pocos días después, el Consejo Superior Peronista presenta ante los gobernadores y delegados justicialistas de las provincias un "Documento reservado" donde se plantea con toda nitidez que debe procederse a una "limpieza" del Movimiento Nacional Justicialista de todo rastro de "marxismo". Tal como registra el diario *La Opinión* del 2 de octubre, luego de hacer referencia a la muerte de Rucci, el documento plantea: "Este estado de guerra que se nos impone no puede ser eludido y nos obliga no solamente a asumir nuestra defensa, sino también a atacar al enemigo (los grupos marxistas y terroristas y subversivos) en todos los frentes... Los grupos que en cada lugar actúan invocando adhesión al peronismo y al Gral. Perón, deberán definirse públicamente en esta situación de guerra contra los grupos marxistas y deberá participar activamente en las acciones que se planifiquen para llevar adelante esta lucha".³ Entre las medidas operativas no legales que propugna el documento está la creación de un "sistema de inteligencia" al servicio de esta lucha, que estará "vinculado a un organismo central a crearse".

Dos meses después, en otras declaraciones al diario *La Opinión*, el propio Perón define estas medidas como creación de anticuerpos contra la violencia.⁴ Es interesante señalar que las primeras acciones de la Triple A se registran en noviembre de 1973, junto a una numerosa serie de acciones de comandos armados clandestinos, que llevan diversos nombres, formados por cuadros parapoliciales, paramilitares y grupos de choque sindicales.⁵ A partir de ese momento, en forma oficial, se implementan una serie de operaciones políticas y político-militares que combinan tácticas legales e ilegales, que se inician con el derrocamiento, forzamiento de la renuncia o sencillamente disciplinamiento de los gobernadores de la "Tendencia" (Revolucionaria Peronista) a lo largo de los meses siguientes⁶ en las que inter-

vienen fuerzas militares, de seguridad y grupos civiles, sindicales y políticos. Dichas operaciones fueron pensadas y nominadas desde una concepción táctica político-militar: se las llamó "Operativos". Registramos los siguientes entre los más conocidos: En 1973, el Operativo Dorrego⁷ y en 1974: el llamado Navarrazo⁸. Muerto Perón, y ya instalado el Gobierno de Isabel Perón, se implementan dos grandes operaciones de carácter contrainsurgente, ambas en 1975: El Operativo Independencia, que nos ocupa aquí, y el denominado Serpiente Roja del Paraná⁹.

Por qué Tucumán

Tucumán era desde la dictadura de Onganía un objetivo político-económico de importancia. La monoproducción azucarera, más antigua y con menos desarrollo tecnológico, competía con la de los ingenios del norte del país, particularmente con Ledesma, que no sólo contaban con tierras más aptas, sino que habían diversificado su producción industrial con los derivados de la caña.

La burguesía azucarera tucumana estaba dividida en dos fracciones, una más moderna, de capital más concentrado, aliada a los ingenios "del norte", que acompañará la modernización capitalista del gobierno, agrupada en el Centro Azucarero Regional. La otra, más tradicional y alrasada, agrupada en la Cámara Gremial de Productores de Azúcar, se había limitado siempre a competir con los ingenios "del norte" y a compensar las oscilaciones internacionales de los precios con subsidios estatales. Al producir con costos más altos —y al no poder bajar los precios de la fuerza de trabajo, fuertemente sindicalizada en la FOTIA— la conducción económica del Gobierno se veía obligada a compensar la baja de los precios internacionales, generados en condiciones de mayor productividad. A ello se suma que, en 1965-66 se produce una reducción drástica de las compras de azúcar por parte de Estados Unidos, hasta entonces comprador exclusivo, y ello obliga no sólo a diversificar los mercados, sino a modernizar la producción concentrando las inversiones.¹⁰ Es así que, una vez producido el recambio ministerial a los pocos meses de iniciado el Gobierno de Onganía y asumida la conducción económica por Krieger Vasena, se decide el cierre de 11 ingenios en la provincia, que produce de inmediato una tasa de desocupación que duplica la del país, y la de la provincia¹¹. En la estadística oficial pasa de menos del 5% a fines de 1966 a más del 10% al año siguiente, hasta llegar a más del 14% a comienzos de 1972. La burguesía dueña de ingenios, con sus diferentes fracciones, no era la única que vivía de la producción azucarera. Los pequeños cañeros eran numéricamente importantes, y sus condiciones de vida habían ido descendiendo junto con los precios, aproximándose a las del proletariado del azúcar. Con predios menores a 25 Ha. constituían casi el 80% del total de explotaciones (la mitad de ellos de menos de 5 Ha) y subsistían vendiendo obligadamente su



Bussi. El general asume su cargo en diciembre de 1975.

producción a los grandes ingenios. Siendo la provincia más pequeña del país, con 22.524 km², en 1960 tenía una gran concentración poblacional y particularmente proletaria con 774.000 habitantes¹² y una densidad de 34 habitantes por km², la segunda en la escala después de la Capital Federal y los partidos del conurbano. Su capital, San Miguel, aglutinaba la mitad de la población de la provincia.

Lucha de calles, guerrilla, lucha de clases

Si éste es el panorama desde el punto de vista de la estructura productiva, la velocidad con que se incrementa la desocupación y el deterioro del nivel de vida producen además otros efectos. Desde la década del 50 y durante los 60, el proletariado del azúcar había logrado organizar un gremio fuerte, la FOTIA¹³ que contaba en 1960 con más de 36.000 afiliados de los que, una década después, había perdido la mitad.

Ya a comienzos de 1969 se suceden las movilizaciones y marchas de obreros cañeros de diversos ingenios, con apoyo explícito del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, la CGTA y las movilizaciones estudiantiles, cuyas metas específicas giraban alrededor de pedir un comedor estudiantil para todos, condición solidaria para una Universidad a la que concurrían (y concurren) estudiantes de todo el Norte del país. Estos hechos preludian y se continúan después del "Cordobazo" y del "Rosarioazo" hasta llegar al primer "Tucumanazo" en noviembre de 1970. Cada una de las fracciones sociales está movilizada por sus propias demandas y en solidaridad con los demás. Las luchas de calles que prosiguen hasta 1972, se van transformando en lucha de clases, por la alianza que expresan y por aquella a

"Ramón Rosa Jiménez era un obrero zafrero combativo del Ingenio Santa Lucía, formado en la Resistencia peronista —tal como Hilda Guerrero, muerta por las balas policiales en una marcha en 1967— que ya en 1968 adhiere a la definición del PRT sobre la justa violencia revolucionaria. En octubre de 1972 es apresado por la policía de Santa Lucía, es torturado y muerto. Poco tiempo después, cuando se reorganiza la Compañía de Monte, se la designa con su nombre."

la cual se enfrentan, y su intensidad es tal que incorpora y desarrolla en su seno cuadros obreros y militantes revolucionarios. Según relata Héctor Marteau, importante dirigente estudiantil protagonista de los hechos, en este contexto comienza a producirse "el pasaje de la hegemonía político-ideológica del nacional-populismo hacia posiciones más definitivamente socialistas, de lo que se denominaba "nueva izquierda", agrupaciones que no pasaron por las organizaciones de la izquierda tradicional, pero que se nutrieron de ésta, con dirigentes de renombre tanto en el movimiento obrero como en el movimiento estudiantil. Fote, Romano, Arancibia, Pacheco, Herrera en el primero, y por los miembros de la Coordinadora, Cuerpo de delegados, Comisión del comedor y activistas en el segundo".¹⁴

La represión de este ciclo de luchas estuvo a cargo de quien sería pocos años después el Comandante en Jefe del Ejército de la Junta Militar de la dictadura: el entonces Cnel. Jorge R. Videla. El ERP ya estaba presente en las movilizaciones previas al Tucumano de 1970, desde la toma del Ingenio San Pablo y el asalto a una Sucursal del Banco Comercial del Norte, hasta en la entrega de una suma de dinero a la Coordinadora Estudiantil en los primeros días de noviembre, que ésta disciplinadamente deposita por vía judicial, hasta que se cumpliera el plazo de 3 meses, que el uso indicaba como necesario para legitimar la posesión. Ramón Rosa Jiménez era un obrero zafrero combativo del Ingenio Santa Lucía, formado en la Resistencia peronista —tal como Hilda Guerrero, muerta por las balas policiales en una marcha en 1967— que ya en 1968 adhiere a la definición del PRT sobre la justa violencia revolucionaria¹⁵. En octubre de 1972 es apresado por la policía de Santa Lucía, es torturado y muerto. Poco tiempo después, cuando se reorganiza la Compañía de Monte, se la designa con su nombre.

Las luchas callejeras y movilizaciones prosiguen, sobre todo dirigidas por los estudiantes, pero apoyadas por varias barriadas obreras y por población semiocupada y desocupada de los ingenios cercanos, hasta obreros insertos en las nuevas industrias radicadas a partir del Operativo Tucumán. Finalmente se produce la toma de la Quinta Agronómica, de donde son desalojados por el ejército y la policía. Comparado con el primer Tucumano, el llamado "Quintazo" de



junio de 1972 reúne mucha menos gente, pero socialmente se trata de la misma alianza. Esta vez ha intervenido directamente el Ejército en la represión, ahora al mando del General Della Croce y esto marca una diferencia cualitativa. Hay un muerto y 150 detenidos a disposición del PEN. Dos años después, la Compañía de Monte produce la toma de la localidad de Acherel el 30 de mayo de 1974 —localidad ubicada al sudoeste de la capital tucumana, entre Famaillá y Monteros— que permite conocer a nivel nacional la existencia de la guerrilla rural en Tucumán.

El Gral. Menéndez, a cargo de la represión, intenta cercar a los destacamentos guerrilleros en la zona, pero no logra su objetivo. Un mes y medio después, en julio de 1974, la Compañía de Monte hace su presentación "oficial" en el VIº Congreso del Frente Antiimperialista por el Socialismo en Rosario, FAS, al que concurren 20.000 militantes y activistas prerrevolucionarios de todo el país, con la presencia de figuras de distintas líneas políticas, como Alicia Eguren de Cooke, que será desaparecida el 26 de enero de 1977; Agustín Tosco, que para esta fecha posterior al Na-

varrazo, ya era perseguido y cambiaba permanentemente de domicilio; y reconocidos dirigentes clasistas de Córdoba, Tucumán, Salta, Villa Constitución, Rosario y Buenos Aires.¹⁶ Hacía pocos días que había muerto Perón, y el Gobierno de Isabel se provee de importantes instrumentos legales para la lucha antisubversiva.

El partido del orden retoma sus fueros

En el mes de septiembre de 1974, el Poder Ejecutivo envía al Congreso Nacional un proyecto de ley que resulta aprobado en 48 horas por ambas cámaras y es sancionado el 28 de septiembre, como ley N° 20.840 de "Seguridad Nacional", que reprime "los intentos de alterar o suprimir el orden institucional y la paz social de la Nación".¹⁷ Ese es el verdadero punto de inicio del Operativo Independencia, (ver nota 18) y es a partir de esta ley que el Comando militar comienza los preparativos. Los encargados de implementarlo en terreno son los generales Muñoz y Salgado que habían sido designados Comandantes del III Cuerpo y de la Vª Brigada respectivamente, quienes fallecen en un accidente de aviación en la provincia de Tucumán, el 5 de enero de 1975, cuando hacían un vuelo de reconocimiento. En su lugar son nombrados de inmediato el General Adelfo Vilas, como Comandante de la V Brigada, y Carlos Delia Larroca como Jefe del III Cuerpo. El Decreto que hace público el inicio del Operativo lleva el N° (secreto) 261, ó 265, según el Boletín Oficial y tiene fecha 5 de febrero del mismo año, pese a que Vilas y Delia Larroca estaban en Tucumán desde el 10 de enero.¹⁸ Ese es el famoso decreto por el cual la dirigencia política argentina trata, al menos desde 1983 de liberarse de la responsabilidad del aniquilamiento, atribuyéndolo a un "malentendido" en la interpretación por parte de los mandos militares: Art.1º "El Comando General del Ejército procederá a ejecutar las operaciones Militares que sean necesarias a efectos de neutralizar y/o aniquilar el accionar de los elementos subversivos que actúan en la Provincia de Tucumán."

Para esa fecha, los grupos armados revolucionarios de origen marxista y montonero habían unificado sus acciones en la zona. Vilas estuvo a cargo del Operativo hasta el 18 de diciembre de 1975, en que fue sustituido por el Gral. Antonio D. Bussi.¹⁹ Hasta el momento de escribir este trabajo, los muertos y desaparecidos de Tucumán entre 1975 y 1983 llegan en nuestra base de datos a 632 casos.²⁰

De ellos, el 40% desapareció o fue ejecutado antes de que Bussi se hiciera cargo de la Vª Brigada, cuando, si se toma el conjunto del país, la proporción de muertos y desaparecidos anteriores a la dictadura era del 17.6%. Estos datos permiten al menos dos nuevas observaciones:

1. El análisis regional de las muertes y desapariciones indica que la política de aniquilamiento fue "bajando" de Norte a Sur del territorio nacional, en forma planificada. Es así como en Córdoba (III Cuerpo) el 31% de los muertos y



desaparecidos se produjo antes del 24 de marzo, y en Santa Fe (II Cuerpo) el 25%.

2. El aval que la legalidad jurídica otorgó al III Cuerpo en la zona de Tucumán, se extendió primero en forma "ilegal" a otras áreas pero se legalizó para las FFAA a partir del 6 de octubre de 1975, con los Decretos 2770 al 2772. El texto breve y conciso del Decreto 2772, cuando ya había 750 muertos y desaparecidos en el país, de los que el gobierno era cotidianamente informado no permite reiterar el eufemismo del malentendido.²¹

Participación de la sociedad civil en la política genocida

Tucumán es posiblemente uno de los pocos lugares del país donde la fecha 24 de marzo del 76 no marca con nitidez la diferencia entre antes y después: esta marca es anterior y coincide con el acceso de Bussi a la dirección militar del aniquilamiento. Un dato de enorme relevancia refiere al apoyo político y social que tuvieron Vilas (Cfr. González Breard, op.cit., pág.244) y el Operativo, lo que ha sido investigado por dos miembros de nuestro equipo²² y muestra los al-

"El resultado indica que casi el 65% son acciones y declaraciones de apoyo al Operativo y a las FFAA, el 34% estigmatizan al 'enemigo subversivo' y tan sólo encuentran cuatro declaraciones, algo más del 1%, de adhesión al campo popular, ante el asesinato de militantes de izquierda por las "bandas fascistas".

los niveles de adhesión de la sociedad civil a la guerra contrainsurgente. Artese y Roffinelli analizaron la totalidad de los hechos registrados en el diario La Gaceta de Tucumán relativos al Operativo Independencia entre el 1º de enero de 1975 y el 24 de marzo de 1976 (N. 292), donde intervinieron en acto o verbalmente miembros de diversas instituciones: iglesia, empresas, partidos políticos, poder Judicial, medios de comunicación, sindicatos, funcionarios, etc. El resultado indica que casi el 65% son acciones y declaraciones de apoyo al Operativo y a las FFAA, el 34% estigmatizan al "enemigo subversivo" y tan sólo encuentran cuatro declaraciones, algo más del 1%, de adhesión al campo popular, ante el asesinato de militantes de izquierda por las "bandas fascistas". ¿Sorpresa? Ya no, aunque la realidad es que no esperábamos semejantes guarismos.

Pero estamos advertidos. El conocimiento de la realidad disipa las ilusiones que nos hacen parecer mejores de lo que somos como sociedad: impide imaginar que la mayoría estuvo en contra del genocidio. Fue al revés. ¿Cómo explicar, si no, la situación actual del pueblo pobre de Tucumán, (y de la Argentina)? La transformación del orden social, la sola idea de que es posible cambiar el orden de las cosas cuando se produce un cambio en el orden de los cuerpos, genera una enorme violencia: las ideas más difundidas identifican el cambio radical con el caos, y contra ese "caos" suele ejercerse de manera cruel y arbitraria el monopolio de la violencia legal, la razón de la fuerza que garantiza la reproducción del orden social.

Inés Izaguirre es Socióloga, docente e investigadora del Instituto de Investigaciones Gino Germani, FCS, UBA.

1. En otro trabajo hemos definido todo el período que se inicia con el Cordobazo como de lucha de clases en su estadio político-militar, siguiendo la conceptualización de Gramsci. (Izaguirre-Aristizábal, 2000). En un trabajo anterior, *Pensar la guerra. Obstáculos para la reflexión sobre los enfrentamientos en la Argentina de los 70*, (Izaguirre, 1994) analizo por qué puede considerarse que la guerra civil, cuyas condiciones estaban dadas desde antes, se inicia el 20 de junio de 1973. Pero el momento de transformación de la lucha política en lucha armada se gesta antes. Richard Gillespie presenta una interesante cronología de la proliferación de grupos políticos revolucionarios de origen peronista y marxista y su transformación en grupos armados al menos desde 1966 (Gillespie, 1982, 1987, apéndices, p. 335 y ss). Marín a su vez, que analiza los hechos armados del pe-

riodo, conceptualiza el período institucional 1973-76 como de acumulación primitiva del genocidio. (Marín, 1996).

2. Dichas tomas han sido estudiadas en su totalidad por Fabián Nuevas para su Tesis de Maestría (abril de 2000), "Las tomas durante el Gobierno de Cámpora", y se halla todavía inédita.

3. Tal como relata Marisa Sadi, en *Montoneros. La resistencia después del final*. (Nuevos Tiempos, 2004) ese documento va siendo analizado por las diversas agrupaciones vinculadas al peronismo, y en ellas se van delineando las diferencias con Perón y el Partido. En el seno de la JUP se lo llama risueñamente "el mamolreito", sin demasiada conciencia de las consecuencias que implicaba.

4. *La Opinión*, 19 de diciembre de 1973.

5. Tales como el Comando Rucci de Mendoza, el Comando Peronista Lealtad, la CNU, las Brigadas Democráticas Universitarias, el C de O, la Juventud Revolucionaria Libertadora, la Alianza Libertadora Nacionalista, la JPRA, el Comando Evita, la Juventud Sindical Peronista, el Comando Benjamín Menéndez, etc. Citados en Bonavena, 1998, inédito, pág. 4. También el Comando Nacionalista del Norte Juan Manuel de Rosas, que operaba en Tucumán en 1974. Citado en Crenzel, El Tucumano, FFyL, UNT, 1991 y 1997.

6. Bidegain, en la Pcia. de Buenos Aires, que es forzado a renunciar antes que ninguno, Ragone en Salta, Cepernic en Santa Cruz, Martínez Baca en Mendoza, Obregón Cano y Atilio López en Córdoba, Camus en San Juan, Campelo en Chubut, Regazzoli en La Pampa y en Tucumán la ofensiva se dirige contra el ámbito de la Secretaría de Cultura.

7. El Operativo Dorrego, concluido el 24 de octubre de 1973, consistió en tareas de recuperación de calles y edificios públicos en 18 partidos de la zona centro-oeste de la Pcia. de Buenos Aires devastados por las inundaciones del año anterior. Fue organizado por la Gobernación de la Pcia. y en él intervinieron 4000 soldados y 800 militantes de la JP conducidos por Juan Carlos Dante Gullo. Políticamente, tenía el sentido de "recuperar" también la imagen pública de un ejército represor, a instancias del propio Perón, y producir un acercamiento con la juventud peronista de izquierda. (Cfr. Diario *Clarín* de esa fecha) Citado en J.C. Marín, 1996.

8. El "Navarrazo", verdadero golpe de Estado al gobierno provincial izquierdista de Obregón Cano y Atilio López en la Pcia. de Córdoba, fue realizado por el Jefe de Policía Navarro el 24 de febrero de 1974 quien los desplazó del gobierno, pese al apoyo popular de diversas organizaciones políticas de base y sindicales. El golpe fue institucionalizado por el decreto 417 del Gobierno Nacional, el 2 de marzo de 1974 (Bonavena, P. Op. cit. 1988).

9. El Operativo Serpiente Roja del Paraná se inicia en la noche del 20 de marzo de 1975, por las fuerzas combinadas de Seguridad (Policía Federal de Santa Fe y Prefectura, compuestas por unos 4000 efectivos) que llevan adelante 60 procedimientos desde el Norte del Gran Bs. Aires hasta la ciudad de San Lorenzo pasando por la ciudad de Rosario, contra los obreros de Villa Constitución y zonas aledañas, ante un supuesto "complot" y amenaza de "guerrilla fabril" —que no era sino la pérdida— en elecciones gremiales —de la filial metalúrgica de la zona por una fracción opositora a la conducción de Lorenzo Miguel— y la larga huelga con que es respondido, que finaliza con la derrota del movimiento el 19 de mayo de 1975. El resultado oficial del operativo fue de 307 detenidos, de los cuales 97 pasan a disposición del PEN. 6 obreros muertos y alrededor de 20 desaparecidos en los meses sucesivos. Santella, A. Clase, redes y movilización. Las luchas de los trabajadores metalúrgicos de Villa Consti-

lución (Argentina 1969-1983). Tesis de Maestría, inédita 2003.

10. Cfr. Emilio Crenzel, op.cit. en nota 5, para un análisis de los cambios en la estructura económica de la provincia, y las luchas sociales simultáneas.

11. Este conjunto de medidas de política económica también se denominó Operativo Tucumán. Cfr. Cnel. Eusebio González Breard, *La Guerrilla en Tucumán. Una historia no escrita*, Bs. Aires, Ed. Círculo Militar, 2001.

12. Censo Nacional de Población de 1960. En el censo siguiente, 1970, Tucumán tiene 80.000 habitantes menos. Es la única provincia que pierde población entre ambos Censos, que se ve obligada a migrar en busca de trabajo, lo que da idea de la magnitud de la crisis.

13. Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera.

14. Héctor Marteau, dirigente de la Facultad de Filosofía y Letras, fue entrevistado en 1988 por Emilio Crenzel. Cfr. Emilio Crenzel, *El Tucumano*, op.cit.

15. El PRT lo elige por ello para formar parte del primer contingente de militantes que recibirán entrenamiento militar en el exterior. A su regreso en 1969 es tomado prisionero por la dictadura de Onganía y en 1970 el elegido miembro del Comité Central del Partido. Liberado en 1971, se incorpora nuevamente a la lucha armada. Cfr. periódico *Estrella Roja*, del 28 de febrero de 1973, artículo denominado "Quién era el Zurdo Jiménez".

16. Cfr. Dirección del Partido Revolucionario de los Trabajadores, *Historia del PRT. 25 años en la vida política argentina*, Buenos Aires, Edit. 19 de julio, 1991, 2ª Edición, pág. 58. El FAS, Frente Antiimperialista por el Socialismo, fue creado por el PRT para llevar adelante una política de alianzas con otras fracciones combativas prorevolucionarias de distintas orientaciones políticas.

17. Boletín Oficial del 2-10-1974. Con el nuevo gobierno constitucional de 1983, se derogaron muchas leyes represivas agregadas al código penal que fueron modificadas o "perfeccionadas" durante la última dictadura. Pero la ley de seguridad nacional siguió (y sigue) vigente, y sólo se derogó la sección que se refería a hechos políticos. Quedó vigente la persecución de hechos de carácter económico hasta mediados de 2002, cuando se derogó el artículo que trataba de la "subversión económica".

18. Es inexplicable esta diferencia de fechas, pues en el inédito *Diario de Campaña* atribuido al Gral. Vilas, él señala que el 10 de enero llega a Tucumán a hacerse cargo de su función. En ese mismo diario Vilas explica que el Operativo había comenzado a planificarse varios meses antes, lo que coincidiría con la fecha de la Ley 20840.

19. Dos meses antes del cambio, el 6 de octubre de 1975, mediante los decretos 2770/42 el presidente en ejercicio Italo A. Luder extendió la participación en la lucha contra la subversión a las tres fuerzas armadas y a la totalidad del territorio nacional. Pocos días antes, durante el mes de septiembre, el Gral. Menéndez, a cargo del III Cuerpo, había concluido la construcción y equipamiento del Centro Clandestino de detención y tortura conocido como La Perla, único centro que fue planificado, diseñado y construido para ese fin.

20. Decimos esto porque nuestras bases de datos son dinámicas: desde que comenzamos nuestra investigación, hace ya una década y media, se agregan permanentemente datos nuevos, nuevas búsquedas, nuevas investigaciones hechas en diversos lugares del país donde se incluyen nuevos nombres, o datos nuevos a nombres ya existentes.

21. Decreto 2772 del 6 de octubre de 1975. "Vistos los decretos 2770 y 2771 del día de la fecha y la necesidad de reglar la intervención de las Fuerzas Armadas en la ejecución de operaciones militares y de seguridad, a efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio del país. Por ello, el Presidente provisional del Senado de la Na-

ción en ejercicio del Poder Ejecutivo en acuerdo general de ministros, decreta: Art. 1°. Las Fuerzas Armadas bajo el Comando Superior del Presidente de la Nación que será ejercido a través del Consejo de Defensa procederán a ejecutar las operaciones militares y de seguridad que sean necesarias a efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio del país. (...) Comuníquese, etc. Luder, Aráuz Castex, Vottero, Emery, Ruckauf, Cafiero, Robledo."

22. En el discurso de despedida de Vilas, reproducido también en el inédito *Diario de campaña* que se le atribuye (3ª parte) se advierte una suerte de decepción porque no se lo elige para conducir la provincia, una vez que se considera derrotada la guerrilla. La concepción de Vilas parece diferir políticamente de Videla (y de Menéndez, nombrado para entonces Comandante del III Cuerpo) que visita la provincia el 6 de septiembre de 1975, previo a la renuncia del Gral Numa Laplane como Comandante en Jefe del Ejército de Isabel Vilas expresa estar en contra del "sistema" liberal, que produce injusticia social, y por el cual la subversión ganaría adeptos. En diciembre se le asigna nuevo destino militar en el V Cuerpo con asiento en Bahía Blanca, en tanto Bussi es designado para continuar al frente del Operativo, y luego como gobernador militar de Tucumán.

23. Matías Artese y Gabriela Roffinelli: *Responsabilidad civil y genocidio*, investigación inédita aún, 2004. Especialmente Cuadros 3 y 4. En este trabajo se aprecia, además, la adhesión a Vilas manifestada por diversas fracciones sociales identificadas con el justicialismo (Dirigentes de Villeros peronistas, Juventud Peronista, etc. y la solicitud a Videla para que "no lo cambie").

Bibliografía citada

- Matías Artese y Gabriela Roffinelli: *Responsabilidad civil y genocidio*, Tucumán en años del Operativo Independencia, 1975-76, investigación inédita, 2004.
- Bonavena, Pablo: *Reflexiones sobre un ejercicio de comparación entre los golpes de estado de Juan Domingo Perón contra Martínez de Haca y Obregón Cano*, 1998, inédito.
- Crenzel, Emilio: *El Tucumano*, Tucumán, FFyL, UNT, 1991 y 1997.
- Dirección del Partido Revolucionario de los Trabajadores: *Historia del PRT. 25 años en la vida política argentina*, Buenos Aires, Edit. 19 de julio, 1991.
- Richard Gillespie, *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Bs. As., Grijalbo, 1987.
- Eusebio González Breard: *La guerrilla en Tucumán. Una historia no escrita*, Buenos Aires, Edit. Círculo Militar, 2001.
- Inés Izaguirre, Zulema Aristizábal: *Las luchas obreras 1973-1976*, Buenos Aires, IIGG, Documento de trabajo N° 17, 2000.
- Inés Izaguirre: *Pensar la guerra. Obstáculos para la reflexión sobre los enfrentamientos en la Argentina de los 70*, en Irma Antognazzi y Rosa Ferrer (compil.) "Del Rosariazo a la democracia del 83", FCHyA, UNR, 1995.
- Juan Carlos Marín: *Los hechos armados. Argentina 1973-1976. La acumulación primitiva del genocidio*, Buenos Aires, La Rosa Blindada-PICASSO, 1996.
- Fabián Nieves: *Las Tomas durante el gobierno de Cárdena*, Tesis de Maestría, abril de 2000, inédita.
- Marisa Sadi: *Montoneros. La resistencia después del final*, Buenos Aires, Edit. Nuevos Tiempos, 2004.
- Agustín Santella: *Clase, redes y movilización. Las luchas de los trabajadores metalúrgicos de Villa Constitución (Argentina 1969-1983)*, Tesis de Maestría, abril 2002, inédita.
- Acdel Vilas: *Diario de Campaña*, Tucumán. Enero a diciembre de 1975, inédito (fotocopia).

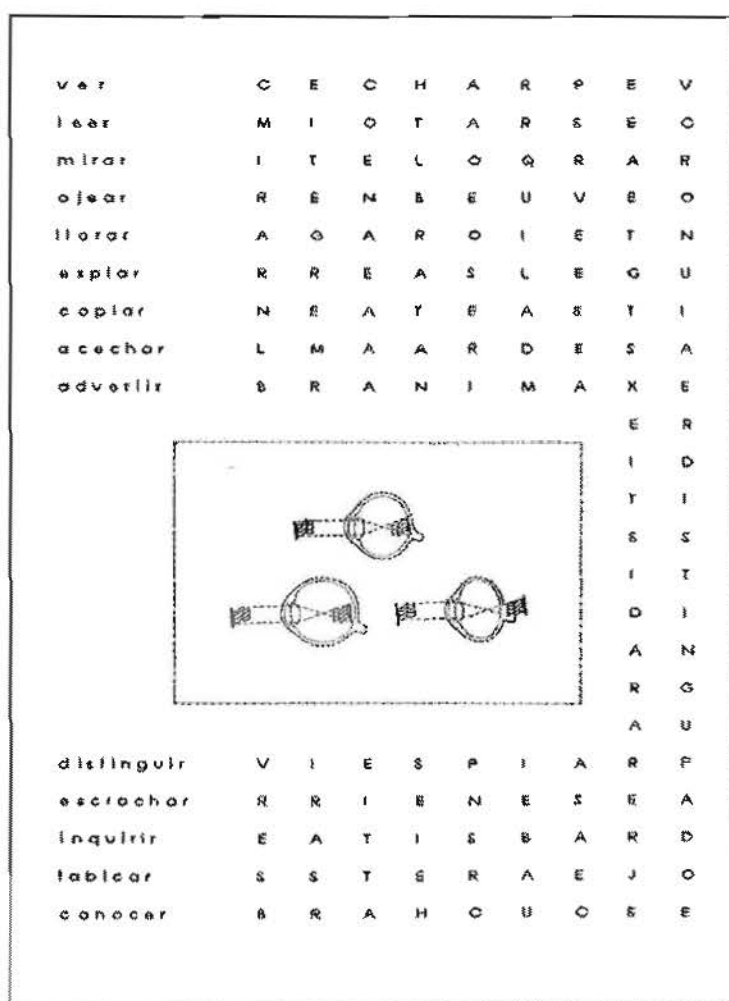
Una mirada sobre la política educativa de la dictadura argentina

La escuela como gendarme

Por Myriam Southwell

Ilustración Claudia Contreras

A través del análisis del documento "Subversión en el ámbito educativo (Conozcamos a nuestro enemigo)", es posible delinear las propuestas educativas de la dictadura de 1976-1983. De ello surge que la política del régimen dictatorial estuvo más centrada en la instalación de dispositivos policíacos y de control ideológico, que en un proyecto educacional articulado. En este marco, el docente pasó a ser interpelado como "gendarme ideológico".



Tal como ha sido analizado por numerosas reflexiones de la teoría social, Argentina vivió una enorme inestabilidad y arbitrariedad política durante la segunda mitad del siglo veinte, lo que alcanzó su máxima expresión durante la última dictadura militar que comenzó en 1976. El régimen dictatorial irrumpió el poder constitucional, invocando una situación de emergencia, persiguió el propósito de alcanzar "un nuevo orden" y planificó la aniquilación destinada a todos aquellos opositores a su ideología ultraconservadora, estableciendo la cultura del miedo.¹ Luego de la crisis orgánica de los primeros años 70, los sectores más reactivos -y fundamentalmente las fuerzas armadas- se referían a la Argentina con la metáfora de la sociedad enferma², invocando la fantasía de retorno de una "grandeza original" y "valores esenciales"³. Para reprimir la "sociedad enferma", el estado puso en funcionamiento diferentes estrategias: una dimensión clandestina y terrorista en la que actores medianamente anónimos desarrollaban prácticas represivas; por otro lado, una dimensión establecida por un orden jurídico impuesto por el régimen mismo.⁴ Esta contradicción estuvo presente a lo largo del proceso dictatorial y estaba aún viva cuando el régimen militar culminó.

En ese escenario, la mayor parte de las propuestas educativas de ese período partieron de la caracterización del sistema educacional como un aparato de inculcación ideológica. Paradójicamente, mientras las teorías reproductivistas habían anunciado su diagnóstico acerca del carácter conservador de las prácticas escolares, los sectores más conservadores percibían la potencialidad de la escuela en sentido inverso; lo que era un aparato de dominación para algunos resultaba una agencia subversiva para otros.⁵

En este artículo, nos vamos a ocupar de analizar un documento que fue fundante respecto a las pretensiones de la dictadura militar para el control de la subversión en las escuelas.⁶ Se trata de un folleto titulado "Subversión en el ámbito educativo. Conozcamos a nuestro enemigo" (conocido comúnmente como documento Díaz Bessone, debido al funcionario que lo preparó). Dicho documento fue publicado en 1977-78 por el Ministerio de Planeamiento y el de Educación nacionales para distribuirse en todos los establecimientos educacionales. A partir del análisis de ese documento, nos interesa dar una aproximación a las ideas político-educacionales del régimen. Por su naturaleza, el modo de su distribución, contenido y cobertura del conjunto del territorio, este documento constituye una pieza central para el análisis de este período de la historia educacional, ya que prescribía los aspectos más importantes que debían ser tenidos en cuenta para la orientación ideológica de las políticas educativas. Asimismo, acompañaremos el análisis mencionado con otras fuentes tales como el Plan Nacional de Perfeccionamiento Docente, así como algunos discursos de las autoridades educativas.

El documento "Subversión en el Ámbito Educativo establecía que debía distribuirse en todos los establecimientos educacionales, cuyos directivos serían responsables de la difusión

del contenido y "el personal de supervisión controlará el cumplimiento de lo dispuesto".⁷ Asimismo, el texto comenzaba explicitando su intencionalidad de contribuir al "Propósito de erradicación de la subversión en todas sus formas".⁸ El Ministerio de Planeamiento tuvo un rol fundamental en el establecimiento de dispositivos de supervisión ideológica en el conjunto de las instituciones públicas del país; ese organismo desarrolló mecanismos de "patrullaje" y denuncia policíaca, entremezclando personas para esa finalidad entre los habituales empleados de las instituciones.

Tradicionalmente, cada administración o régimen político había optado por la diseminación de sus ideas político-pedagógicas a través de las instituciones académicas o a través de la producción intelectual de pedagogos destacados. En esta situa-

"El Ministerio de Planeamiento tuvo un rol fundamental en el establecimiento de dispositivos de supervisión ideológica en el conjunto de las instituciones públicas del país; ese organismo desarrolló mecanismos de patrullaje y denuncia policíaca."

ción, sin embargo, el régimen optó por una diseminación de sus prescripciones, fuera de la tradicional vía académica a través de la difusión de comunicados y circulares emitidos por "la Superioridad". De este modo, se planteó una disputa con los ámbitos académicos respecto de quien lideraba la transformación nacional, y así el régimen intentaba modificar el modo en que corrientemente se había desarrollado la teorización pedagógica. La nueva modalidad difería completamente del hecho de instalar temas o debates a través de la profundización de una línea de pensamiento, sino que las transformaciones parecían resolverse a través de un dictamen centralmente elaborado. En ese accionar, el régimen disputaba con las Universidades, por considerarlas ámbitos de inculcación subversiva y por entender que debía paularse estrictamente cuáles era las conductas esperables y generar así las prescripciones estrictas para su consecución.

En un sentido similar, el régimen elaboró una política de control de lecturas en las instituciones educativas a través de listados de libros prohibidos, permitidos y recomendados; en ese marco, las instituciones recibían la orden de entregar los ejemplares de libros que habían sido catalogados como prohibidos.⁹ El principal propósito del documento se expresaba así: "Es en educación donde hay que actuar con claridad y energía, para arrancar la raíz de la subversión, demostrando a los estudiantes la falsedad de las concepciones y doctrinas que durante tantos años, en mayor o menos grado, les fueron inculcando."¹⁰ La publicación enfatizaba "en el país hemos de hablar de guerra, de enemigo, de subversión, de infiltración, términos éstos poco acostumbrados en la historia argentina contemporánea y sobre todo en ámbitos como el de la educación y la cultura;

pero esa es la cruda realidad y como tal se debe asumir y enfrentar: con crudeza y valentía.”

De acuerdo a lo analizado por Lilian Zac, el régimen dictatorial persiguió un intento de refundar una Argentina y construir nuevas reglas, nuevas identidades y nueva historia. Las fuerzas armadas se proclamaron ellos mismos provenir “desde afuera” arribando desde un terreno extrapolítico para servir como “salvadores de la patria”. Este modo de posicionarse implicó el desvanecimiento del límite entre guerra y ley. Este posicionamiento fue reforzado por las “acciones ejemplificadoras” como la ejecución de personas en la vía pública. Esta ubicuidad se extendió también a los establecimientos educativos, eventos policiales y hasta espectáculos futbolísticos.¹² En este sentido, el proyecto de “re-socialización y construcción de nuevas identificaciones” necesitó ser autoritariamente controlado y funcionó como telón de fondo de miedo, generando obediencia y silencio.¹³ Juan Corradi ha sostenido que la “inercia del miedo” fue una forma paradigmática de acción que explica como la gente participó del mantenimiento de sus propias condiciones de opresión en la ambigüedad dada por el silencio y la sospecha.

La “guerra contra la subversión” se convirtió en la propia justificación del régimen. El texto que estamos analizando, lo expresaba de este modo: “Los últimos años de la vida argentina se han caracterizado por ...una acción que se llama subversión y que por violentos, no dejaron de ser tan peligrosos como otros que, por sutiles e insidiosos fueron menos perceptibles para la mayoría de la población (desjerarquización generalizada, educación tendenciosa, fomento de la corrupción y pornografía, drogas, etc.)”...“desarrollando una estrategia perfectamente instrumentada y con una definida ideología. Llevaba a cabo lo que técnicamente se denomina ‘La agresión marxista internacional’.”

El orden funcionó como idea organizadora, fundamentalmente para aquellos que participaron activa o pasivamente del régimen; así, la oposición orden-caos prevaleció en las definiciones ideológicas del comienzo de la intervención autoritaria. Zac ha mostrado que este nuevo universo discursivo fue organizado alrededor de las lógicas de seguridad, ley y mercado. Orden-como-seguridad fue la interpretación predominante; la “guerra” misma constituyó el principio de lectura de una relativa totalidad. Esto generó, en cada terreno, diversas matrices de identificación, subjetividades y jerarquías. La autora también argumenta que el discurso de la crisis —especialmente de la crisis de autoridad y la demanda por el orden— son importantes factores en la explicación de la constitución de la autoridad del gobierno de facto. El orden ocupó un rol articulador en todas las propuestas educacionales, así como para otras dimensiones sociales; el re-establecimiento de un “orden perdido” fue la principal noción del discurso educacional del régimen. Los autores de la pedagogía del régimen fueron no sólo militares, sino también civiles intelectuales pertenecientes al terreno educacional.

Las autoridades educativas buscaron revertir la “trasgresión de todas las relaciones jerárquicas” lo que —según ellos— era el reflejo de la desintegración social y la crisis espiritual que vivía el país. En palabras del Ministro de Educación, Juan Llerena Amadeo: “es necesario desplegar una contrainsurgencia para detener la agresión marxista entre los maestros, intelectuales, medios de comunicación, etc.”, así como también afirmaba que “la educación debe defender los valores tradicionales de la Patria, acechada por la amenaza que sufren la moral y la cultura argentinas”. Expresiones como esta fueron cotidianamente incorporadas al discurso del régimen.

El propósito de reconocer a los “enemigos de la patria” era un elemento para luchar contra “aquellos que amenazan la esencia de nuestra nacionalidad”. Desde esta percepción, el régimen militar intentó modelar el ámbito educacional. El documento Subversión en el ámbito educativo tiene una primera parte en la que se realizaba un abordaje de “conceptos generales” caracterizando las nociones de “Comunismo, guerra, agresión Marxista internacional y subversión”. Para ello, se valía de la representación gráfica que el mismo documento mostraba. Luego avanzaba en una descripción de las “organizaciones subversivas que operan en el ámbito educativo”. Allí describe: “1) Banda de delinquentes subversivos marxistas PRT-ERP”... 2) Banda de delinquentes subversivos marxistas MONTONEROS...3) Otras bandas de delinquentes subversivos marxistas (BDSM)”. A su vez, el documento avanzaba en describir aspectos para identificar el accionar subversivo en las escuelas secundarias y en las universidades. Así describía diferentes estrategias de “infiltración” y “cooptación”... “engañando a los de buena voluntad” y desarrollando “estrategias perfectamente definidas”.

Asimismo, el documento hace referencia a lo que entiende como el problema de la “masificación”. Junto a ello, plantea que los “modos de acción” de la subversión en el ámbito educativo, “neutralizaron la fuerte vocación y sentido nacional de la docencia argentina”. Lo enfatiza del siguiente modo:

“El sistema educativo y los procesos culturales, al recibir el impacto de las crisis sociales, políticas y económicas, sufrieron una desarticulación con respecto al destino histórico de la Nación...cuyas características fueron el desorden, la desjerarquización, la quiebra de los valores esenciales”.

Esta tensión entre la individualización y la masificación ocupó un lugar importante en el desarrollo de una concepción ideológica del régimen. Como expresión de esto, la concepción pedagógica de la intervención militar fue una articulación contradictoria entre libertad individual y la preocupación autoritaria acerca del orden. El centro de las pretensiones pedagógicas estuvo vinculado a la enunciación de una “pedagogía de los valores”, militarización del sistema educacional y una filosofía personalista, así como ciertos elementos de tecnocratismo. De acuerdo con Doval y Kaufmann, existió una fuerte vinculación entre el personalismo y la corriente pedagógica denominada educación personalizada, desarrolla en España

fue planteada en términos más directamente políticos que estrictamente pedagógicos y apuntaba a instalar la desconfianza en el Estado, la revalorización de la familia y la Iglesia Católica como agentes educativos, y la postulación de fines y objetivos para la acción pedagógica en términos fundamentalmente ético-políticos por oposición a los científico-técnicos o económicos. La escala de valores era inmodificable: "...entendemos que debemos perfeccionar el sistema educativo para ponerlo a la altura de las grandes requisitorias nacionales, en función de la trascendente escala de valores Dios, Patria, Hogar. Dios, como fin de nuestro destino trascendente. Patria, como síntesis de todas nuestras tradiciones. Hogar, como fuente educadora insustituible."

Llerena Amadeo expresaba su preocupación acerca de "la ausencia de fines (que) puede llevar a un tipo de educación que sólo busque la promoción humana en lo científico, lo técnico y lo económico". En su opinión la educación debía "desarrollar capacidades reales de la persona para lograr hábitos y virtudes que les permitan alcanzar conocimientos, contemplar la verdad y obrar el bien", siguiendo un orden basado en la "ley de evolución natural" de la persona.

De este modo, no se planteaba una neutralidad de la tarea docente sino una incondicional acriticidad hacia los valores que había definido el régimen, ya que se trataba de "valores naturales".

Sin embargo, debe ser dicho que en el período 1976-1982, la educación era un área de gobierno muy inestable y esa inestabilidad tuvo una influencia clara en sus propósitos educativos, que se unificaban solamente en la pretensión de un orden. Dada esa característica, no podemos observar un proyecto educacional en tanto tal, más allá de las características represivas y la pretensión del orden. Resultó fundamentalmente un intento por homogeneizar la sociedad en circunstancias favorables a la unificación en torno a intereses sectoriales. Seis Ministros de Educación en seis años llevaron adelante distintas políticas. También debe remarcar que la pedagogía del régimen no fue desarrollada solamente por militares; en realidad, muchos de ellos eran civiles, intelectuales pertenecientes al campo educacional.

Otra de las orientaciones que explicaban "por sí mismos" la orientación que el régimen debía dar a sus políticas culturales era la (no explicitada) cuestión del "Ser Nacional" argentino. Se trataba de enunciado esencializado que obtenía su identidad en la reformulación que los sectores nacionalistas católicos intentaron lograr a partir de una presunta identidad nacional argentina desquiciada por la crisis. Este era otro de los "valores naturales" e incuestionables.

En este contexto, el régimen comprendió —y este documento enfatizó— que una dimensión central para lograr el control de la cultura política y la influencia de las institucionales educativas en ella, fue la de las prescripciones acerca del accionar de los docentes. Tal como la intervención autoritaria lo expresaba: "los educadores debían ser los guardianes de nuestra soberanía ideológica".

Seguridad nacional y formación docente.

Vinculado con esta búsqueda de mecanismos de control y por el fuerte énfasis en la dimensión individual (que se expresó también en la amplia difusión de la educación personalizada como principal idea pedagógica del régimen), el proyecto educacional militar puso sus mejores esfuerzos en la tarea docente. El régimen entendió que los docentes debían ser agentes de reproducción de sus principios, actuando como una garantía ideológica para "re-moralizar a la sociedad argentina". En ese contexto, el docente era visto por la intervención autoritaria como agente reproductor y manipulador, multiplicador de una concepción ideológica monolítica y verticalista. De este modo, se puso atención tanto en la formación inicial como en la situación de los docentes en servicio; en todos los documentos oficiales del período se enfatizaba la necesidad de prescribir específicas medidas vinculadas con la conducta que debían seguir los docentes.

De este modo alcanzaba mayor concreción la idea del régimen de acuerdo a la cual, las escuelas debían ser lugares para reeducar la sociedad. El documento que estamos analizando, explicaba su sentido en términos de que los docentes debían conocer la nueva realidad circundante, y por ello el texto había generado toda esa serie de explicaciones acerca de la realidad social argentina, para que esta pudiera ser adoptada por los maestros, y así supieran "que hacer". Así, el documento Subversión se plantea la necesidad de esa instancia de "clarificación" debido a la existencia de "personal jerárquico, docente y no docente captado... que difunden premeditadamente en el ámbito educativo su ideología marxista. (También) Personal jerárquico, docente y no docente que, sin ser racionalmente marxista, por comodidad, negligencia, temor, confusión ideológica u otras razones realiza o permite que se realice el accionar subversivo. (Así como el) Empleo de bibliografía, material de enseñanza y recursos didácticos que, objetiva o subjetivamente, contienen ideología marxista u otras extrañas a nuestra nacionalidad".

De este modo, se unían dos aspectos centrales que —como hemos visto— debían estar sujetos a control: el accionar de los docentes (consciente o inconscientemente peligrosos) y el control de las lecturas. Debido a "la importancia que tiene la bibliografía debe agregarse: a) el docente marxista que impone bibliografía a utilizar por sus alumnos, acorde a sus ideas amparándose en la 'libertad académica' de que gozan los educadores en general. B) El docente no marxista que atraído por la facilidad que le otorga para el desarrollo de sus clases, la existencia de un manual que responda al programa vigente, sin analizar los contenidos ideológicos de la bibliografía, facilita la divulgación de dicha filosofía". Por lo tanto, la libertad académica constituía un riesgo que el régimen no podía permitir, y no lo hizo.

Las sospechas del gobierno educativo eran ilimitadas: "Se ha advertido en los últimos tiempos, una notoria ofensiva marxista en el área de la literatura infantil. En ella se propone emitir un tipo de mensaje que parta del niño y que

le permita 'autoeducarse' sobre la base de la 'libertad y la alternativa'." La libertad, si no estaba contenida en un rígido conjunto de especificaciones, era riesgosa. Pero fundamentalmente, lo que resultaba inadmisibles era la contemplación de alternativas: el pensamiento unívoco era la base de las postulaciones de la administración autoritaria ya que partía de la convicción de que el desorden de las alternativas había llevado al país a su desbarrancamiento.

De este modo, el recurso a la moralización dogmática fue fundamentalmente ideológico y tuvo un objetivo claro: contribuir a la reposición del orden que necesitaba el bloque hegemónico para lograr la reestructuración que estaba efectuando.

El mejor ambiente educacional era aquel que se definía como "un clima de respeto, orden y silencio. Así lo estipulaba el documento que hemos analizado: "El control del director y de los padres sobre la enseñanza recibida por los alumnos, constituye un eficiente freno al accionar subversivo, por lo que se impone reforzarlo adecuadamente."

De acuerdo con el pensamiento del régimen, el docente debía cumplir —a la vez— los roles de disciplinador, moralizador y personalizador. Estas dimensiones eran, al mismo tiempo, condiciones para su profesionalización. De este modo se intentaba crear en la docencia un mito fundacional, vinculado a la vocación junto a una pedagogía "valórica" y la eficiencia entendida en términos tecnocráticos. Junto a ello se establecía el mito de la vocación apostólica.

Control ideológico, personalismo y tecnocratismos.

La política educacional del régimen dictatorial ha sido caracterizado por diversos autores como dominado por las características de elitismo, oscurantismo, con tendencia al tecnocratismos y autoritario en múltiples manifestaciones. Hemos hecho referencia a algunas de estas características; ahora nos interesa vincular las prescripciones acerca de la tarea docente emanadas del documento Subversión en diálogo con los supuestos del régimen acerca de la profesionalidad de los docentes. En este sentido, debe destacarse que la dictadura acompañó su preocupación por el control ideológico, con la búsqueda del eficientismo en la profesión docente. Así lo expresaba Llerena Amadeo: "...enfaticando el sentido de moralidad, idoneidad y eficiencia imprescindible para reconstruir el contenido e imagen de la Nación. '(es necesario lograr) la vigencia de los valores sustentados por nuestra nacionalidad'..." "Será preciso impulsar un nuevo ciclo de desarrollo integral, político, social, económico sustentado en los dos pilares inmovibles de nuestra nacionalidad: la concepción cristiana de la vida y las tradiciones de nuestra cultura y las tradiciones de nuestra cultura".

Como hemos mencionado anteriormente, el proyecto pedagógico del régimen combinó la corriente denominada educación personalizada con el paradigma tecnicista; este último componente imprimió un fuerte sello instrumentalista a la propuesta del rol docente de régimen, junto con la fundamenta-

ción de los valores trascendentes e inmutables. Así, mientras un espiritualismo esencialista y restrictivo era la justificación teleológica para las propuestas educativas, la práctica pedagógica se planteaba en términos de saberes técnicos y administración de instrumentos eficientes. De este modo, esas lógicas coexistieron cumpliendo ambas funciones distintas al interior de las propuestas curriculares. El Plan Nacional de Perfeccionamiento Docente, expresaba: "(Considerando)...Que el perfeccionamiento docente debe comprender de un modo equilibrado los aspectos doctrinarios, humanos y técnicos; que las provincias pueden y deben intercambiar los programas de perfeccionamiento cuando sea necesario."

En este sentido, existió un esfuerzo en la explicitación de una fundamentación psicopedagógica que contrastaba con el hecho de no poner bajo examen los contenidos consagrados. Esto se apoyó en una didáctica tecnicista donde no era necesario justificar los contenidos, porque la problemática derivada de la determinación de fines, objetivos e intencionalidades pedagógicas que se encadenan a definiciones ideológicas, no eran motivo de debate, sino que el diseño —como herramienta— se encargaba de la resolución técnica del problema del aula. La didáctica —en el contexto del régimen— se constituía en una técnica al servicio de propósitos esencializados, al mismo tiempo que se la presentaba como neutral y desvinculada de la preocupación de los fines educativos que estarían a cargo de la política educativa. Esta "neutralidad" fue adoptada masivamente por el autoritarismo tecnocrático y se expresó tanto en la tecnología de la enseñanza como en los modelos clásicos del planeamiento. Así lo expresaban las autoridades en el Plan Nacional de Perfeccionamiento Docente: "Razones filosófico-pedagógicas y socio-culturales que inciden profundamente en nuestra educación, determinan hoy la necesidad de proceder a la renovación del plan de estudios de la formación docente. Necesitamos un maestro con una definida identidad profesional, identidad que se logra si en lo técnico, lo cultural, lo moral y lo social se alcanza un desarrollo integral y armónico que tenga como base su perfeccionamiento ético-espiritual".... "Es necesario formar maestros con una prolija preparación técnico profesional, pero también es insoslayable, y porque no primordial, su capacitación humano-personal que implica una sólida concepción de la educación, de sus fines, de su proceso, de sus agentes, implica estudio y compromiso con principios y valores ético-espirituales, y todo ello en el marco de una cosmovisión profunda, realista, objetiva, axiológica, trascendente y cristiana."

Así, el control ideológico, la utilización de nuevas tecnologías como garantía de modernización se articularon con la incorporación de ciertos principios propuestos por teorías psicológicas que —aunque de existencia mucho anterior— estaban adquiriendo relevancia, por esos años. Se trataba de la adopción de determinadas corrientes psicológicas y, fundamentalmente, la adopción de sólo ciertas dimensiones explicativas que pudieran funcionar como fundamento de herra-

mientas metodológicas y dispositivos explicativos.

En los párrafos anteriores hicimos referencia al enorme poder modelador que tuvo esta didáctica tecnocrática: así, la paradoja muestra que el intento de despolitización generó una enorme fuerza política a la dimensión metodológica-didáctica en tanto matriz instrumental de la tarea docente. Un ejemplo de ello es el documento que hemos analizado en este artículo. Este elemento está también vinculado a que el régimen apuntó a la formación de docentes más que intelectuales del campo pedagógico; por ese motivo los mayores intentos fueron en la prescripción rígida de la aplicación en el aula de los valores indiscutibles definidos por el régimen. Asimismo, en las carreras de formación de pedagogos, se apuntó no ya a la investigación sino que concentró el sentido de la profesión alrededor del andamiaje metodológico para la enseñanza.

De este modo, la "profesionalidad" se entendía como eficiencia y vocación, entendiendo por ello instrumentación eficaz sin consideración de sus fines, por un lado, y no neutralidad ético religiosa y moralidad, por otro. Para el régimen también la profesionalidad constituyó un modo de control del riesgo ideológico: "Lo que trato de marcar con el énfasis de la profesionalidad, es la necesidad de huir del riesgo ideológico, peligro que estimo por demás impactante en la escuela a partir de todas las infiltraciones de la ideología marxista y de la marxización de la escuela".

Cabe recordar que la escisión entre producción de conocimientos y docencia ha sido uno de los más tenaces esfuerzos de las didácticas positivistas; se trataba de transformar el curriculum en un reflejo de campos disciplinarios previamente delimitados, a la vez que reaseguro de su inamovilidad. Ello representaba una continuidad con la concepción restringida de la ciencia social de las expresiones que aquí fueron mencionadas.

En suma, la tarea docente fue pensada en un espacio de determinación que reunía las ideas de eficiencia y orden a través de una propuesta tecnocrático-moralizadora, sobre la base de valores "salvadores" que tenían la finalidad de evitar conflictos en el marco de autoritarismo y terrorismo estatal.

En los problemas analizados, un elemento resultaba diferente en relación al patrón clásico. A través de políticas como la establecida en este documento Subversión, la dictadura impactó en el sistema escolar y generó la instalación de una política educativa de restricciones, el cierre de carreras, la expulsión de docentes, censura bibliográfica, etc., eran prácticas habituales en el período. Aunque el país había experimentado previamente una serie de gobiernos de facto y represión de movimientos estudiantiles y de la docencia, la represión había tenido como destinatario —fundamentalmente— a las universidades. Durante la dictadura de 1976 la represión en términos de vigilancia policial se expandió hacia la educación básica en un modo explícito y sistemático, y esto constituyó una práctica nueva para el sistema educacional argentino.

A través del documento, hemos intentado describir cómo la

pretensión de "moralización" de la sociedad impregnó la política educativa de la época. Una de las consecuencias de la interrupción institucional que implicó el régimen autoritario, fue la discontinuidad generada en el registro sistemático de información educativa sobre el período. Por ello, no existe información que nos permita medir el impacto en la vida cotidiana de las instituciones, de este documento que hemos presentado. Sin embargo, el reconocimiento de los actores involucrados y la perdurabilidad de mecanismos de control han permitido saber que ésta fue una herramienta fundamental para la instalación de dispositivos autoritarios del sistema educativo. Actos prescriptivos como éste, se sumaron a la militarización de las instituciones educacionales a través de acciones como la restricción de mecanismos de participación democrática, fundamentalmente estudiantil a través de la prohibición de las asociaciones de estudiantes, así como burocratización del sistema educativo por la instalación de sistemas de control, entre otros aspectos. También colaboró con la pretensión de militarización, la designación de militares como las autoridades educativas más directas, la regulación disciplinaria minuciosa y el establecimiento de obstáculos para el contacto entre la comunidad y las instituciones educativas. Asimismo, siguiendo la caracterización de Tedesco, podemos decir que hubo una intención de dar un carácter restrictivo a las credenciales educacionales hacia una nueva estructura jerárquica. Por otro lado, la burocracia educacional se fortaleció y tendió a adoptar una estrategia defensiva contra intentos innovadores, desde el comienzo del régimen.

Myriam Southwell es Doctora en Ciencias de la Educación. Flaco y Universidad Nacional de La Plata.

1. Juan Corradi, P. Weiss and M. Garcelon, eds, *Fear at the edge. State terror and resistance in Latin America*, (Berkeley: Univ. of California Press, 1992).

2. Francisco Delich, *Desmovilización social, reestructuración obrera y cambio sindical*. En Waldma-Garzon, *El poder militar en la Argentina* (Galema, 1983).

3. Por ejemplo, el Ministro de Educación Juan Llerena Amadeo, planteaba en un discurso que uno de los propósitos del Proceso era la restitución de valores esenciales como un principio fundamental e integral por parte del Estado, "...enfaticando el sentido de moralidad, idoneidad y eficiencia imprescindible para reconstruir el contenido e imagen de la Nación". "Será preciso impulsar un nuevo ciclo de desarrollo integral, político, social, económico sustentado en los dos pilares inmovibles de nuestra nacionalidad: la concepción cristiana de la vida y las tradiciones de nuestra cultura". [27/8/80]

4. Francisco Delich, *Metáforas de la sociedad argentina*, (Sudamericana, 1986).

5. J.C. Tedesco, *Elementos para una sociología del curriculum escolar*, in Tedesco-Braslavsky-Carriófi, *El proyecto educativo autoritario, Argentina 1976-1982*.

6. Aprobado con la resolución Nro. 538 del 27 de octubre de 1977.

7. 9, 10 y 11. "Subversión en el ámbito educativo."

8. *Un Golpe a los Libros*, Eudeba, 1999.

12. Lilian Zac, *Narratives of the order: the discourse of the Argentinian military regime (1976-1983)*, Essex, PhD Thesis, pp 155, 205. (Mi traducción).

13. Guillermo O'Donnell, 'Democracia en Argentina micro y macro'.

Comisión Provincial por la Memoria



Acuerdo sobre archivos de la represión

El pasado 3 de agosto la Comisión Provincial por la Memoria firmó un Convenio de cooperación con el Archivo Nacional de la Memoria, dependiente del gobierno nacional. Este convenio tiene como objetivo central, el intercambio y la cooperación entre dicho archivo y el de la ex Dirección de Inteligencia de la Policía Bonaerense, a cargo de la Comisión. En el acto estuvieron presente el Dr. Eduardo Luis Duhalde, secretario de Derechos Humanos de la Nación, y Carlos Laforque –a cargo del Archivo Nacional–; y por la Comisión, Adolfo Pérez Esquivel, Laura Conte, Tito Cossa, Alejandro Mosquera, Mauricio Tenenbaum y Leopoldo Schiffrin. El convenio se propone trabajar conjuntamente en temas como la accesibilidad, la digitalización y las normativas de ambos archivos sensibles.

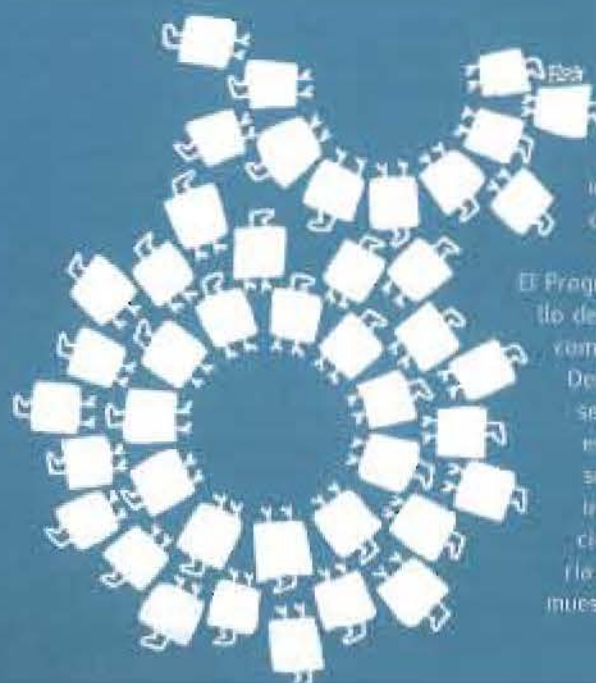
Biblioteca

La biblioteca que funciona en la sede de la Comisión por la Memoria actualiza constantemente su oferta de libros. Puede consultarse los lunes, martes y jueves, de 9.30 a 15.30 hs.; y los miércoles y viernes, de 13 a 17 hs. El catálogo con la totalidad del fondo de la biblioteca está disponible on-line en nuestra página web: www.comisionporlamemoria.org. También se reciben consultas sobre servicios y materiales en cmemoria@speedy.com.ar.

Visitas guiadas al museo

El Museo de Arte y Memoria ofrece un servicio de visitas guiadas para público en general y para escuelas y universidades. Las mismas se articulan alrededor de la colección "Manos Anónimas", una serie de pinturas del artista argentino Carlos Alonso, y se completan con un recorrido por las muestras temporarias que el Museo renueva periódicamente. Para coordinar horarios: Lunes a sábados, de 14 a 19 hs. Calle 9, N° 984, entre 51 y 53, La Plata. Tel.: 0221-4835590 / 489032.

Recordamos para el futuro



La Comisión viene llevando adelante un intenso programa de encuentros regionales en toda la Provincia de Buenos Aires, con los docentes y alumnos que participan del programa Jóvenes y Memoria 2004. De esta forma, por medio de talleres, se promueve un espacio de encuentro e intercambio donde las distintas escuelas pueden debatir y compartir sus experiencias.

El Programa se propone por tercer año consecutivo, el desarrollo de proyectos que indaguen en el pasado reciente de las comunidades bonaerenses bajo el tema "Autoritarismo y Democracia" y su objetivo es promover en los jóvenes el sentido y la valoración crítica del pasado poniendo énfasis en las memorias locales. Cada uno de los 55 proyectos seleccionados para este año llevará adelante un trabajo de investigación que finalmente se plasmará en una producción que servirá como vehículo de transmisión de la memoria (audiovisual, libro, revista, obra de teatro, mural o muestra fotográfica).

www.comisionporlamemoria.org cmemoria@speedy.com.ar

Encuentro Internacional sobre Estado y Memoria



El 3, 4 y 5 de setiembre próximo la Comisión organiza en la ciudad de La Plata, un Encuentro Internacional "Políticas públicas de la memoria: archivos, museos y educación". Los ejes de discusión se ordenarán en torno a los temas: Los trabajos de la memoria sobre el presente. Los reservorios de la memoria. La gestión del pasado en los archivos. Formas de narrar el pasado: los museos y la historia. La Comisión convocó a expertos internacionales, organismos de derechos humanos, militantes sociales y políticos, docentes y estudiantes a debatir sobre el estado y las políticas públicas de memoria. Entre los invitados figuran la historiadora Irina Scherbakowa, profesora en Universidad Estatal Rusa de Humanidades y el Centro de Historia Oral; la chilena María Eugenia Horvitz, directora de Bienestar Estudiantil de la Universidad de su país; Maria Luiza Tucci Carneiro de Brasil, Coordinadora de un proyecto dedicado a inventariar los documentos del Arquivo da Polícia Política (DEOPS); Javier Garcíadiego, investigador de la revolución mexicana y la historia política y cultural de México; el español Julián Casanova

Ruiz, historiador de la Universidad de Zaragoza y coordinador de un libro sobre la violencia en la dictadura de Franco; Michael Steinberg de la Universidad de Cornell, EE.UU.; y Genevieve Dreifus Armand, Directora de la Biblioteca de documentación internacional contemporánea y su Museo de Historia, Nanterre, Francia. Entre otros participan los argentinos Héctor Schmucler, profesor de las Universidades de Buenos Aires, México y Córdoba; y Alejandro Kniffman, investigador sobre pensamiento contemporáneo, teorías de la comunicación y la subjetividad en la Facultad de Ciencias Sociales y el Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales Gino Germani (UBA). El programa incluye mesas de debate, conferencias y talleres de trabajo temáticos que se llevarán a cabo en el Pasaje Dardo Rocha, Calle 50 entre 6 y 7; la Comisión por la Memoria, Calle 54 entre 4 y 5; y en el Museo de Arte y Memoria, Calle 9 N° 984, entre 51 y 53, de la ciudad de La Plata. informes: cmemoria@speedy.com.ar; www.comisionporlamemoria.org; 0221-4895191.

Intercambio con Alemania

Por iniciativa del Archivo de la STASI (policía secreta durante el régimen de la ex República Democrática Alemana) de Berlín, el equipo del Área de Archivos y Documentación de la Comisión por la Memoria -que trabaja en los archivos de la ex Dirección de Inteligencia de la Policía Bonaerense- fue invitado a realizar un intercambio. Dicha visita se llevará a cabo entre el 25 de setiembre y el 13 de octubre próximos, y en la misma el equipo de la Comisión podrá tomar contacto con la experiencia alemana con respecto a los archivos sensibles. Asimismo se entrevistará con organismos de la sociedad civil y visitará museos y archivos relacionados con el Holocausto.

Biblioteca



La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación. Ian Kershaw. Siglo XXI editores.

Después de la Historikerstreit (querrela de los historiadores) de los años '80 y del debate Goldhagen de los '90, las dificultades historiográficas y los dilemas políticos y éticos en torno al período del nazismo en Alemania parecen seguir sin saldarse. Escrito a principios de la década de 1980, *La dictadura nazi* se traduce ahora al español a partir de la cuarta —y actualizada— edición inglesa. Si bien el nudo central del libro no es sino una evaluación del punto alcanzado por la investigación histórica acerca del Tercer Reich, la afirmación que abre el libro no ha perdido actualidad: más de medio siglo después de la destrucción del Tercer Reich, los principales historiadores están lejos de ponerse de acuerdo sobre algunos de los problemas más fundamentales de la interpretación y la explicación del nazismo. Kershaw aborda no solamente las dimensiones histórico-filosófica, político-ideológica y moral del problema, sino que revisita también cuestiones de ardua resolución metodológica y ética para los historiadores: ¿fue el nazismo una forma de fascismo, un tipo de totalitarismo o un fenómeno único?, ¿Hitler fue un dictador fuerte o débil?, ¿cómo se historiza el genocidio?, ¿cuál fue la relación entre Hitler y el Holocausto? No es la primera vez que Kershaw —profesor de historia contemporánea en la Universidad de Sheffield— se ocupa de estos temas. Lo hizo anteriormente en *Opinión pública y disenso político en el Tercer Reich* (1983), en *El mito de Hitler* (1987) y en su biografía sobre Hitler (1998 y 2000). Pero *La dictadura nazi* permanece como un momento ineludible en la bibliografía sobre el nazismo.



ESMA. Fenomenología de la desaparición. Claudio Martyniuk. Prometeo Libros.

"No se llega al fondo de las cosas, sino que se alcanza un punto a partir del cual ya no es posible ir más lejos, ya no es posible hacer más preguntas", escribe Claudio Martyniuk, doctor en Filosofía del derecho y profesor de Epistemología de las Ciencias Sociales en la Universidad de Buenos Aires. La frase aparece en la mitad del libro y da una buena medida de las ambiciones de este libro excepcional. En principio, la opción por la fenomenología implica situarse más allá (o, mejor, más acá) de cualquier tentativa naturalizadora. Sobre todo, implica situarse en el terreno suspendido de las significaciones, de la pura exploración de lo dado. Y no es casual que, dado el objeto en cuestión, las preguntas se impongan sobre las respuestas: ¿La culpa colectiva se extingue con el tiempo o cruza las generaciones? ¿Se trata de culpa moral o culpa política? ¿Quién tiene el derecho de acusar y juzgar? ¿En qué sentido la masa es responsable? Tal vez por eso el libro apueste tan fuertemente una voraz interlocución con la literatura. Tal vez por eso, también, *ESMA. Fenomenología de la desaparición* admita leerse, además de como un ensayo rigurosamente filosófico, como una narración siempre elusiva, y aun como un texto que bordea por momentos una rara tensión poética. Incluso a contrapelo de los versos de Toko que encabezan la primera parte: "Los poemas a la muerte / son un engaño. / La muerte es la muerte".



Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955. Lila Caimari. Siglo XXI editores.

Tal vez no sea casual que indagación y pesquisa, dos palabras de resonancias policiales, resulten notablemente precisas para definir este minucioso trabajo de Lila Caimari, historiadora, investigadora del CONICET y profesora en la Universidad de San Andrés. Porque de lo que se ocupa centralmente *Apenas un delincuente* —título que procede de una película de la serie negra estrenada en Buenos Aires hacia 1949— es precisamente de los juristas, los médicos y criminólogos, figuras todas que definieron y materializaron los modernos instrumentos de control social. Partiendo del presupuesto de que la investigación histórica sobre las instituciones punitivas no pertenece al ámbito jurídico sino al campo de las ciencias sociales, Caimari analiza la historia del castigo administrado por el estado moderno sobre el delincuente, y las representaciones que se generan en las grandes mayorías que habitan la ciudad de Buenos Aires. La perspectiva es doble: por un lado, examina a los diseñadores y depositarios del sufrimiento legalmente prescripto; por otro, a la sociedad que mira o imagina al criminal y el sufrimiento de su pena. En la intersección de ambos ejes se sitúa la figura prisión, "lugar oculto, por definición invisible a los ojos sociales". La referencia ineludible es aquí *Vigilar y castigar* de Michel Foucault. Según Caimari, "más que una historia de las ideas punitivas, este libro procura reconstruir las encarnaciones —simbólicas y materiales— de ciertas nociones del delincuente y su castigo." El volumen, que incluye también un interesante material iconográfico, forma parte de la colección "Historia y cultura" que dirige Luis Alberto Romero.